

HISTORIAS DEL MÁS ALLÁ I

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
IN MEMORIAM	3
EL CASTIGO	10
PROYECTO FÉNIX	13
DECISIÓN BUROCRÁTICA	20
LA POSTRER SORPRESA	22
LA POSTRER DECISIÓN	27
REBELIÓN EN EL CIELO	33
SIC TRANSIT	39
UN TRABAJO PARA SIEMPRE	46
OMEGA	52
REALIDAD VIRTUAL	58
EL COLECCIONISTA	63
EL UMBRAL DEL MÁS ALLÁ	69
LA RESPUESTA FINAL	74
AMOR ETERNO	80
EL DÍA DEL FIN DEL MUNDO	82
SORPRESA	83
ESPERANZA EN EL MÁS ALLÁ	84
HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE	86
LOS HOMBRES DE BLANCO	87
BIENVENIDA	91
BIENVENIDO A LA ETERNIDAD	94
UN AMOR PARA ¿SIEMPRE?	99
LA HORMA DE SU ZAPATO	101
RESURRECCIÓN FALLIDA	102
ADELANTOS TÉCNICOS	106

PRESENTACIÓN

La muerte es algo que siempre ha fascinado al hombre, y ya desde los mismos albores de la civilización nuestros más remotos antepasados desarrollaron rituales funerarios destinados a facilitar el tránsito del alma del difunto al Más Allá. Posteriormente todas las grandes religiones, entre ellas la cristiana, desarrollarían todo un corpus teológico intentando explicar, cada una a su manera, lo que ocurre después de la muerte.

Yo evidentemente no soy una excepción, y al menos en el plano literario he intentado especular con diferentes variantes del tránsito de una a la otra vida, la mayoría de ellas rotundamente heterodoxas.

Éste es el primero de los dos volúmenes en los que he recopilado los relatos correspondientes a esta temática.

José Carlos Canalda

IN MEMORIAM

Ocurrió con la rapidez propia de las malas noticias. Una llamada telefónica, una febril carrera contra reloj y una desesperada irrupción en el abarrotado servicio de urgencias del hospital... Allí me confirmaron que mi amigo Víctor había ingresado en precario estado y que, tras haber sido sometido a una intervención quirúrgica de urgencia, se encontraba en la unidad de vigilancia intensiva. Evidentemente no se le podía visitar, pero los médicos me aseguraron que el período crítico había sido felizmente superado.

No me resultó fácil hacer valer mi condición de allegado de mi amigo, ya que el hecho de no existir vínculo familiar alguno entre nosotros no hizo sino dificultar mis intentos de convencer a la anquilosada burocracia hospitalaria. Finalmente, dado que ningún pariente se había personado en el centro, fui recibido en calidad de tal por el cirujano responsable de la operación. Pude entonces conocer los detalles del grave accidente: Una curva cerrada, una velocidad excesiva, un choque frontal contra un árbol... Víctor había ingresado en el hospital clínicamente muerto, pero su corazón había comenzado a latir de nuevo cuando ya habían sido abandonadas todas las esperanzas. Ciertamente era que no se trataba de un caso único, pero sí constituía un hecho lo bastante infrecuente como para que los médicos que le atendieron se mostraran bastante sorprendidos ante la repentina resurrección de alguien a quien ya consideraban un difunto.

Su recuperación sería, no obstante, larga y delicada. Tanto lo violento del choque como lo relativamente avanzado de su edad contribuyeron necesariamente a la lentitud de su convalecencia. A decir verdad, bien podía darse por satisfecho de haber salvado la vida. Yo le visitaba periódicamente en el hospital y pude comprobar cómo soportaba estoicamente las dificultades e incomodidades de su forzada reclusión, hecho éste más que notable teniendo en cuenta lo dinámico que siempre había sido su carácter.

Transcurrieron varios meses antes de que Víctor pudiera abandonar la habitación del hospital. Su recuperación total se demoraría aún otro tanto, por lo que le propuse que fijara temporalmente su residencia en mi casa. Ambos éramos solterones empedernidos, carecíamos de familia y vivíamos completamente solos, por lo que de no aceptar mi ofrecimiento Víctor se vería obligado a ingresar en una casa de reposo.

Víctor aceptó. Ambos estábamos ya jubilados, por lo que yo podría estar a su lado en todo momento, atendándole en sus limitaciones y, lo que era más importante, haciéndole compañía. Libre ya del rígido horario hospitalario, no por ello recobró mi viejo amigo su antiguo talante, y conforme pasaban los días se acentuaba en mi interior la sospecha de que una transformación irreversible había tenido lugar en él. Ante mis ojos Víctor se mostraba más taciturno e infinitamente más introvertido, hecho éste completamente insólito para una persona que, como yo, le conocía desde hacía muchos años. Era normal, me

autojustificaba, que tras un trauma de la magnitud del sufrido se comportara de forma poco habitual, máxime cuando todavía estaba relativamente cercana la fecha del accidente; pero a pesar de todo, algo había en mi interior que me gritaba que las cosas no marchaban como tenían que ir.

La incógnita me sería desvelada poco después, una tarde de las muchas que empleábamos en pasear por el parque público cercano a mi casa. Víctor se había mostrado aquel día aún más reservado de lo que ahora era habitual en él, por lo que hasta aquel momento ambos nos habíamos limitado a pasear en silencio atentos tan sólo a nuestros propios pensamientos. De una manera súbita me dirigió la palabra haciéndome una insólita pregunta.

-Dime, Juan, ¿tú crees en la vida después de la muerte?

Víctor era una persona que, al igual que yo, jamás se había interesado gran cosa por cuestiones de índole religiosa, por lo que su pregunta no sólo me sorprendió, sino que también me desconcertó. Le respondí que jamás me habían preocupado estos temas, pero que no obstante algo había leído referente a unas experiencias realizadas sobre personas que habían superado la muerte clínica. No podía darle demasiados datos acerca de este asunto, pero creía recordar que en la biblioteca pública existía algún libro que trataba sobre este tema.

-No te molestes. -me dijo- Ya lo he leído todos.

-Poco te puedo decir, pues. -confesé- ¿Acaso te viste involucrado en alguna de esas visiones de fallecidos que dicen que tienen lugar en esas circunstancias?

-Es difícil responderlo. Sí recuerdo nítidamente todo lo que me ocurrió, pero te aseguro que me faltan palabras para contarlo. Era algo tan distinto a lo que estamos habituados a contemplar...

-Pero algo sí podrás decirme. -insistí, súbitamente invadido por una morbosa curiosidad.

-Por supuesto que sí; Pilar salió a recibirme.

-¿Pilar? -me extrañé- Jamás te he oído hablar de nadie con ese nombre.

-Los malos recuerdos siempre son sepultados bajo una capa de olvido. -respondió apesadumbrado- Pero siempre acaban por resurgir aun cuando no lo deseemos. Pero eso ahora no importa. Pilar fue mi primer y único amor; amor de verdad. -recalcó.

-Eso no me lo habías contado. -comenté con sorna.

-Es una historia muy triste. -suspiró- Era la hija de unos amigos de mis padres y nos criamos prácticamente juntos. Con el tiempo el cariño se convirtió en amor; nos queríamos, y deseábamos fundar un hogar.

-¿Y qué ocurrió?

-Estalló la guerra. Esto alteraba todos nuestros planes, por lo que nos vimos obligados a separarnos. Yo fui incorporado a filas mientras mis padres se trasladaban a Barcelona. De común acuerdo con sus padres se llevaron con ellos a Pilar; acababa de establecerse el frente de la Ciudad Universitaria y Madrid no era un lugar seguro. Fue una época atroz que culminó con el desastre del Ebro. Fui hecho prisionero por las tropas nacionales y no pude volver a casa hasta pasados varios años desde el final de la guerra civil. Carecía por completo de noticias acerca de mi familia, por lo que con el corazón en un puño me dirigí a casa de mis padres a través de las calles desoladas; temía que hubieran ocurrido desgracias, pero nunca pude suponer que el destino me pudiera tratar de esa manera tan cruel.

-Te encontraste con malas noticias, supongo. -le interrumpí al tiempo que venían a mi memoria viejos recuerdos tampoco demasiado agradables.

-Ocurrió lo peor que podía haber sucedido. Barcelona era una ciudad ocupada y el miedo se palpaba en las calles. La gente me esquivaba y nadie quiso responder a mis cada vez más angustiadas preguntas. Pronto supe por qué. Mi casa ya no existía, y de ella quedaban tan sólo las ruinas calcinadas; pude saber que había sido asaltada poco después de terminar la guerra en una de esas feroces represalias que siguieron a la rendición. Mis padres habían muerto y se me mostró la tumba en la que habían sido enterrados, pero de Pilar lo único que pude saber era que había desaparecido sin dejar el menor rastro aquella aciaga noche. Nadie supo, o quiso, darme noticias suyas; sus padres habían realizado desesperados intentos para encontrarla, pero fue completamente inútil: parecía como si se la hubiera tragado la tierra. Oficialmente fue dada por desaparecida, y sólo muchos años después fue reconocida finalmente su muerte.

-Es de suponer que muriera.

-Es lo más lógico. Hubo por entonces multitud de desaparecidos que por lo general acabaron con un tiro en la nuca y enterrados en una fosa común; ¿quién podía saber dónde reposaba el cuerpo de Pilar?

-Para ti debió de ser un golpe muy duro.

-Puedes imaginártelo. Muertos mis padres y desaparecida mi futura esposa, sentí cómo el mundo se me venía encima; pero sacando fuerzas de la flaqueza, conseguí no arredrarme ante las dificultades. Por desgracia no podía evitar lo de mis padres, pero me negué a aceptar la suerte que según todos los indicios había sufrido Pilar. Para mí seguía viva y

durante varios años hice lo imposible por buscarla; pero al final tuve que rendirme ante las evidencias: Pilar no podía estar viva por mucho que yo lo deseara.

-¿Y qué hiciste?

-¿Qué querías que hiciera? Tenía que rehacer mi vida.. Tras mucho luchar conseguí ver reconocidos mis derechos a la herencia de mis padres y, lo que es más importante, que me dejaran en paz. Recuperé el solar en el que había estado construida la casa de mis padres, que había sido confiscado por no sé qué organismo franquista, y reedifiqué lo mejor que pude el antiguo edificio procurando al mismo tiempo normalizar en todo lo posible mi existencia. Esto no era nada fácil en la España destrozada de la posguerra, pero era joven y no carecía de motivaciones. Y lo logré, con una única pero fundamental excepción.

-Pilar.

-Así es. Jamás pude olvidarla; era un fantasma que se interponía entre mí y las muchachas que me rodeaban. Entonces era yo un buen partido y no me faltaban pretendientes; pero mi corazón seguía perteneciendo a Pilar y a ella guardé fidelidad aun después de que estuviera muerta.

-Es curioso. -interrumpí- Yo siempre había pensado que tu soltería se debía a causas más... pragmáticas.

-Estabas equivocado. -me respondió Víctor con una triste sonrisa- Desgraciadamente el idealismo es tan poco frecuente en estos días que casos como el mío son poco creíbles; por ello nunca conté a nadie, ni tan siquiera a ti, esta parte de mi vida; pero te aseguro que es cierto.

-No te esfuerces; te creo. Pero entonces, ¿no volviste a tener jamás noticias de Pilar?

-Nunca, hasta el mismo momento del accidente.

-¿Estás convencido de que se te apareció su fantasma? Sinceramente, te creía más racional.

-Piensa lo que quieras; no intento convencerte. Pero lo cierto es que no sólo se acercó a recibirme en aquel instante en que estuve entre la vida y la muerte, sino que me hizo una confesión y un encargo.

-¿Qué dices?

-Me creas o no, es la verdad. Pilar me reveló las trágicas circunstancias de su muerte, algo que nadie hasta entonces había podido decirme. Fue algo aterrador; la torturaron, la ultrajaron y finalmente la asesinaron. Una muerte espantosa. -sollozó.

-¿Y dónde enterraron su cadáver? También te lo diría, supongo. -le pregunté con ironía.

-Me lo dijo, y en eso consistió el encargo. Me contó que había sido enterrada en el mismo jardín de la casa de mis padres, al pie del viejo olmo; y allí seguían estando sus huesos, puesto que el jardín no ha sufrido prácticamente el menor cambio desde aquellos azarosos días. Me pidió, me suplicó más bien, que de vuelta a este mundo trasladara sus despojos a una tierra sagrada.

-Eso es absurdo. -le espeté- ¿Qué más da estar enterrado en un sitio que en otro? No creo que en el Más Allá les importe un comino eso.

-Te equivocas de nuevo. ¿Existe acaso algo que nos impida creer que los parámetros por los que se rigen allí sean diferentes de los nuestros? Lo cierto es que Pilar, el alma de Pilar, se hallaba atormentada porque su cuerpo no había podido reposar en tierra sagrada, Y me rogó que yo lo hiciera.

-Bien, entonces supongo que querrás cumplir con su encargo. -rezongué- Pero tendrás que esperar a estar recuperado por completo antes de poder hacer el viaje a Barcelona, ya que aún estás muy débil.

-No puedo esperar más; -fue su escueta respuesta- Pilar aguarda impaciente. Le prometí que cumpliría su encargo tan pronto como tuviera fuerzas para ello; además, tengo que aprovechar que la casa está ahora libre de inquilinos, ya que la agencia no tardará en volverla a alquilar.

-Pero tú no puedes ir solo hasta Barcelona...

-Tienes razón; por eso te ruego que me acompañes y me ayudes, ya que sólo en ti puedo confiar.

Acepté. ¿Qué otro remedio quedaba? Yo estaba convencido de que Juan deliraba a causa de alguna secuela del accidente; pero como él había dicho, yo era la única persona en la que podía encontrar ayuda, y me sentía incapaz de abandonarlo.

Tardamos una semana en hacer los preparativos partiendo finalmente de Madrid en dirección a Barcelona. Yo conducía mi coche y Víctor, obligado pasajero, no hacía más que refunfuñar acerca tanto de mi poca confianza en él, como de lo lento que conducía.

Cuando llegamos a la Ciudad Condal nos dirigimos directamente al chalet de Víctor. Desde que éste fijara su residencia en Madrid la casa había estado siempre alquilada, pero en contraste ahora aparecía vacía y sin vida tal como si fuera el descarnado caparazón de una tortuga. Aunque los últimos inquilinos se habían llevado casi todos los muebles encontramos un par de camas susceptibles de ser utilizadas, por lo que a pesar de mis

protestas acerca de lo incómodo del lugar Víctor impuso finalmente su voluntad de pasar allí la noche en lugar de hacerlo en cualquier hotel cercano tal como infructuosamente había propuesto yo.

Al día siguiente, nada más despuntar la mañana, Víctor abandonó el dormitorio sin avisarme. Cuando quise darme cuenta mi amigo había comenzado ya a cavar al pie mismo del frondoso olmo, con un ímpetu impropio de su edad, un foso de cuya profundidad, así como de lo frenético de su trabajo, daba cumplida cuenta el respetable montículo de tierra que se alzaba a su lado.

-¡Pero Víctor! -exclamé- Eres un irresponsable. ¿Por qué no me has esperado?

-¿Te parecen pocos los más de cuarenta años que lleva enterrada aquí la pobre Pilar? -me respondió sin cejar un solo instante en su labor.

Yo, tengo que confesarlo, me encontraba completamente desbordado. Sabía que la manía de Víctor era algo imposible de atajar, y que mi amigo se mostraría irreductible hasta que pudiera convencerse por sí mismo de lo absurdo de su empeño. Desde el principio había decidido seguirle la corriente esperando que el fracaso le hiciera volver a la normalidad, pero en ningún momento conté con que un hombre de cerca de setenta años, convaleciente además de una grave operación, derrochara sus escasas energías en una labor condenada desde el principio al más absoluto de los fracasos.

Iba a impedirle que continuara cavando, al menos hasta que su fatigado corazón se repusiera del enorme esfuerzo que estaba realizando, cuando la azada que manejaba tropezó con algo duro. Era un hueso, un hueso humano. Y detrás aparecieron otros; la tumba de Pilar había sido hallada.

Muchas veces he pensado en lo increíble que resulta a veces la vida cuando se empeña en rebatir los más firmes parámetros cartesianos; pero en aquel momento, uno de esos instantes en los que el Universo parece gozar mostrándonos lo absurdo de nuestros planteamientos, tuve fe. Y, quizá por vez primera en mi vida, también creí.

Allí se encontraba Víctor, un Víctor que lloraba mansamente mientras recogía con cuidado, casi con mimo, los tristes despojos de una persona a la que amó hacía ya muchos años. Un Víctor que besó aquellos huesos descarnados sin que su acto tuviera nada de macabro y sí mucho de sublime; un Víctor que trataba a los míseros restos de Pilar como si de un delicado ser vivo se tratara. Porque para él Pilar aún vivía.

Le ayudé silenciosamente a desenterrar todo lo que quedaba del cadáver y acto seguido comunicamos nuestro hallazgo a la policía. Víctor dijo la verdad... a medias: que había recogido testimonios acerca de que el cuerpo de su antigua novia, desaparecida durante la guerra civil, reposaba allí. Los huesos, que eran evidentemente antiguos, fueron analizados por los forenses llegando éstos a la conclusión de que se trataba de los restos de

una mujer joven asesinada de un tiro en la nuca, y por algunos objetos encontrados junto al esqueleto se pudo deducir casi con total seguridad que efectivamente se trataba de la persona descrita por Víctor. Los trámites fueron lentos y farragosos, pero concluidos éstos se le permitiría finalmente enterrar a Pilar en el panteón familiar. Su promesa, su increíble y sobrenatural promesa, había quedado por fin cumplida.

Lo que ocurrió a continuación remarcaría todavía más el aspecto sobrenatural que había caracterizado desde el principio el comportamiento de mi compañero. Durante el viaje de regreso de Barcelona, sumido en un hermético mutismo, Víctor se dirigiría a mí tan sólo en una ocasión.

-Juan. -me dijo- Tan sólo te pido una cosa; que cuando muera sea enterrado junto a Pilar. ¿Me lo juras? -concluyó con patetismo.

Desde hacía mucho tiempo Víctor y yo nos habíamos nombrado mutuamente herederos; sin embargo, jamás habíamos hecho ningún tipo de previsiones acerca de nuestros respectivos entierros ya que realmente era algo que hasta entonces no nos había preocupado en absoluto. La petición de mi amigo, después de todo lo ocurrido, no dejaba de tener su lógica; no obstante, yo comenzaba a estar bastante harto de estas macabras cuestiones. Le juré a regañadientes que así lo haría, y tras darme unas breves gracias volvió a refugiarse de nuevo en el silencio.

A partir de aquel momento todo ocurriría de una manera tan fulgurante como borrosa. Llegados a mi casa nos acostamos en nuestras respectivas habitaciones; yo estaba rendido y dormí hasta bien entrada la mañana. Cuando desperté, mi amigo había desaparecido y en su habitación tan sólo había una breve nota: *GRACIAS*. Temiendo lo peor me precipité a la calle, comprobando con pavor que mi coche había desaparecido.

El final... Poco puedo ya contar. Víctor había sido encontrado muerto en el interior de mi coche, violentamente destrozado tras un choque frontal contra un árbol, contra el mismo árbol que meses atrás se interpusiera en su camino. Cumpliendo sus deseos, trasladé su cuerpo a Barcelona enterrándolo junto con los restos de Pilar. Me he trasladado a vivir a Barcelona, quizá huyendo de los recuerdos, y suelo visitar sus tumbas como pobre tributo a una historia de amor que supo persistir más allá de la muerte, más allá de la eternidad.

EL CASTIGO

Todo fue rápido, mucho más rápido de lo que jamás hubiera imaginado: Un agudo dolor en el pecho mucho más fuerte que cualquier otro que nunca hubiera sufrido; la sensación de faltarle el aire, la impresión de su incapacidad por gobernar su propio cuerpo... Y luego la nada.

¿Nada? Quizá fuera esta la única descripción posible frente a una situación ante la cual carecía por completo de conceptos para definirla, siquiera para comprenderla... Pero pese a todo, algo existía. Él estaba muerto, de eso no le cabía la menor duda, y era plenamente consciente de que su mente no controlaba ya a su inexistente cuerpo; y sin embargo él existía y continuaba razonando, quizá con más intensidad y lucidez que nunca en toda su vida. Pero, ¿hasta cuándo?

-Bienvenido seas, Luis -la Voz había brotado de todas y de ninguna parte sacándole de su forzado ensimismamiento; y, puesto que ya no tenía oídos, supuso serenamente que debía de tratarse de algún tipo de contacto telepático entre dos intelectos puros, el de aquel ser (¿Dios?) que le hablaba y el suyo propio.

-¿Quién eres? -preguntó mentalmente; evidentemente tampoco tenía boca, por lo que le habría sido imposible articular la menor palabra.

-¡Oh, eso no importa ahora! -Luis podría haber jurado que aquel ser se había reído, que aquella Voz, ¿cómo llamarla si no?, había emitido el equivalente mental de una sonrisa.

-¿Eres Dios? -insistió con timidez.

-Sí y no... Ya lo comprenderás a su debido tiempo. Pero ahora, basta con que me conozcas como aquél que te da la bienvenida.

-¿Estoy... en el cielo? -había pasado mucho tiempo desde que Luis decidiera abandonar por completo la práctica de la religión, pero en tan trascendental e insólita situación, todos los años de soterrado condicionamiento cultural afloraron como por ensalmo a las capas superiores de su desnuda mente.

-¡Oh, no! -exclamó la Voz-. Todavía no. Digamos que tienes que pasar todavía una prueba.

-El Juicio -respondió Luis con fatalismo.

-Puedes llamarlo así si quieres -asintió su invisible interlocutor-. ¿Estás preparado? Comenzamos.

Sin apenas pausa, Luis comenzó a rememorar todos los hechos acontecidos a lo largo de su existencia no de una forma lineal, sino globalmente y bajo un prisma diferente por completo a todo cuanto estuviera acostumbrado. Captaba ahora detalles que antaño le pasaron desapercibidos, detectaba facetas de su propia personalidad que jamás hubiera podido llegar a sospechar... Y no todas eran agradables.

-¿Y bien? -la Voz, monocorde y sin inflexiones de ningún tipo, le había vuelto de nuevo a la realidad, a la extraña realidad en la que ahora se encontraba. No podía precisar si aquella vívida visión retrospectiva de su pasado había tenido una duración de apenas unos segundos o de varios miles de años; pero probablemente el tiempo, al igual que el resto de los fenómenos físicos, carecía allí de todo su significado.

Luis calló. Sabía perfectamente cual sería el veredicto del juicio, y no ignoraba que éste era justo; siempre era justo, y él aceptaba el veredicto... Aunque lo temía.

-No has pasado la prueba -respondió al fin la Voz ante su persistente silencio-. No puedes seguir adelante.

-¿Estoy... condenado? -balbució Luis-. ¿Sin remedio?

-Vas a ser castigado -la Voz sonó más extraña e inhumana que nunca-. Tuviste tu oportunidad, y la desperdiciaste. Ahora te corresponde arrostrar las consecuencias.

-¡No, no lo hagas! -gimió en un inútil y desesperado intento por evitar lo irremediable-. ¡Dame otra oportunidad!

Pero todo fue inútil. La suerte estaba echada.

* * *

El llanto del recién nacido, primer canto a la vida de un nuevo ser, tuvo la virtud de romper la tensión reinante en el quirófano; el parto había terminado con éxito.

-¡Es un niño! -exclamó la comadrona-. Un sano y hermoso niño.

-Me alegro -sonrió débilmente la agotada madre-. Era justo lo que queríamos. ¿Puedo verlo?

-¡Oh, sí, por supuesto! -respondió la primera tras percibir el mudo asentimiento del médico-. Aquí lo tiene.

-Es hermoso -comentó satisfecha la madre al tiempo que contemplaba con arrobó al pequeño y sonrosado cuerpo-. Su padre estará muy satisfecho cuando lo vea.

-Lo hará muy pronto -contestó una de las enfermeras-. Por cierto, ¿ha decidido ya qué nombre le va a poner?

-Creo que sí... -dudó la parturienta-. ¿Qué tal Luis? Se me ha ocurrido de repente, ¿no es curioso? Pero me gusta.

-Es un bonito nombre -opinó diplomáticamente el médico al tiempo que vigilaba los pataleos del pequeño-. Un buen nombre para un vigoroso muchacho.

Mientras tanto, ajeno por completo a todas estas especulaciones sobre su persona, el recién nacido comenzaba a paladear su apenas iniciada existencia. Tendría toda una vida por delante para lamentarlo.

PROYECTO FÉNIX

Según todos los informes oficiales, el proyecto Fénix se saldó con el más rotundo de los fracasos. Sin embargo, lo que muy pocas personas conocen es que en un único caso, el último precisamente, el equipo a cuyo cargo corría el desarrollo del proyecto logró ver sus esfuerzos coronados por el éxito, un éxito no obstante tan inesperado y, en cierto modo, tan desconcertante, que fue el responsable directo del carpetazo final.

Antes de continuar adelante he de aclarar una cuestión: yo participé en el proyecto Fénix en mi calidad de ayudante del profesor Alcaraz el cual, como es sabido, fue uno de los grandes promotores de la revolucionaria idea. De hecho acababa de iniciar mi tesis doctoral y, al menos eso pensaba, mi participación en el equipo, aunque modesta, podría muy bien servirme en el futuro como apoyo a mi todavía incipiente carrera. Hoy, varios años después, el profesor Alcaraz vegeta en una universidad de provincias al tiempo que ninguno de los principales responsables del proyecto ha conseguido eludir las desagradables consecuencias que ha tenido en sus respectivas carreras profesionales el espectacular fiasco. En lo que a mí respecta aún me puedo dar por satisfecho ante el hecho de que mi escasa responsabilidad y mi prácticamente nula representatividad se zanjaron de una manera neutra, sin los beneficios esperados pero también sin las secuelas negativas que tanto perjudicaron a mis compañeros.

Pero volvamos al tema. El proyecto Fénix, como suele ocurrir con casi todos los nuevos campos de investigación, contó desde el principio con numerosos detractores e incluso con un rechazo frontal por parte de ciertos sectores sociales que, siguiendo su inveterada costumbre, se apresuraron a oponerse a algo que chocaba de lleno con sus estrechos esquemas mentales. Sí, es completamente normal que el intento de resucitar a personas clínicamente muertas pudiera repugnar a algún que otro espíritu timorato... Pero no por ello deja de ser cierto el hecho de que la ciencia tan sólo ha podido progresar cuando ha logrado librarse de todos aquellos prejuicios que, a manera de rémoras, han dificultado secularmente su desarrollo.

En esencia la idea era sencilla: Se trataba de intentar reanimar el cerebro de personas recién fallecidas recurriendo a toda una serie de sofisticados aparatos que pudieran sustituir al desgastado cuerpo que hasta entonces lo sustentara. Al menos en teoría, y salvo en aquellos casos en los cuales la muerte fuera provocada directamente por un fallo cerebral, la reanimación debería ser posible siempre que se hiciera inmediatamente después de producirse el óbito. De hecho, si ya se hacía rutinariamente con hígados, riñones o corazones, ¿Por qué no con cerebros?

En la práctica la cuestión no resultaba tan sencilla. En primer lugar el cerebro es con mucho el órgano más delicado del cuerpo y también el más difícil de mantener con vida,

bastando con unos escasos minutos para que sus tejidos se destruyan irreversiblemente. Y por si fuera poco con las ya de por sí considerables dificultades técnicas, trabas de todo tipo comenzaron prontamente a amenazarnos con el estrangulamiento del proyecto apenas iniciado éste.

Para empezar nos tropezamos con una auténtica maraña de cortapisas e impedimentos legales que mantuvieron paralizada nuestra labor durante varios meses. Evidentemente lo ideal hubiera sido realizar el experimento justo antes de que el encefalograma del paciente diera una señal plana; pero como es sabido, la eutanasia en todas sus vertientes continúa siendo ilegal, lo que nos impedía intervenir al donante antes de que éste falleciera. Asumido necesariamente este punto tuvimos también que luchar para poder acogernos a la ley que entonces regulaba la extracción de órganos de cadáveres con destino a trasplantes o a investigación médica; porque si bien el espíritu que inspiraba a este texto legal era sumamente liberal, la interpretación que de él hacían los numerosos leguleyos con los que nos tropezábamos continuamente distaba mucho de ser tan tolerante. De hecho, éramos los primeros en plantear la extracción de cerebros humanos para fines no estrictamente anatómicos, lo que chocaba necesariamente no sólo con la inercia burocrática ante un hecho no recogido en la ley, sino también con el siempre latente complejo de Frankenstein, traducidos uno y otro en el temor existente ante el hecho cierto de que una operación de este tipo no sería un trasplante de cerebro, sino de cuerpo.

Para mayor desgracia, un periodista con tan pocos escrúpulos como elevada ambición publicó un extenso reportaje francamente tendencioso y decididamente sensacionalista sobre nuestras actividades, y lo hizo nada menos que en una de las más cualificadas revistas de la prensa amarilla, una publicación especializada en temas polémicos cuando no escabrosos, pero siempre de fácil aceptación entre las capas sociales de nivel cultural más bajo del país... que lamentablemente suelen ser las más numerosas. El efecto que esta iniciativa tuvo en el público, como cabía suponer, fue realmente fulminante: La discreción no buscada pero siempre asumida que suele acompañar a los experimentos científicos había quedado hecha trizas, y no precisamente para bien.

Huelga decir que a partir de entonces comenzaron a llover sobre nosotros todo tipo de ataques razonados o no en un claro intento de desprestigiar, cuando no de desbarbolar, nuestro proyecto. Evidentemente nosotros podíamos hacer caso omiso, y de hecho así lo hacíamos, a todo este cúmulo de diatribas, anatemas y denuestos; nuestras actividades eran perfectamente legales, y esto era lo único que en realidad nos importaba. Podíamos, pues, ignorar tranquilamente los calificativos de *nazis*, *sacrílegos* o *asesinos* con lo que se nos insultaba; sin embargo, recordémoslo, para la consecución de nuestros fines precisábamos de la ayuda de numerosos sectores sociales que podían muy bien negárnosla influidos por estos condicionantes tan negativos.

Por otro lado nuestros métodos de trabajo, convenientemente aireados por la dichosa revista, llenaron de horror a más de una cándida persona que, sin embargo, veía como muy normales las desagradables (pero socialmente aceptadas) prácticas de forenses y cirujanos. Reconozco que decapitar cadáveres todavía calientes, conectando inmediatamente después el sistema vascular de sus amputadas cabezas a una complicada maquinaria de aspecto más bien siniestro, es algo capaz de impresionar a cualquiera; pero esto era algo completamente necesario para nuestros experimentos y, pese a todo, no era significativamente peor que una autopsia.

Antes de seguir adelante me veo obligado a hacer una aclaración: Teníamos sobrados motivos para actuar así. Por mucha prisa que nos diéramos jamás conseguiríamos extraer un cerebro de la bóveda craneal con la suficiente rapidez como para evitar que sus tejidos se deteriorasen irreversiblemente, amén de que poco nos iba a poder servir un encéfalo privado de la totalidad de sus medios de comunicación con el exterior, es decir, sus sentidos. Claro está que sí podríamos perfectamente haberlo extraído de una persona aún viva... Pero eso era algo completamente ilegal, y además no se habría ceñido a nuestros proyectos de reanimar cerebros clínicamente muertos. La solución adoptada, amén de rápida, era también eficaz al menos en teoría, independientemente de su carácter presuntamente macabro: La cabeza del fallecido era conectada a un complejo sistema de soporte vital al tiempo que se la estimulaba física y químicamente con objeto de reanimar los tejidos nerviosos antes de que sobreviniera la destrucción definitiva de los mismos.

Sin embargo, los ataques más virulentos eran los que se cebaban en la hipótesis de un éxito en nuestros experimentos. ¿Qué habría de pasar en el caso de que consiguiéramos mantener indefinidamente con vida la cabeza de una persona obligándola a sufrir una invalidez infinitamente más cruel que todas las conocidas? ¿Nos arrogaríamos potestades cuasidivinas permitiéndonos decidir libremente sobre la vida y la muerte de estas personas? La ley presentaba en este aspecto un vacío muy difícil de llenar, pero muy fácil de criticar desde posiciones totalmente encontradas.

Por nuestra parte, todas estas inquietantes preguntas poseían respuestas lógicas y, si me apuran, también éticas; que nos las aceptaran, era ya harina de otro costal. Nuestro sistema de mantenimiento vital no podía garantizar indefinidamente la vida del cerebro de nuestros pacientes, por lo que nuestras pretensiones no iban más allá de una prolongación artificial necesariamente corta de la vida del individuo una vez que su organismo hubiera fallado irreversiblemente. No, no pretendíamos reproducir con nuestros aparatos la complejidad bioquímica del cuerpo humano ya que esto, con nuestros medios, hubiera resultado imposible. De hecho, nos limitábamos a ensayar un sistema temporal de soporte vital del cerebro antes de dar el siguiente paso, la obtención del cadáver de una persona fallecida de una enfermedad cerebral con objeto de proceder al pertinente trasplante; mas entonces, se lo aseguro, nuestras pretensiones no iban más allá de la primera fase de nuestro ambicioso y difícil plan.

Como puede suponerse, con tamaños condicionantes nos resultó extremadamente difícil conseguir pacientes para nuestro proyecto, cosa sencilla de entender si tenemos en cuenta la escasez crónica de donaciones de órganos para trasplantes a pesar de ser ésta una actividad socialmente recomendada. Realmente no se podía pedir que nos llovieran voluntarios teniendo en cuenta que nos veíamos obligados a seleccionar personas desahuciadas las cuales tenían que aguardar la llegada de la muerte al tiempo que soportaban alrededor de ellas el montaje de un espectacular equipo al cual sería conectada su degollada cabeza apenas unos minutos después de ocurrido el fallecimiento.

No, los prejuicios seculares pesaban demasiado, máxime si tenemos en cuenta la campaña difamatoria organizada por varios sectores socialmente nada desdeñables. Además, la imposición legal de una autorización expresa del donante, reflejada por escrito, contenía aún más tanto a los propios enfermos como a sus familiares. Afortunadamente disponíamos del lubricante adecuado, y de hecho ninguno de nosotros sintió el menor escrúpulo a la hora de repartir las generosas *donaciones* con las que intentábamos compensar las molestias causadas a los pacientes y a sus herederos, y en especial a estos últimos... Porque gracias a la habilidad de algunos de nuestros miembros, dinero era lo único que no nos faltaba.

Por otro lado, tampoco necesitábamos un número excesivo de sujetos experimentales, puesto que los ensayos previos con animales (perros y monos fundamentalmente) nos habían allanado mucho el camino. Por tal motivo, no nos extrañó en modo alguno que nuestro primer paciente volviera a abrir los ojos varios minutos después de haber sido conectado al equipo revitalizador; ya contábamos con ello. Pero...

Sí, el cerebro había sido evidentemente reanimado tal como mostraban las gráficas del encefalograma y como lo testimoniaban los gestos de todo tipo que realizaba esa cabeza sin cuerpo. Pero para sorpresa nuestra, mientras todos los sistemas neurovegetativos parecían funcionar perfectamente tal como ocurría en nuestros experimentos con animales, las funciones conscientes, es decir, lo que comúnmente denominamos inteligencia o razón, brillaban por su ausencia; dicho con otras palabras, habíamos obtenido un perfecto autómeta.

Este aparente fracaso, que empañaba por completo a nuestra del todo punto exitosa reanimación (o si lo prefieren ustedes, resurrección), no tuvo por menos que desconcertarnos. Lo lógico hubiera sido una recuperación total o en su defecto nula, pero nunca una reanimación selectiva que dejara fuera de ella a todo lo relacionado con el intelecto superior. Teníamos pues en nuestras manos a un completo vegetal que respondía perfectamente a todos los estímulos pero al que éramos incapaces por completo de inducir el más mínimo comportamiento racional. Por esta razón cuando al cabo de tres horas fallecía definitivamente, todos nosotros respiramos con alivio.

Tardaríamos cerca de medio año en volverlo a intentar de nuevo, en parte por nuestra dificultad en conseguir pacientes, en parte también por el empeño en buscar un posible fallo en nuestras manipulaciones, esfuerzo este último que habría de mostrarse baldío por completo.

Cuando por fin llevamos a cabo nuestra segunda experiencia los resultados fueron sensiblemente similares a los de la vez anterior, para decepción nuestra, salvo por el hecho de que la paciente (era una mujer en esta ocasión) se mantuvo viva durante cerca de cinco horas. Y el tercero, y el cuarto... así hasta el noveno, tras lo cual estábamos en condiciones de poder afirmar que nuestros aparentes fracasos no podían ser debidos en modo alguno a un fallo de las técnicas reanimadoras empleadas. La hipótesis de trabajo que manejamos durante algún tiempo consideraba que las funciones conscientes del cerebro habrían de tener un soporte fisiológico más delicado que las simplemente vegetativas, razón por la cual se extinguirían antes de que pudiéramos retenerlas; pero finalmente llegamos a la conclusión de que ésta debería ser necesariamente falsa al continuar sin avances de ningún tipo a pesar de haber perfeccionado suficientemente el paso más delicado de todo el proceso, la conexión de la cabeza al equipo evitando que el cerebro se viera privado de riego sanguíneo durante más de treinta segundos. Era materialmente imposible que en tan breve plazo de tiempo se destruyera ningún tejido por muy delicado que fuera, y si a este hecho sumamos la circunstancia de que el último sujeto objeto de experimentación sobrevivió en su nuevo estado cerca de veinticuatro horas, se podrá suponer fácilmente el desconcierto que a todos nosotros llegó a embargarnos.

Haciendo una simplificación podríamos decir que nuestro grupo había quedado escindido en dos tendencias claramente definidas: la de los que como yo nos negábamos en redondo a admitir una explicación no científica (y por lo tanto nos quedábamos sin ella), y la de los que por el contrario propugnaban una solución escatológica al problema afirmando que todo se debía al hecho de que el cerebro, una vez había sido abandonado por el alma, se convertía en un soporte vacío, en un órgano más del cuerpo privado por completo de atributos conscientes. Según ellos, nosotros podríamos reanimar al cerebro como se hacía con el corazón o el hígado; pero nunca conseguiríamos que el alma del difunto retornara a él con posterioridad a su marcha.

Evidentemente los partidarios de esta última postura propugnaban el abandono inmediato del proyecto Fénix toda vez que según ellos no tenía ningún sentido prolongarlo para obtener forzosamente un vegetal que de humano tan sólo habría de conservar la forma externa; nosotros, por el contrario, luchábamos por conseguir que la ciencia no fuera arrollada por la fe irracional insistiendo machaconamente en la necesidad de continuar adelante con los experimentos al tiempo que intentábamos corregir los fallos que impedían su desarrollo total tal y como todos en el fondo deseábamos.

Por fin se llegó a una solución de compromiso: Se intentaría de nuevo una vez más y, a tenor de los resultados, continuaríamos adelante o, por el contrario, cancelaríamos definitivamente el proyecto. Transcurrirían aún dos meses antes de que pudiéramos conseguir un nuevo paciente, el décimo, un hombre de edad madura afectado por un cáncer en estado terminal y al que los médicos no daban más de algunas semanas de vida.

Una vez el paciente estuvo en nuestras manos, preparamos con rapidez el quirófano y, con una ansiedad no exenta de temor tanto por parte de unos como de otros, aguardamos con impaciencia la llegada del desenlace, el cual tuvo lugar apenas diez días más tarde. El proceso de amputación de la cabeza y su conexión al sistema de soporte vital tuvo lugar con una celeridad y una precisión hijas de nuestra ya larga experiencia, por lo que la parte quirúrgica se desarrolló con una normalidad que pese a todo no pudo evitar que a todos nosotros nos embargara una desagradable sensación de desasosiego. De alguna manera intuíamos que éste iba a ser el ensayo definitivo, lo que no contribuía precisamente a tranquilizarnos.

Pasados algunos minutos, y tal y como estaba previsto, el paciente (o mejor dicho lo poco que quedaba de él, cubierta piadosamente la base de su amputado cuello con una sábana) abrió los ojos llenándonos a todos de incertidumbre. Hasta aquí sus reacciones eran plenamente coincidentes con las de todos los casos anteriores... ¿Fracasaríamos de nuevo?

Pronto comprobaríamos que la experiencia tomaba esta vez un cariz diferente por completo al de las anteriores ocasiones; y cuando los labios del resucitado se abrieron por vez primera no lo hicieron para emitir los sonidos inarticulados y carentes de sentido a los que estábamos acostumbrados, sino para preguntar débilmente y de una manera muy humana en qué lugar se encontraba.

El revuelo, como cabe suponer, fue inmediato. A pesar de todos los malos augurios la reanimación era posible, y esto truncaba por completo las teorías de la facción teológica del equipo. Sin embargo éstos, lejos de arredrarse ante su evidente fracaso, decidieron jugar su última y definitiva baza. Evidentemente el siguiente paso consistiría en interrogar al paciente antes de que la reanimación temporal dejara de surtir efecto, y para ello contábamos con el concurso de Luis Pla, un psicólogo al que el aburrimiento producido por su falta de trabajo había empujado al bando de los creyentes, del cual se había convertido en un ferviente adalid.

Pla, y esto no era ningún secreto, se había pasado los últimos meses estudiando a conciencia todo lo publicado acerca de la vida después de la muerte... toda una abundante y resbaladiza literatura caracterizada por lo general por una absoluta falta de rigor científico. No obstante, y puesto que independientemente de nuestras creencias todos nosotros estábamos deseosos de conocer las impresiones del resucitado paciente, nadie tuvo el menor inconveniente en dejarle obrar a su antojo, a pesar de que teníamos la certeza de que Pla lo iba a hacer a su manera.

Superada la crisis inicial, el sujeto se tranquilizó con bastante rapidez de modo que apenas unas horas después accedía a relatarnos sus vivencias más inmediatas. Según nos dijo, se había visto liberado repentinamente de su cuerpo al cual podía vislumbrar desde el exterior del mismo tal como si estuviera contemplándolo desde un rincón del techo del quirófano. De pronto, antes de que pudiera darse cuenta de ello, había sido arrastrado por una fuerza desconocida que lo había conducido por un oscuro y largo túnel al fondo del cual se podía vislumbrar una potente luz que, sin embargo, no le había deslumbrado en absoluto.

Recorriendo velozmente el largo y desierto túnel había llegado por fin a un lugar desconocido en el que todo era luz, una luminosidad cálida y agradable que tenía la virtud de sosegar el espíritu hasta niveles jamás alcanzados por él en toda su vida.

-¿Y qué pasó luego? -preguntó con impaciencia Pla, que veía cómo se corroboraban plenamente todas sus teorías-. ¿Le habló la luz?

-Sí, me dijo...

-¿Qué le dijo? -interrumpió ansiosamente Méndez, otro de los defensores de las teorías teológicas.

-No recuerdo bien... -balbuceó nuestro paciente con un hilo de voz- todo resultó muy confuso. Me vino a decir algo así como que lo lamentaba mucho, pero que acababa de terminar su período de recepción y que, hasta que no viniera su sustituto, no podrían atenderme. Yo intenté que me hiciera caso, pero él insistió en que tenía una cita urgente con un djin de la cuadragésimo séptima dimensión y que no podía entretenerse más, pero no creía que su compañero fuera a tardar mucho ya, por lo que debía tener un poco de paciencia. Y... -sollozó al fin con voz quebrada- entonces me desperté aquí.

Evidentemente, esta rotunda declaración vació completamente de sentido a nuestras investigaciones, y de hecho cuando veinte horas más tarde fallecía (o, dicho con mayor propiedad, *remoría*) nuestro paciente, todos convinimos tácitamente acerca de la inutilidad de continuar adelante con el Proyecto Fénix. Tan sólo uno de nosotros, un auxiliar de clínica conocido por lo tosco de su sentido del humor, se atrevió a hacer un comentario no demasiado afortunado al respecto.

-Espero que cuando me llegue la hora los ángeles no estén en huelga. -dijo a modo de chiste.

Naturalmente, nadie se rió.

DECISIÓN BUROCRÁTICA

Nunca se había producido una conmoción tan grande en el Círculo de los Monstruos como cuando llegó aquí el bueno de Juan. Entendámonos: Nuestro Círculo, junto con el de Dioses y Héroes y el de Otros Personajes, forma parte de la Sección de Seres Imaginarios del Paraíso, separada *ad eternum* de la otra Sección, la de los Seres Reales, ignoro exactamente por qué razón.

Cierto es que, muy de tarde en tarde, ha sido destinado aquí por error algún que otro Ser Imaginario no Monstruo aunque sí de difícil clasificación; pero nunca jamás habíamos recibido la visita de un Ser Real como era Juan. Como puede comprenderse fácilmente, los monstruos estamos más que acostumbrados a contemplar seres extraños, a vernos a nosotros mismos para hablar con más propiedad. En nuestra abigarrada sociedad tienen cabida desde Polifemo hasta el conde Drácula y desde la Esfinge tebana hasta los más delirantes seres extraterrestres imaginados por los autores de ciencia ficción. Incluso yo, que soy casi un recién llegado (formo parte de la nutrida prole alumbrada por H.P. Lovecraft a principios del siglo XX), estoy ya más que curado de espantos en lo que se refiere a estos temas.

Pero Juan... Y no se me diga que su anormalidad estribaba precisamente en su disparidad con respecto a nosotros; yo no había llegado todavía, pero me han contado que Don Quijote estuvo aquí una buena temporada antes de que pudiera convencer a los de arriba de que en realidad él no era un Monstruo sino un Héroe, y que por lo tanto tal era el destino que le correspondía. Lo mismo ocurrió tiempo después con Quasimodo y con algunos personajes de Kafka, de lo que se deduce que todos estamos ya más que acostumbrados a soportar la presencia entre nosotros de seres de figura humana; amén de que, algunos de los nuestros, son para su desgracia sumamente parecidos a los hombres como sucede con el buenazo de Frankenstein o con el bobo del yeti.

Además, Juan no sólo no fue nunca nada singular en su mundo sino que, a fuer de resultar convencional, había acabado siendo considerado vulgar por todos los que le conocieron allá abajo. Nosotros no ignorábamos, a pesar de la falta de comunicaciones con el otro lado, que allí existía un Círculo especial reservado a todos aquellos personajes históricos (y, por lo tanto, Reales) especialmente perversos... Monstruos también, en definitiva, aunque no precisamente por su aspecto físico; pero nuestro buen amigo no tenía en común lo más mínimo con personajes tales como Hitler, Atila o Stalin...

Según nos dijo, su vida había sido ejemplar (de acuerdo con su criterio, como es lógico), habiéndose volcado exclusivamente en su trabajo y en el cuidado de su familia. Jamás había hecho daño a nadie de forma voluntaria y, aunque sus creencias religiosas siempre habían sido más bien tirando a tibias, al llegar la hora de subir aquí había esperado

alcanzar una buena posición en el escalafón celestial. En honor suyo he de decir que, aunque en un principio temió haber caído en el Infierno (es increíble cómo aún puede haber gente que crea en semejantes paparruchas), acabó acostumbrándose a nosotros (y no tanto nosotros a él) hasta llegar a encontrarse bastante a gusto aquí.

A pesar de que nos caía simpático a todos (bueno, a todos excepto a Cerbero, que no le podía perdonar que hubiera atado unas latas a su infernal rabo), estimábamos que éste no era el lugar más adecuado para él y que sería más conveniente para todos que fuera trasladado a la Sección de Seres Reales que era a la que en realidad pertenecía. Y en cuanto al Círculo concreto... Bien, eso ya era cosa del Comité de Selección de allá.

Por ello, se encargó a nuestros representantes frente a la Administración Celestial (Lucifer y Astaroth, si no recuerdo mal) que reclamaran por este envío indebido. Los Monstruos siempre hemos tenido una bien merecida fama de serios, y además en este caso se trataba de algo insólito: ¡Nos habían enviado a un Ser Real!

La respuesta oficial, por lo tanto, no nos pudo dejar más sorprendidos. Según el Sumo Comité de Clasificación (la máxima instancia existente aquí, como cabe suponer), Juan estaba correctamente destinado en nuestro Círculo y era aquí donde debía quedarse. Como suele ser habitual en estos documentos burocráticos, nada se decía acerca de los criterios seguidos y ninguna razón se daba para justificar esta decisión. Obviamente, no nos quedaba otra solución que la de acatar la sentencia. Desde entonces Juan está entre nosotros habiéndose integrado perfectamente en nuestra comunidad. Y, puesto que apenas es más raro que los sátiros o los hombres-lobo, hemos acabado por soportarlo bastante bien.

Hace muy poco tiempo y casi por casualidad, algunos de nosotros conseguimos al fin enterarnos de las razones por las que Juan nos fue enviado en contra de toda lógica. Y, aunque hay quien opina que este secreto no debe ser divulgado bajo ningún concepto, yo me inclino a creer por el contrario que resulta absurdo guardar tantas precauciones; ¿acaso alguien de fuera se va a preocupar por lo que ocurre aquí?

Pero volvamos a nuestro tema. Juan fue destinado aquí no por error sino como única manera de resolver una situación tan imprevista como singular: Cuando las trompetas del Armagedón sonaron por fin en la Tierra, nuestro amigo fue el único mortal que no acudió a su llamada... ¿Había olvidado decir que por aquel entonces el pobre Juan estaba sordo como una tapia?

LA POSTRER SORPRESA

Una juerga nocturna, unas copitas de más, una carretera ondulante, un camión de frente... Así había acabado, treinta y seis años después de su inicio, la trayectoria vital de Miguel de la Olmeda, soltero, técnico informático y residente en una capital de provincia de la mitad norte peninsular. Exceso de velocidad y conducción temeraria, dictaminó la Guardia Civil de carreteras; fractura de cráneo, hundimiento torácico y lesiones diversas en ambas extremidades, añadió el forense. Miguel de la Olmeda era ya un número más a añadir a las frías estadísticas a la par que una breve gacetilla en la sección de sucesos del periódico local. Carecía de familia salvo unos primos lejanos -en el parentesco y en la relación- que se apresuraron a hacerse cargo del entierro y de la herencia y tuvieron el buen gusto de no llorarle demasiado una vez concluida la ceremonia fúnebre; para sorpresa del finado, si es que éste hubiera podido comprobarlo, el mundo no se paró y continuó girando inmutablemente sobre su eje como si nada hubiera pasado.

De esta manera tan poco brillante había concluido la etapa mortal de Miguel de la Olmeda, pero simultáneamente comenzó la otra... Que esta vez no iba a tener fin. Hay que aclarar que nuestro personaje, aunque agnóstico convencido e indiferente de hecho ante la práctica de la religión de sus mayores -“*a mí no me preguntaron si quería ser bautizado*”, solía decir medio en broma medio en serio-, no por ello se conformaba con suponer que la muerte era simplemente una disolución en la nada, un retorno al no-ser del que había surgido a raíz de su nacimiento... No era, pues, un ateo al menos en cuanto a lo que por concepto de Dios y de vida eterna se entiende comúnmente; él era en realidad un heterodoxo peculiar y a decir verdad en el fondo esperaba que hubiera “*algo*” quizá sólo como compensación y consuelo ante lo mediocre que le resultaba la vida.

Y había “*algo*”, aunque le resultara totalmente imposible saber el qué. De que estaba muerto no le cabía la menor duda, ya que él era plenamente consciente de que su mente -o su alma- estaba liberada por completo de las ligaduras corporales que durante tantos años la mantuvieran prisionera. Su nivel de clarividencia, por otro lado, era infinitamente mayor que cualquiera del que jamás hubiera alcanzado en vida y, de hecho, sentía como si sus antiguos y toscos sentidos hubieran sido sustituidos por una percepción directa y precisa que ampliaba hasta límites inconcebibles la interrelación entre su liberada mente y el espacio que ahora le rodeaba, ambos tan íntimamente entremezclados que parecían ser tan sólo uno hasta parecerle que su ser se extendía por la totalidad del universo.

¿El universo? -dudó- ¿Qué podía ser aquella negrura absoluta, intangible y eterna que se extendía hasta el infinito en todas las direcciones sin que el más fugaz destello de luz osara siquiera rasgarla? No era la Tierra, por supuesto, ni tampoco podía ser el cosmos conocido por los hombres, tachonado de estrellas y teselado por los reflejos de las remotas galaxias... No era, en definitiva, nada que él pudiera no ya recordar, sino ni tan siquiera

imaginar, y sin embargo no resultaba ser en modo alguno ni hostil ni ajeno; era, por el contrario, cálido y acogedor como un seno materno, y el ser que anteriormente fuera Miguel de la Olmeda tuvo que concluir reconociéndose a sí mismo que se trataba paradójicamente del lugar más agradable que nunca hubiera conocido.

¿Era la nada? No, no podía serlo; él pensaba -y por cierto mejor que nunca- lo que, de acuerdo con el célebre aforismo, conducía necesariamente a una nítida conclusión: existía... Pero ciertamente de una manera completamente distinta a todo aquello que jamás hubiera sospechado. Y, aunque carecía por completo de cualquier tipo de referencia o de estímulo que pudiera servirle de tal, experimentaba una sensación de placidez suprema capaz de hacerle sentirse feliz, inmensamente feliz y satisfecho de su existencia.

-Bienvenido.

El inesperado saludo había resonado directamente en su mente. Sorprendido por no encontrarse solo y por no haber podido ni tan siquiera sospechar la irrupción de un desconocido en lo más recóndito -y ahora lo único- de su ser, miró ansiosamente a su alrededor -o su equivalente, puesto que en realidad su nueva capacidad sensorial nada tenía que ver ya con sus antiguos y toscos sentidos- buscando infructuosamente el lugar del que procedía la emisión mental que su mente todavía se empeñaba en considerar como un en realidad inexistente sonido. Mas nada percibió salvo la infinita negrura que por todos los lados le envolvía y de la cual él mismo parecía formar parte inseparable al abarcar su nuevo ser la totalidad del universo perceptible por sus recién estrenados sentidos. El visitante, pues, no podía estar por este motivo fuera de él, por lo que debería estar obligatoriamente dentro; y si era así -y en ningún momento se paró a pensar en lo absurdo de su razonamiento, al menos conforme a sus antiguos parámetros mentales-, ¿por qué no lo percibía?

-Tranquilízate. -volvió a intervenir la voz- Acabas de llegar aquí y es lógico que te encuentres desorientado; pero te aseguro que no tienes por qué preocuparte. Ya te acostumbrarás a tu nuevo estado.

-¿Quién eres tú? -logró pensar el ser que había sido Miguel- ¿Dónde estás?

-Estoy... aquí. -fue la poco aclaratoria respuesta de su desconocido interlocutor- Y en cuanto a mi identidad, digamos que soy el encargado de recibirte.

Miguel de la Olmeda, el extinto ser mortal del que ahora él era su continuador, había sido una persona curiosa que se había interesado, siquiera a nivel superficial, en muchos y muy variados campos, incluyéndose entre ellos el escatológico; conocía, pues, los relatos, tan populares años atrás, que describían el tránsito de uno a otro mundo a través de la muerte. Y lo curioso del caso era que aquellas historias del ser celestial que salía a recibir al recién llegado, a las que el difunto Miguel no podía leer sino con escepticismo, resultaban

ahora ser ciertas; aún cuando faltara el pequeño detalle del ser luminoso -su desconocido anfitrión era tan oscuro como la totalidad de su entorno-, era evidente que alguien había venido a recibirlo... Y allí estaba, junto a él, por mucho que no pudiera saber dónde.

-¿Eres Dios? -preguntó al fin.

-No. -la contestación fue tajante- O sí... Depende de cómo lo mires. En realidad, puedo ser cualquier cosa que tú te imagines.

-Eso es absurdo.

-En absoluto. Aquí las reglas de la lógica no funcionan en modo alguno como en tu antiguo mundo, por lo que no ha de sorprenderte que te encuentres ante lo que para ti todavía no son sino aparentes y flagrantes contradicciones; ten en cuenta que aún conservas buena parte de los esquemas mentales que te fueron impuestos por la estructura física de tu antiguo cerebro, lo que hace que te sientas incómodo y desconcertado. Pero insisto en decirte que no te preocupes; poco a poco te irás adaptando a tu nueva situación, y te aseguro que no añorarás lo más mínimo la estrecha e imperfecta vida que dejaste atrás.

-¿Y tú estás aquí para ayudarme? Sí, claro, ya me lo has dicho; bien, pues puedes empezar cuando quieras. Estoy ansioso por conocer esto.

-No te apresures tanto; tenemos a nuestra disposición todo el tiempo del mundo. -le interrumpió su interlocutor dado (o al menos así le pareció a él) un tono un tanto socarrón a la alusión temporal- Además, no es a mí a quien debes dirigirte, sino a ti mismo. Pregúntate, pues, y conocerás la respuesta.

-Pero... -comenzó a objetar; mas se interrumpió al comprobar (ventajas de su nuevo estado mental) que su compañero le había dicho algo que era totalmente cierto. Ahora sabía, con una certeza de la que nunca habría podido gozar en su limitada existencia mortal, que todas sus ideas, todas sus teorías y elucubraciones sobre la vida sobrenatural habían resultado ser pasmosamente ciertas; tan ciertas, que en ese mismo momento comenzó a sentirse completamente anonadado.

-Así es. -intervino afablemente su anfitrión- Acertaste plenamente al suponer que ibas a ser una parte del todo, una faceta más del infinito caleidoscopio en el que se funden todos los espíritus que atraviesan la barrera de la muerte. Eso vas a ser tú, puesto que la individualidad es aquí sinónimo de pluralidad y viceversa. Vas a ser, y de hecho ya has comenzado a serlo, todos y cada uno de quienes alguna vez alentaron en ese pequeño guijarro llamado Tierra o en cualquiera de los infinitos mundos que, invisibles a tus desaparecidos ojos, encendieron asimismo la llama de la inteligencia. Tú compartirás con ellos sus recuerdos, sus vivencias, sus inquietudes y sus emociones. Tú seguirás siendo tú, pero también serás todos ellos en la misma medida en que ellos formarán también parte de ti.

-Entonces, tú...

-Yo soy todos, y al mismo tiempo todos somos yo. Estás hablando con un monje irlandés que vivió en el siglo undécimo, pero también con un filósofo neoplatónico de la corte del emperador Galieno, con el propio emperador Galieno, con un sacerdote babilónico, con un pintor de la Florencia renacentista, con un judío exterminado en el campo de concentración de Auschwitz...

-No sigas. -le interrumpió- No acabarías nunca.

-¿Nunca? -se burló- Ese concepto no tiene ningún significado aquí. Pero tienes razón. Te he abrumado innecesariamente cuando lo más conveniente era haber esperado a que la fusión sea completa. Es preferible tener algo de paciencia.

-¿Y por qué esta fusión no ha tenido lugar ya?

-Ya te lo he dicho: porque tu mente continúa estando condicionada en mayor o menor medida por los esquemas digamos mortales que todavía la dominan; y aquí está incluido, claro está, el factor temporal. Expresado de otra manera, cabe decir que el tiempo para mí no existe pero para ti todavía sí. Yo no tendré, pues, que esperar puesto que estoy libre de estas ligaduras, pero tú sí. Mientras tanto, te sugiero que sigamos conversando; la fusión llegará poco a poco y por sí sola, prácticamente sin que te percares de ello.

-Bien, tendré paciencia. -se resignó el neófito- Pero dime, ¿cómo es que he tenido la suerte de acertar absolutamente en todas mis predicciones? Todos los grandes pensadores religiosos, todos los fieles de las distintas creencias, todos los filósofos, todos los ateos en suma... ¿Estaban equivocados al tiempo que yo era prácticamente el único capaz de descubrir la verdad absoluta? Ciertamente, me parece increíble.

-Y lo es. En realidad todos ellos, más aún, la completa totalidad los seres que han vivido y muerto en el universo siendo capaces de plantearse la cuestión de qué podía haber detrás de la vida y detrás de la muerte, absolutamente todos ellos, recuérdalo bien, al abandonar su vida mortal y pasar por el mismo trance que ahora estás pasando tú me hicieron la misma pregunta; y todos, sin la menor excepción, recibieron la misma respuesta. Acertaron plenamente al encontrarse con todo aquello en lo que habían creído.

-No puede ser; se trata de conceptos mutuamente excluyentes.

-No aquí; vuelvo a repetirte que las leyes de la lógica humana no tienen la menor vigencia en este lugar. Tú nos ves como un agregado de mentes interdependientes aunque mutuamente diferenciadas, y así es en realidad. Pero simultáneamente hay quien ahora mismo está gozando en el Walhalla, fundido en el nirvana o retozando con las huríes; sin olvidarnos de los cristianos que forman parte de los coros celestiales o de los ateos que, al morir, se limitaron simplemente a desaparecer extinguiéndose para siempre. En esto

consiste la grandeza de este lugar: todos y cada uno de los que aquí llegan se encuentran justo con aquello que más deseaban... Y, por supuesto, para siempre.

-Es increíble; claro está que, bien pensado, quién podría imaginar un Cielo mejor...

-Te equivocas una vez más. -le rectificó su interlocutor- No estamos en el Cielo, como tú crees, sino el en infierno.

La llegada de la esperada fusión, quizá acelerada por la sorpresa quizá misericordiosa con el anonadamiento del pobre espíritu recién arrojado a los insondables abismos del conocimiento, obró a modo de piadosa mortaja sobre los últimos restos del intelecto mortal que al fin se desintegraba para dar paso a una entidad distinta que ya no temía, en su infinita comprensión, a las eternas revelaciones. Fundido así con todos aquéllos que le habían precedido en su tránsito, el nuevo ser conoció sin necesidad de ninguna explicación la más profunda y trascendente verdad del universo: Acceder a la totalidad absoluta de los conocimientos, ser consciente de la realidad más rotunda de tus deseos, tus anhelos y tus esperanzas, lejos de constituir un premio resulta ser, muy al contrario, el más atroz, cruel y definitivo de todos los imaginables castigos.

LA POSTRER DECISIÓN

Ignoraba si estaba en el Cielo o en cualquier otro lugar intemporal, pero de lo que no le cabía la menor duda era de que su alma había abandonado definitivamente su yerto cuerpo allá en la lejana Tierra. Estaba, pues, irremisiblemente muerto y ahora su espíritu inmaterial vagaba, libre por completo de ataduras corporales, por los caminos infinitos que constituían -o al menos así él lo creía- el reino del Más Allá. Lo curioso era que su alma parecía conservar, siquiera vagamente, los contornos y volúmenes del desaparecido cuerpo cual si de un fantasmal remedo de sí mismo se tratara.

Y caminaba. Todo el paisaje que se extendía a su alrededor, imposible de describir en base a los conceptos humanos, parecía semejar un lecho de nubes imposibles caprichosamente distribuidas aquí y allá formando un irreal paisaje cuya fantasmagórica topografía resultaba ser completamente distinta a lo que cualquier mente humana hubiera sido capaz de imaginar. A pesar de ello y de lo insólito de su situación él la aceptaba con total naturalidad, como si no hubiera conocido ninguna otra en toda su existencia; y, dado que en realidad allí no tenían razón de ser ni el pasado ni el futuro -eso también lo sabía, aunque ignorara el porqué-, ningún problema encontraba en asumir como propio aquello que en realidad era eterno.

De repente alguien surgió a su lado. Se trataba de un ente tan inmaterial como él mismo, pero con las formas corporales perfectamente definidas... ¡Y qué formas! No recordaba haber visto jamás una muchacha tan escultural; y, aunque su sistema hormonal había desaparecido para siempre junto con su extinto cuerpo, no por ello su alma liberada pecaba de indiferente ante los atractivos que ahora se le mostraban. Sería una atracción puramente mental, se dijo, pero lo cierto era que él no notaba una gran diferencia en relación con sus perdidos instintos carnales; así que, se dijo a sí mismo, era mejor no preocuparse por ello y aceptarlo tal como venía.

-¿Quién eres? -preguntó a la aparición sin saber con certeza si hablaba, pensaba o hacía ambas cosas a la vez.

-Soy una hurí del Paraíso. -respondió ésta con una armoniosa ¿voz?- Te estaba esperando.

-¿A mí? -se extrañó- ¿Y qué quieres?

-Darte la bienvenida al Paraíso, apuesto guerrero.

-Un momento. -interrumpió confuso- Se supone que te estás refiriendo al Paraíso musulmán, ¿no es cierto?

-Así es, magnánimo effendi -la sonrisa no podía ser más embriagadora.

-Pero si yo... Yo soy cristiano -balbuceó con turbación- Yo no puedo ir a tu Paraíso -concluyó con un hilo de voz.

-¿Por qué no? -preguntó la hurí con desparpajo- Nosotros no somos tan cerrados como los cristianos, y damos la bienvenida a todo aquél que llega a este lugar después de abandonar la vida terrena.

A él, ciertamente, no le sonaba demasiado que los seguidores del Profeta fueran tan benévolos con los infieles; pero su desconocimiento de la teología islámica no le permitía opinar sobre este tema con pleno conocimiento de causa. No obstante sus dudas, fue innecesario que respondiera a tan insólita invitación ya que la irrupción de un nuevo personaje vino a interrumpir bruscamente la conversación. Era el recién llegado un ángel resplandeciente tocado con una larga túnica y provisto de unas sedosas y grandes alas que arrancaban de sus omóplatos; su belleza, que no se veía menoscabada en absoluto por la inmaterialidad de su cuerpo, irradiaba espiritualidad a todo su alrededor. Sin embargo, su talante no era precisamente seráfico a juzgar por el tono con el que se dirigió a la hurí.

-¿Cuántas veces te tengo que decir que estamos hartos de que intentéis robarnos las almas de los católicos? -la espetó con acritud- Los católicos son nuestros, y no estamos dispuestos a consentir que embauquéis ni a uno solo.

-Lo que mande el señor. -replicó con sorna la agarena- Y mientras tanto, vosotros os dedicáis a cazar musulmanes. La ley del embudo, vamos.

-Al fin y al cabo, vosotros nos robasteis a todos los fieles de Oriente Medio y el norte de África.

-¡Porque pregonábamos la fe verdadera! ¿Qué tiene de extraño que los fieles prefieran seguir nuestra religión? ¿Y qué me dices de las Cruzadas y de la Reconquista?

-¡Religión verdadera! ¡Unos plagiarios es lo que sois! Y nosotros os vamos a desenmascarar de una vez por todas.

Atónito ante tan insólita discusión, apenas se percató de que un tercer espíritu aparecía a su lado. Se trataba, en esta ocasión, de un venerable anciano de luenga barba y aspecto bondadoso que inspiraba confianza con su sola presencia.

-No les hagas caso. -le dijo a modo de saludo- Siempre están peleándose, pero nunca llega la sangre al río; se limitan a increparse hasta que se cansan. Pero no te preocupes; ambos se han olvidado ya de ti.

-¿Quién eres tú?

-El enviado especial de los Santos de los Últimos Días, también conocidos como mormones. Vengo a ofrecerte nuestra hospitalidad y a pedirte que nos acompañes en la eternidad.

-Te digo lo mismo que le dije a ella; yo no soy mormón.

-Eso no importa. -respondió sonriente el anciano- Contigo estamos dispuestos a hacer una excepción.

-¡Pero si yo soy agnóstico! -exclamó con desesperación- Ni siquiera practicaba el catolicismo.

-Lo eras, pero ya no lo puedes seguir siendo; como puedes comprobar el Cielo o, por mejor decir, los Cielos, existen. -el nuevo personaje era un hombre joven vestido con un traje renacentista- Pero no te dejes embaucar por este viejo; a todos les dice lo mismo. Nosotros, los verdaderos Padres de la Reforma, sólo escogemos a aquéllos que verdaderamente son dignos de figurar entre nosotros. Ven conmigo y te aseguro que serás feliz para toda la eternidad.

-¡Dejadme en paz! -exclamó al fin- No deseo comprometerme con ninguno de vosotros.

Y se marchó, dejando a los cuatro enviados tan enzarzados en sus respectivas discusiones que apenas si se apercibieron de su partida. Estaba confuso, muy confuso, amén de terriblemente irritado. ¿Era esto el Cielo o era, por el contrario, una casa de locos?

-No te falta razón en tus preguntas. -dijo una voz a sus espaldas- Muchos de mis colegas se comportan de una manera francamente impropia. Pero no te preocupes; yo te podré orientar sobre tu estancia en este lugar.

-¿Quién eres tú? -preguntó al tiempo que se volvía para encontrarse con un enjuto lama- ¿El representante budista?

-Del budismo mahâyâna. -precisó calmoso el sacerdote- Y estoy a tu entera disposición para todo lo que precisas.

-¡Tan sólo quiero saber por qué todos se pelean por mí! -gimió- Esto no es lo que me explicaban en las clases de religión; siempre se había dicho que los católicos eran los únicos que podían ir al Cielo, y sólo si cumplían las normas. Y ahora, por el contrario, me sobran ofertas de todo tipo a pesar de que me he pasado toda mi vida adulta ignorando por completo todo aquello que pudiera oler siquiera a religión.

-Tienes razón. -concedió su interlocutor- Allá abajo prácticamente todas las religiones han sido excluyentes por completo con el resto; ésta no es sino una muestra más de la

intolerancia humana. Pero aquí las cosas son distintas, y lo cierto es que todas las religiones pugnan por captar a los recién llegados independientemente de cuáles hayan podido ser sus creencias con anterioridad a su muerte.

-¿Por qué es así? Lo encuentro un tanto incoherente.

-Bien, la verdad es que en un principio cada religión gestionaba sus propios asuntos a su manera e independientemente de las demás; pero hubo un momento en el que varias confesiones minoritarias se quejaron de que no gozaban de las mismas oportunidades que las demás al verse limitadas a administrar las pocas almas que les llegaban habiendo previamente profesado esas creencias en vida. Las religiones olvidadas, que se encontraban en una situación todavía peor, apoyaron incondicionalmente esta propuesta y, al ser ambos grupos mayoría en la Asamblea General, consiguieron que se aprobase dar una segunda oportunidad que fuera igual para todas sin la menor excepción. Las grandes religiones, entre ellas la mía, protestaron enérgicamente, pero de nada les sirvió; tal como decís los occidentales, el acuerdo no pudo ser más democrático. Y sobre todo, justo es reconocerlo, esta fórmula es infinitamente más beneficiosa para todas las almas que aquí llegáis, ya que así podéis escoger libremente y con pleno conocimiento de causa entre todas las ofertas en vez de veros ligados, en la mayor parte de las ocasiones, a aquellas creencias que os fueron impuestas ya desde el instante mismo del nacimiento.

-¿Y es por eso por lo que me han abordado los representantes de varias religiones distintas? -el pobre recién llegado estaba cada vez más atónito.

-En efecto. El acuerdo estipula que ha de ser el propio fiel quien elija libremente a cual Cielo, Paraíso, Nirvana o Elíseo desea ir, sin ningún tipo de discriminación o coacción en función de su fe de origen. Las distintas religiones únicamente tienen permitido intentar convencerle, sin maniobras de ninguna clase, de que se integre en ellas; claro está que, -sonrió, o al menos eso le pareció a él- siempre hay alguien que infringe en cuanto puede las normas buscando el posible provecho propio.

-Pero, ¿qué es lo que ocurre con los condenados al infierno?

-¡Oh, los infiernos! -sonrió por segunda vez- Quedaron abolidos todos ellos a poco de alcanzarse el acuerdo. No podía ser de otra manera, puesto que la competencia es muy dura y a nadie le interesa dar una imagen negativa a sus posibles adeptos; ahora, todas las religiones te ofrecen únicamente sus premios sin amenazarte con ningún castigo que pudiera incitarte a elegir otra distinta. Incluso, para mejorar su oferta, algunas de ellas incluyen extras en el paquete; claro está que ninguna que sea lo suficientemente seria se dignará a rebajarse hasta esos límites; se trata en definitiva de ofrecer la salvación eterna y no de montar numeritos más o menos estafalarios. -concluyó muy digno.

-¿Y los ateos? -prudentemente, no se atrevió a decir agnósticos.

-De común acuerdo, no se admite que nadie quede al margen de las religiones. Siempre se tiene la obligación de optar por alguna.

-Pero puede ocurrir que ninguna te satisfaga.

-Eso es muy difícil; hay tantas, y tan distintas, que siempre podrás encontrar alguna que sea de tu agrado.

-Sí, supongo... -respondió sin gran convencimiento- Pero dime, ¿tú no intentas hacer proselitismo conmigo?

-He de confesarte que me encantaría que te unieras a nosotros, pero yo nunca actuaría como lo hacen esos. -y aquí su voz tomó un tinte de marcado desprecio- Yo no te voy a presionar, ni pretendo tampoco abrumarte con promesas; lo que sí te ofrezco es una placidez y una autosatisfacción eternas que difícilmente podrás encontrar fuera del budismo.

Pero sus motivaciones eran muy distintas, por lo que despidiéndose cortésmente de su amable interlocutor continuó con su camino. No anduvo mucho tiempo solo, ya que a poco se vio obligado a rechazar las proposiciones más o menos insistentes de los hinduistas, los testigos de Jehová, los dioses olímpicos (a pesar de que su mensajera, la diosa Iris, estaba de muy buen ver), los nestorianos y los parsis; momentos hubo en que le abrumaron con mil y una promesas, a cada cual más estrambótica, los representantes de religiones tan pintorescas como las animistas africanas, las polinésicas, los ritos vudúes o los desaparecidos (en la Tierra, pero no aquí) cultos que florecieran en la Europa neolítica.

Tuvo, asimismo, que decir no al propio dios Thor en persona (o, por hablar con más propiedad, en espíritu), y lo mismo hizo con los educados portavoces del sintoísmo o con los toscos neandertales adoradores del Gran Espíritu. Manitú no le satisfizo lo suficiente (al fin y al cabo a él nunca le había gustado galopar por las praderas, por muy celestiales que éstas fuesen), y los dioses egipcios (y en especial el engréido de Osiris) no le cayeron nada simpáticos. Tan sólo Atón le pareció, en principio, interesante; pero a pesar de la simpatía desplegada por Amenofis IV (perdón, Akenatón) y su esposa Nefertiti, su culto estaba tan de capa caída...

Al fin, abrumado y confuso, consiguió dar con la solución perfecta: Asesorado por el que fuera en la Tierra el emperador Calígula, del que se había hecho bastante amigo (el chico, por cierto, no era en realidad tan malo como le habían pintado los historiadores), instauró un culto a sí mismo como única manera permitida (en aras, claro está, de la libertad religiosa) de poderse quitar de encima a tantos y tantos moscones sin comprometerse con ninguno de ellos. Ciertamente es que todavía no ha captado ningún adepto fuera, claro está, de él; pero su gran secreto, únicamente compartido con su amigo Calígula,

consiste únicamente en conseguir que tanto unos como otros, dioses y fieles, puedan dejarle tranquilo durante toda la eternidad o, cuanto menos, una parte importante de ella.

REBELIÓN EN EL CIELO

I

Si había algún lugar especialmente tranquilo en todo el universo, éste no podía ser otro que el Cielo. Insufriblemente aburrido para unos y simplemente monótono para muchos otros, lo que nadie podía negarle en modo alguno -y nadie, de hecho, se lo negaba, era la absoluta placidez con la que allí se desarrollaba la vida, si es que podía denominarse de esta manera a una existencia que habría de durar, sin la menor alteración, durante toda una interminable eternidad.

Es por ello que Gabriel, el arcángel responsable de las relaciones públicas -no podía ser de otra manera, dada su larga experiencia en estos asuntos- se mostró sumamente sorprendido cuando una delegación que decía representar a numerosos santos solicitó una entrevista con el propio Dios para expresarle -dijeron- sus quejas respecto a la marginación que según ellos sufrían.

Gabriel, que era sobradamente ducho en el tema, se ofreció amable y rápidamente para atenderles en primera instancia antes de molestar innecesariamente al Señor ya que Éste, según afirmó el arcángel, se encontraba sumamente ocupado en ese preciso instante creando un nuevo mundo allá por la nebulosa de Andrómeda. Ahora bien, dado que contaba con amplias atribuciones a la hora de gobernar en el Cielo durante las frecuentes ausencias de su legítimo soberano -bueno, para ser más exactos él y sus dos colegas Rafael y Miguel, puntualizó-, ofrecía a los reclamantes toda la ayuda que éstos pudieran necesitar a la hora de estudiar la resolución del problema que les tenía tan preocupados.

No sin protestas acabaron los demandantes aceptando a regañadientes la componenda ya que, según decían una y otra vez, solamente el propio Dios era capaz de satisfacer cabalmente sus peticiones; mas rendidos finalmente ante el infranqueable muro en que se había convertido el contumaz arcángel, acabaron resignándose finalmente a su semifracaso optando por aceptar la única oferta válida de que disponían.

Tres eran los miembros que componían la comisión: san Pastor, uno de los Innumerables Mártires de Zaragoza y san Abundio, aunque todos ellos coincidían en afirmar que no eran sino los representantes electos de un elevado número de santos cuya problemática les era a todos común. Y los tres, reunidos al fin con san Gabriel en un lugar tranquilo y a salvo de miradas indiscretas de cualquier tipo -un bucle temporal de la quinta dimensión plegado sobre la séptima, para ser más exactos- comenzaron a dialogar con su interlocutor con la tranquilidad que les daba el hecho de saber que no se les iba a agotar el tiempo ni iban a llegar tarde a ningún sitio; así son las paradojas de la

eternidad, las cuales les permitían sopesar cada frase durante el equivalente a varios siglos terrestres antes de emitir la respuesta, sin que nadie se llegara a impacientarse por ello.

Ahora bien; dado que resultaría bastante incómodo para el lector seguir esta conversación en tiempo real, el redactor de esta crónica se ha tomado la libertad de adecuarla al ritmo temporal de los limitados mortales, en el convencimiento de que nada fundamental iba a quedar significativamente alterado por la de todo punto imprescindible transcripción. Imaginemos, pues, al arcángel y a los tres santos confortablemente sentados -es un decir, pero acéptese el símil- en una a modo de burbuja entre nubes -otro símil necesario, aunque forzosamente incorrecto- y charlando relajadamente, que es como se dialoga siempre en el Cielo.

-Vosotros diréis -les invitaba a hablar Gabriel-. Os escucho. ¿En qué consiste vuestro problema?

-Se trata de algo muy sencillo pero al mismo tiempo sumamente grave -respondió el Innumerable erigiéndose en portavoz de sus compañeros-. Nos sentimos marginados con respecto al resto de la nómina del santoral.

-¿Cómo podéis pensar eso? -se extrañó el arcángel-. Aquí todos somos completamente iguales, y no ha existido jamás la menor discriminación hacia nadie; practicamos el comunismo perfecto, en esto estaréis de acuerdo conmigo.

-Nunca hemos dicho que estemos marginados aquí, sino allá abajo -objetó el tímido Abundio, rompiendo su mutismo por vez primera al tiempo que señalaba con su mano (pedimos de nuevo disculpas por el imperfecto símil) el lugar del espacio en el que suponía debía de hallarse en esos momentos la Tierra.

-¿Abajo? ¿Queréis decir...?

-En la Tierra o, por hablar con más propiedad, en el orbe católico del que procedemos todos nosotros y en el cual deberíamos ser venerados todos por igual -le interrumpió Pastor, enfatizando la frase *todos por igual*.

-Ahora empiezo a entender el sentido de vuestras quejas: ¿Insinuáis, acaso, que os sentís agraviados por el culto que recibís en vuestro planeta por parte de los fieles católicos?

-No lo insinuamos, sino que lo afirmamos y lo denunciemos -volvió a explicar Pastor-. Y podemos demostrarte que efectivamente ocurre como nosotros decimos. Yo, por ejemplo, estoy completamente eclipsado por mi hermano Justo a pesar de ser el mayor de los dos cuando nos martirizaron.

-No es cierto -objetó Gabriel-. La Iglesia os reconoce a los dos como mártires, y a los dos os venera por igual.

-Sí, pero es a él a quien ponen siempre el primero, y ya estoy más que harto de comprobar cómo todas las iglesias que nos están consagradas, que son bastantes, por cierto, son conocidas simplemente como de San Justo... ¡Podría llamarse, siquiera alguna de ellas, de San Pastor, digo yo!

-Hombre, al ir los dos juntos siempre tenía uno que ser el primero, y la tradición secular...

-Ya. Eso es lo que a mí respecta. Pero, ¿qué me dices del pobre Abundio, tan olvidado de todos que nadie sería capaz de distinguirlo entre sus siete tocayos? ¿Acaso tú mismo sabrías decirnos de cuál de los ocho que tenéis en nómina se trata?

-Hombre, sí... -vaciló Gabriel agitando pensativamente la punta de las alas-. Me basta con hacer un poco de memoria; sois tantos que ya no es tan fácil recordar a todos de un primer golpe de vista. ¡Ya está! -exclamó ufano-. Tú eres el Abundio que martirizaron en Úbeda durante el reinado del emperador Marco Aurelio.

-Lo siento -respondió tímidamente el interpelado-. Soy el presbítero que degollaron junto a Abundaso.

-Yo te lo voy a poner aún más fácil -terció irónicamente el Innumerable aprovechándose de la confusión del arcángel-. Como iba en lote, ni tan siquiera os molestasteis en darme un trato diferenciado cuando llegué aquí; de hecho, habéis conseguido que hasta yo haya olvidado mi antiguo nombre.

-Hombre, tampoco creo que sea para tanto...

-¿Por qué no les pides su opinión a otros de nuestros compañeros? -remachó Pastor, consciente de que el muro comenzaba a agrietarse-. Santiago el Menor, todo un apóstol, está hasta la coronilla de ser eclipsado por su homónimo. No quiero decirte nada de un buen puñado de Juanes de los que nadie se acuerda, de san Fermín el otro, el obispo de Ucez en la Galia Narbonense ¿le recuerdas ahora?, de todos los segundones como yo tales como santa Rufina, san Damián o san Crispiniano, y luego también están aquéllos a los que se ha olvidado hace ya mucho allá abajo. ¿Y qué te parecería a ti si te recordaran tan sólo por prestar tu nombre a un edificio? Dentro de lo malo, san Baudelio tuvo la suerte de dar nombre a una ermita medieval, pero al pobre san Mamés se le llevan los demonios -con perdón- cada vez que se le asocia con el dichoso fútbol.

-Añade también que muchos de los más antiguos hemos sido injustamente arrinconados por todos los recién llegados -apuntó el prudente Abundio-. ¿Por qué todos los santos que está canonizando a diestro y siniestro el actual papa tienen que

venir a quitarnos el poco hueco que aún nos queda en las iglesias, cuando ninguno de ellos ha tenido una vida, y mucho menos una muerte, tan heroica como la nuestra? ¿A cuál de todos ellos han perseguido, degollado, asado, empalado, echado a los leones, descuartizado o desollado? Y sin embargo, ellos gozan del fervor de los creyentes mientras que nosotros nos vemos reducidos a una simple referencia anual en los calendarios, y ni tan siquiera en todos.

-Un momento -interrumpió Gabriel el torrente dialéctico recuperando, al menos aparentemente, la calma-. No digo que no os falte razón, pero si queremos ser serios debemos considerar todas las facetas y no sólo algunas.

-¿Qué quieres decir? -preguntaron con inquietud, y casi al unísono, los tres reclamantes.

-Algo tan sencillo como que, si bien vosotros tenéis argumentos a vuestro favor, aquéllos a los que consideráis rivales también cuentan con los suyos.

-¿Como cuáles?

-Vosotros les echáis en cara, al menos a los recientes, la falta de heroicidad en sus vidas y en sus muertes; sin embargo, su canonización ha sido un proceso lento y minucioso que ha permitido sopesar convenientemente su expediente. Con vosotros, en cambio, se hizo bastante manga ancha...

-¿Qué quieres insinuar con eso? -estalló el Innumerable en un insólito arranque de ira-. ¿Que nuestro martirio fue puro cuento?

-¡Oh, no, ni mucho menos! -concilió el arcángel-. Pero de sobra sabéis que vuestros expedientes fueron tramitados por vía de urgencia, cosa que no es de extrañar teniendo en cuenta que entonces esto estaba todavía muy vacío... Y no me negaréis que no se coló más de uno sin justificar convenientemente su situación, en especial los procedentes de las tierras recién cristianizadas y a los que se admitió sin reservas a pesar de que tan sólo contaban con la más que discutible veneración popular. Los nuevos, sin embargo, han tenido que pasar un examen rigurosísimo que les ha costado siglos, incluso, y que ha dejado fuera a muchos de ellos.

-Sí, como aquélla que se ganó el cielo gracias exclusivamente a haber sido violada y asesinada -ironizó Pastor-. Menos mal que no se ha hecho lo mismo con todas las violaciones y todos los asesinatos que se comenten un día sí y otro también, porque si no, ya no cabríamos aquí de apretados que íbamos a estar.

-Bueno, esa fue una excepción -se sonrojó el representante divino al tiempo que agitaba involuntariamente las alas-. Y como tal excepción, no debe ser considerada. Fijaos en el resto de los casos y veréis como no es así.

-Casos que nos han robado el fervor popular -intervino de nuevo Abundio-. Y esto es lo único que importa.

-Bien, ¿y qué queréis que hagamos por evitarlo?

-Algo tan sencillo como sugerir a los creyentes que nos veneren de nuevo -respondió el Innumerable-. Con eso bastaría para darnos por satisfechos.

-Pero eso no puede ser.

-¿Por qué?

-Porque vosotros sabéis de sobra que el Señor siempre ha respetado escrupulosamente el libre albedrío de sus fieles. Ahora bien -añadió al ver el aspecto entre contrito y huraño de sus interlocutores-; creo que algo sí que se podrá hacer en beneficio de vuestra reclamación. Eso sí, deberéis esperar a que retorne Dios y pueda exponerle vuestro caso; tened por seguro que abogaré por vosotros.

II

No había pasado mucho tiempo desde la entrevista -medido conforme a los parámetros de la Eternidad, se sobreentiende- cuando los tres representantes del autodenominado sector marginado recibieron por conducto oficial la respuesta a su reclamación. Arrojada por un farragoso e hiperbólico lenguaje -y es que la burocracia es la misma en todos los lados-, había una única conclusión: Las altas jerarquías celestiales no podían, o no querían, hacer nada por primar el favor de ningún santo determinado frente al resto de sus compañeros. Dicho de una manera gráfica, cada cual tendría que buscarse la vida -en sentido figurado, claro- única y exclusivamente por sus propios medios. Eso sí, dado el creciente nivel de ateísmo e indiferencia religiosa de la humanidad actual, el Señor había decidido programar una ambiciosa campaña de promoción que incluiría un generoso lote de milagros y actos sobrenaturales de todo tipo. Puesto que para ello precisaba de la colaboración de la totalidad de los santos residentes en el Cielo, aprovechaba la ocasión para invitar a todos ellos a un despliegue de sus mejores dotes de convicción que, a buen seguro, se traducirían en un espectacular aumento de la veneración de los mismos por parte de los católicos del mundo entero.

En resumen: Se daba el pistoletazo para la gran carrera en la que habrían de triunfar únicamente aquéllos que supieran dominar las técnicas publicitarias más sofisticadas. Huelga decir que, a raíz de este decreto, la desbandada fue total y que cada santo por separado, fuera éste antiguo o moderno, marginado o popular, se buscó las mañas de forma que pudiera conseguir un éxito allá donde sus compañeros fracasaban. El libre

mercado se imponía hasta en un lugar tan tradicional como era el Cielo, y sólo unos pocos serían los vencedores... Pero, ¿cuáles?

En realidad ninguno, lo que hay que achacar al enorme pragmatismo de unos humanos que vieron en los milagros que comenzaron a proliferar por doquier tan sólo el lógico culmen a su progreso técnico y científico por más que muchos de estos portentos fueran de todo punto inexplicables. Y, si con anterioridad a la fallida campaña de promoción su éxito había sido escaso, una vez concluida ésta los resultados llegaron a ser virtualmente nulos. Los pobres santos, desesperados por su falta de éxito y hermanados en la desgracia común, tuvieron que acabar resignándose a su triste sino de jubilados que, olvidados por todos excepto por ellos mismos, sufrían en sus propias carnes las siempre crueles garras del capitalismo salvaje, aunque éste no fuera económico sino simplemente religioso. Y así, la igualdad volvió a implantarse en los Cielos, aunque esta igualdad no fuese otra que la de los marginados.

Y por supuesto, huelga decirlo, los humanos siguieron disfrutando alegremente de los milagros que de modo tan gentil les habían caído literalmente del cielo, milagros además que resultaron ser completamente gratis y libres por completo de cargas y gravámenes de cualquier tipo... Ver para creer, que hubiera dicho más de uno; pero por desgracia, de éstos no quedaba ya nadie para contarlos.

SIC TRANSIT

Despertó bruscamente, sin la menor transición entre el sueño y la vigilia, y sin poder recordar dónde se hallaba. Estaba tumbado de espaldas y desde la posición en la que se encontraba tan sólo podía ver un cielo gris y uniforme carente del menor matiz que pudiera diferenciarlo en todo el campo visual que era capaz de percibir sin mover la cabeza.

Intentó parpadear de una manera instintiva sin poder lograrlo a pesar de sus esfuerzos; parecía como si tuviera pegados de alguna forma los párpados impidiéndole cerrar los ojos. Molesto por la situación se incorporó hasta quedar sentado; esta vez consiguió su propósito sin ningún problema, pero a costa de escuchar un chirriante sonido, procedente al parecer de sus propias articulaciones, similar en todo al de una carraca.

Decididamente algo extraño estaba pasando, puesto que no recordaba que nunca sus huesos hubieran sonado de tan desagradable manera; algo que tuvo ocasión de constatar en cuanto pudo observar a su propio cuerpo desde su nueva postura... Un cuerpo reducido a un limpio esqueleto.

Completamente aterrado volvió a fijar su mirada en aquella negación de la racionalidad: El hueco armazón de las costillas, la vacía pelvis, los largos huesos de las piernas rematados por la filigrana ósea de ambos pies... Y cuando alzó los brazos pudo comprobar también que de los mismos tan sólo quedaban los huesos descarnados, desde el húmero hasta las últimas falanges.

No podía ser; tenía que tratarse de una pesadilla. ¿Cómo iba a poder estar viviendo -y sintiendo- siendo tan sólo un amasijo de huesos? Aquella situación, por lo grotesco de la misma, desafiaba frontalmente a la lógica más elemental. Daba, pues, por hecho que despertaría en cualquier instante recordando vagamente tan macabra ensoñación.

Pero no despertaba. Con un gesto de irritación alzó la garra en la que se había convertido su mano y la llevó hasta el lugar en el que debería haberse encontrado la cara; un seco choque de huesos, tal como si de unas macabras maracas se tratara, fue todo cuanto pudo percibir. No sólo veía sino que también oía... Y palpaba, puesto que incongruentemente también contaba con el sentido del tacto, un tacto extraño que le informaba de que estaba tocando un duro hueso con la ¿mano? al tiempo que sentía un roce frío y seco en la ¿mejilla?

A falta tan sólo de constatar la persistencia del gusto -acababa de percibir que en el ambiente que le rodeaba flotaba un tenue olor dulzón- descubrió con perplejidad que seguía sintiendo sus sensaciones de forma tan normal como siempre... Lo cual acababa, por supuesto, de redondear el absurdo.

Imbuido en el convencimiento de que debía de tratarse de un extraño sueño, procedió a realizar una sencilla comprobación. Primero con cuidado y posteriormente con determinación, se llevó un dedo a uno de los dos ojos, encontrándose tan sólo con la órbita vacía. Podía palparla, podía seguir sin el menor inconveniente el borde curvo de la misma, pudo incluso introducir totalmente el dedo en su interior; luego, como ya sospechara, no tenía ojos sino tan sólo dos cuencas vacías: Su cabeza era tan sólo una calavera.

-Un momento. -se dijo- Si no tengo ojos, ¿cómo puedo ver? Y, si a pesar de ello, sigo manteniendo todas mis capacidades sensoriales, ¿cómo puede ser que no note que me estoy metiendo el dedo en el ojo?

En realidad, sentirlo sí lo sentía. Para empezar había perdido la visión del *ojo* investigado, sustituida por un emborronamiento traslúcido, mientras sentía también en el mismo una extraña sensación similar a si le estuvieran hurgando en su interior... Que era justo lo que estaba haciendo.

Cada vez más confuso se *sacó* el dedo del ojo desapareciendo inmediatamente el hormigueo que le invadía, al tiempo que comprobaba con alivio cómo recobraba la visión momentáneamente perdida. Cambiando de táctica se llevó la mano al pecho introduciendo sin dificultad los dedos entre las descarnadas costillas... En esta ocasión la impresión fue similar: Notaba cómo sus dedos tocaban huesos vacíos y, simultánea-mente, descubría una extraña opresión allí donde debieran haber estado los pulmones.

Armándose de valor introdujo violentamente el puño cerrado por debajo del desnudo esternón; nada nuevo ocurrió en lo que se refería a su mano, pero un vivo dolor de estómago -¿cuál estómago?- le hizo desistir rápidamente de su experiencia.

Bien, todo parecía estar bastante claro dentro de su evidente falta de sentido: Todo era *normal* cuando tocaba -había hueso donde la vista le decía que debía haberlo- pero no cuando era tocado, ya que entonces su cuerpo -extraña palabra en estas circunstancias- se empeñaba en seguir recordando la pérdida fisonomía.

De repente se le ocurrió una nueva idea: Alzando la mano hasta la altura de su vista comenzó a flexionarla de distintas maneras. El delicado encaje de sus falanges se movía con toda facilidad y respondía a sus deseos exactamente igual que una mano normal; sólo que ésta no tenía ni músculos que pudieran accionar las articulaciones ni piel que los cubriera, sino sólo huesos, pareciéndole como si estuviera contemplando su mano a través de una pantalla de rayos X.

Pero si no había nada que los sujetara, ¿cómo era que los huesos permanecían ligados entre sí? -pensó de pronto- Pero también aquí era fácil salir de dudas. Con su otra mano asió uno de los dedos -de nuevo volvió a tocar hueso- y tiró de él, viendo perplejo cómo se lo arrancaba con toda facilidad sin tener que vencer más que una pequeña resisten-cia

inicial. Preocupado repentinamente por su *mutilación* volvió a colocar de un modo bastante torpe el miembro amputado en su sitio, viendo con alivio cómo éste se acoplaba con toda naturalidad en la posición que le correspondía a pesar, incluso, de la desviación con la que él lo había situado.

-¡Vaya! -se dijo con sarcasmo- Algo es algo; al menos sé que si tropiezo y me desbarato podré ser capaz de armarme de nuevo sin necesidad de ayuda.

Pensando con resignación que mientras la pesadilla durase -y tenía todo el aspecto de querer durar bastante- lo mejor que podía hacer era disfrutar en lo posible de ella, se encogió de hombros o, por hablar con una mayor propiedad, de clavículas, dando por terminada la inspección anatómica al tiempo se que dedicaba, por vez primera, a estudiar su más inmediato entorno.

En realidad no había demasiado que ver. Todo era gris, gris uniforme: El cielo, como ya había tenido ocasión de comprobar -y no eran nubes de ningún tipo, era un firmamento completamente diáfano carente, por cierto de sol y de cualquier otro astro-, y también la tierra, una tierra reseca y granujienta similar en todo a la ceniza, la cual se extendía sin grandes accidentes orográficos -tan sólo algunas pequeñas lomas- en todas direcciones hasta alcanzar el impoluto horizonte.

Aunque en un primer momento le había parecido que todo este paisaje estaba completamente desierto, una inspección más detenida del mismo -su vista, según pudo comprobar, era ahora mucho más aguda de lo que había sido nunca- le reveló la existencia de unos pequeños bultos que se movían cansina-men-te en la lejanía. Sin saber cómo descubrió que su visión era también telescópica, encontrándose sin más que deseándolo con un primer plano de los otrora lejanos objetos.

Eran esqueletos en todo similares a él mismo, y todos ellos acarreaban unos bultos oscuros y oblongos que no sin trabajo pudo identificar como ataúdes. Todos llevaban uno, aunque el medio de transporte variaba bastante de unos a otros: Algunos había que los llevaban a hombros, aparentemente sin demasiados esfuerzos; otros los arrastraban, otros por último los empujaban penosamente sin lograr desplazarlos sino unos escasos metros... Había quienes lo hacían con evidente facilidad mientras que otros, por el contrario, parecían encontrar sumamente trabajosa su tarea a juzgar por lo torpe y lento de su avance. Pero todos, absolutamente todos, parecían estar animados de un frenesí que, independientemente de sus dispares ritmos, les impedía detenerse siquiera un solo instante.

De pronto logró identificar el olor que tanto le había intrigado y que parecía inundar todo el ambiente: Era el hedor de la putrefacción y de la muerte. Eran muchas, sin duda, las preguntas que se agolpaban en esos instantes en su mente, pero no había tenido tiempo siquiera para plantárselas cuando una voz a sus espaldas le hizo volverse tan rápidamente

que a punto estuvo de descoyuntarse el cuello tirando por tierra su descarnado, aunque todavía válido, cráneo.

-Bienvenido a casa, hijo mío. -había dicho la voz.

Aunque su intención original había sido la de interrogar al inesperado visitante acerca de su identidad, le bastó una somera mirada para descubrir lo innecesario de su pregunta: Sabía de sobra de quien se trataba y a que había venido este esqueleto revestido de holgada mortaja y con el cráneo enfundado en un amplio capuchón, esqueleto que completaba su conocido atavío con la guadaña que asía con una descarnada mano y la doble ampolla de vidrio de un reloj de arena que soportaba en la otra... Y se rió, aunque sólo fuera por lo absurdo de la situación y también porque repentinamente había dado en imaginárselo, erguido en una tumba abandonada, tocando con un violín las ásperas notas de la Danza Macabra de Saint-Säens mientras él bailaba frenética-mente en torno suyo usando como xilófono sus propias costillas y como baquetas los huesos de sus brazos.

-Celebro que te tomes este trance con tan buen humor, hijo. -insistió la macabra aparición al tiempo que esbozaba una horrible mueca que, de haber estado cubiertas de carne sus mandíbulas, quizá hubiera podido ser interpretada como una sonrisa.

-¿Dónde estoy? -pudo balbucear al fin sorprendiéndose en su fuero interno de poder articular palabras a pesar de que, y de eso estaba completamente seguro, carecía también de cuerdas vocales y de lengua.

-¿Dónde vas a estar? -simuló extrañarse la Parca- Donde te mereces, por supuesto.

-¿Acaso estamos en el...? -se interrumpió, incapaz de terminar su pregunta.

-¿En el infierno? Bueno, supongo que podríamos denominarlo así, aunque quizá sería más correcto corregir el artículo: Éste es tan sólo un infierno, uno de tantos existentes, aunque he de confesarte que nunca me ha gustado demasiado esta palabra; yo prefiero llamarlo *casa*. Es más... digamos familiar.

-Pero yo... ¿Estoy condenado? -ciertamente nunca había sido nada religioso, pero precisamente por ello ahora se sentía ahora mucho más confundido e indefenso; amén de que no recordaba en modo alguno haber fallecido, por lo que no podía entender qué era lo que hacía allí.

-Me temo que sí. -fue la divertida respuesta de Ella- Es evidente que estás aquí, y los de Arriba no suelen equivocarse en sus decisiones.

-No puede ser; yo no he muerto todavía.

-Eso es lo que decís todos; pero resulta evidente que aquí nunca llega nadie vivo. -se burló con crueldad- Así pues, intenta sacar tus propias conclusiones.

-¡Pero si no lo recuerdo! -gimió con desesperación.

-No te esfuerces en comprenderlo; -se compadeció la Muerte adoptando un tono de voz algo más conciliador- ninguno de los que estáis aquí podréis jamás recordar vuestro pasado.

Era cierto. Olvidándose de su poco halagüeño presente intentó centrar su atención en su pretérito, en su vida normal antes de encontrarse en tan horrible lugar; mas sus esfuerzos fueron completamente baldíos a pesar de lo denodado de los mismos. No recordaba absolutamente nada anterior a su reciente despertar, era como si su memoria hubiera sido borrada en su totalidad desde su nacimiento hasta el instante mismo de su -y se estremeció al pensarlo- indiscutible muerte.

-¿Lo ves? -se burló de nuevo la de la guadaña adivinán-dole los pensamientos- Todos reaccionáis exactamente igual, y a todos vosotros os tengo que insistir una y otra vez en que abandonéis toda esperanza... Esto es para siempre -concluyó con voz cavernosa.

-No es justo... -porfió con obstinación aferrándose desesperadamente a lo que le pareció una débil esperanza- ¿Cómo puedo purgar unos pecados que desconozco? ¿Cómo sé, siquiera, si los he cometi-do?

-Los cometiste. -zanjó lúgubrementemente su verdugo- Y por ser culpable de ellos es por lo que estás aquí; te aseguro que no hubo la menor posibilidad de error en tu sentencia. Y en cuanto al desconoci-miento de tu pasado, esta circunstancia no sólo no te exime de tus culpas sino que supone un castigo más, quizá el más cruel de todos; pues saberte culpable y pagar por ello sin que nunca puedas recordar por qué, es sin duda la peor penitencia con la que puede cargar alma alguna.

-Me niego a aceptarlo -su defensa era cada vez más débil.

-Tendrás que hacerlo, te guste o no. Y me vas a disculpar si no te dedico más tiempo, pero no eres tú el único recién llegado al que tengo que atender, por lo que me gustaría abreviar el procedimiento.

-¿Qué procedimiento?

-Muy sencillo. ¿Ves esto en lo que estoy sentado?

-Y él se fijó, por vez primera, en que el improvisado asiento de la Parca era un destartado ataúd.

-Sí, es el tuyo; -le respondió adivinando su muda pregunta- Y aquí están encerrados todos tus pecados... Es una especie de caja de Pandora que nunca podrás abrir, pero a la que estás condenado a cargar durante toda la eternidad.

Entonces comprendió la razón por la que todos aquellos esqueletos acarreaban un ataúd, unos más desahogadamente que los otros; porque ni todos los pecados eran similares, ni todos habían sido igual de pecadores en sus respectivas vidas. Allí estaban los príncipes y los mendigos, los ricos y los pobres, los viejos y los jóvenes... Todos aquéllos cuyas vidas habían tenido un balance negativo, confundidos en la absoluta igualdad de sus esqueletos, acarreando sin pausa el fruto de sus pecados. Y él era ya uno de ellos.

-Abreviaré. -le interrumpió la Muerte- Tienes completa libertad para deambular a tu antojo por este mundo, aunque lo cierto es que no tiene demasiado que ver. Eso sí, deberás cargar siempre con tu penitencia, es decir, con tu ataúd, sin que te esté permitido descansar un solo momento. También te está prohibido reunirte con los otros pecadores, con los que no podrás cruzar ninguna palabra. Éste es tu castigo: Trabajo, soledad y silencio.

-¿Y si me niego?

-Inténtalo siquiera; nunca lograrás liberarte de tu destino. Nunca. Y éste es el de errar con tu castigo a costas por toda la eternidad. Pero ya me he demorado bastante; hasta nunca.

Y desapareció. Inmediatamente sintió como una fuerza irresistible le impelía a cargar con su ataúd -por fortuna el peso era relativamente soportable- y a emprender una marcha que sabía no le habría de conducir a ninguna parte. Pero sabía, también, que nunca podría detenerse, que nunca podría descansar, que nunca podría, ni tan siquiera, morir.

Ha pasado el tiempo. ¿Cuánto? Nunca lo podrá saber, puesto que en la Eternidad tal concepto no existe. Tal como hiciera desde el primer día continúa acarreando su ataúd, que es lo mismo que decir sus pecados, por los caminos sin final que surcan el desolado y anónimo planeta gris; un planeta que nunca sabrá cuantas veces ha recorrido ya, puesto que la falta total y absoluta de la más mínima referencia es un castigo más a sumar para sus desgraciados moradores. Ahora sabe que son muchos sus compañeros de infortunio, pero sabe también que tiene completamente prohibido acercarse a ellos -tan prohibido como detenerse a descansar siquiera un instante, tan prohibido como abandonar su pesada carga- en lo que constituye la soledad más absoluta. Tan sólo se ha de limitar a verlos pasar en la lejanía, hermanados como están en el completo anonimato de sus descarnadas osamentas, pero eso no le importa demasiado cuando ni tan siquiera sabe quien fue él, cuando ignora incluso la naturaleza de los pecados que carga a su espalda, guardados como están en el interior del hermético ataúd...

No, no lo sabe, ni por supuesto lo podrá saber jamás; pero lo que no ignora es que el castigo, fuera por lo que fuese castigado, es para siempre... Para siempre.

UN TRABAJO PARA SIEMPRE

La jornada había sido dura incluso para un funcionario; la crisis económica arreciaba de veras, pensaba mientras ordenaba el grueso fajo de nuevos expedientes que invadían su mesa mostrando de una manera palpable -mucho más de lo que decían los periódicos- cómo el número de desempleados se incrementaba inexorablemente día a día. Este hecho significaba bastante más trabajo para él, por supuesto, pero al menos contaba con la garantía de un sueldo seguro... Lo cual no era ninguna minucia en tiempos de vacas flacas tales como los que corrían.

Maldiciendo los diez minutos que pasaban de la hora de salida cerró cuidadosamente los cajones de su mesa al tiempo que comenzaba a incorporarse de su asiento con una habilidad hija de los largos años de práctica continuada; tenía al menos media hora de viaje hasta casa mas lo que tardara en aparcar, que solía ser bastante, y a esas horas el estómago comenzaba ya a protestarle como si de una legión de cosacos a la carga se tratara.

-Buenos días.

-El saludo, que sonó como un pistoletazo en el silencio tardío del despacho, provenía indudablemente de delante de su mesa, justo de la silla en la que solían sentarse sus visitantes... Silla que obviamente se encontraba vacía desde hacía un buen rato, justo desde que la oficina de empleo cerrara sus puertas al público. No podía haber, pues, nadie en su interior salvo algún funcionario rezagado, y éstos no acostumbraban a gastar bromas de este tipo justo a la hora de la salida del trabajo.

Intrigado a la par que molesto alzó la vista descubriendo que, efectivamente, había alguien sentado frente a él... Un hombre de edad indefinida -quizá de unos cuarenta y tantos años- y de aspecto corriente, el cual le sonreía tímidamente con ademán cohibido.

-¿Cómo ha entrado usted aquí? -le espetó ásperamente- La oficina ya está cerrada hace rato.

-Simplemente... Entré. -fue la escueta contestación- Y discúlpeme si no lo pude hacer antes; le aseguro que me hubiera sido de todo punto imposible venir en cualquier otro momento en el que la oficina estuviera llena de visitantes.

-Pero la puerta está cerrada... ¿No me irá usted a decir que entró y se escondió en cualquier rincón esperando tranquilamente a que termináramos? -su tono de voz era cualquier cosa excepto amable.

-Es que no he entrado por la puerta. -respondió suavemente su interlocutor.

-¿Por dónde si no? ¿Por la ventana? -gruñó- Le advierto que es muy tarde y me están esperando en casa, por lo que no puedo perder tiempo atendiendo en estos momentos. Vuelva mañana por la mañana. -concluyó al tiempo que terminaba de levantarse de la silla.

-Por favor, atiéndame. -suplicó el visitante en un tono que dejaba fuera toda posible negativa- Le aseguro que sólo será un momento.

-Está bien. -se resignó sentándose de nuevo- Pero sólo le puedo dedicar cinco minutos; tengo un largo trecho hasta mi casa y no puedo retrasarme más. Eso sí; ¿podría decirme por dónde entrado? Estoy completamente seguro de que hace un momento no estaba aquí.

-Tiene usted toda la razón. Simplemente, me he limitado a aparecer.

-¿Cómo dice? -ahora la alarma comenzaba a ser, por vez primera, real.

-Que aparecí. Soy lo que usted llamaría un fantasma.

-¡No me venga con cuentos chinos! -explotó en un arranque de ira- Paso por me que entretenga y me retrase, pero no porque se burle de mí. Buenos días -y comenzó a levantarse de nuevo.

-¡Por favor, escúcheme! ¡Le aseguro que es cierto lo que le digo! -volvió a suplicarle su visitante- Yo soy un verdadero fantasma.

-¿Cómo pretende que me crea eso?

-Así.

Y su cuerpo se volvió transparente quedándose reducido a una silueta a través de la cual se vislumbraba el fondo del despacho.

-¿Qué... Qué quiere usted de mí? -logró balbucir después de unos eternos segundos de perplejidad.

-Tan sólo que me consiga un trabajo. Para eso es por lo que he venido aquí.

Evidentemente había algo que no encajaba. Si ya era de por sí insólito que un fantasma -porque un fantasma era- se le presentara así por las buenas en su oficina, lo que ya rebasaba lo inverosímil era que viniera a él, un simple empleado, con la pretensión de que le encontrara un puesto de trabajo.

-Pero yo no sé...

-En qué puede trabajar un fantasma. -le interrumpió- Es fácil; lo más tradicional es un castillo, por supuesto, pero en nuestro país no existe demasiada tradición al respecto, por lo que me temo que esta opción habrá de ser descartada. Tenemos también algunas otras

alternativas que a mí personalmente me satisfacen más ya que corresponden a empleos más modernos, tales como actor de efectos especiales en las películas o, incluso, como asesor de una revista de parapsicología o como experto en algún programa televisivo.

-Yo...

-Sí, ya sé que se encuentra perplejo, y no le culpo por ello ya que es algo completamente normal en sus circunstancias. Permítame, pues, que le traslade a un sitio más cómodo que éste en el que podremos hablar mucho más relajados; le aseguro que tan sólo nos llevará unos escasos segundos de su tiempo real, por lo que no llegará tarde a comer.

Y sin la menor transición se vio flotando blandamente en un lugar gris y de contornos indefinidos pero que al mismo tiempo le infundía una paz y una tranquilidad como jamás había sentido. De no parecerle completamente absurdo, hubiera jurado que se encontraba en el interior de una nube.

-¿Dónde estoy? -preguntó sobresaltado por el brusco cambio.

-Donde fui condenado a vagar desde el mismo momento de mi muerte. -respondió con amargura el espectro- Un lugar que no es ni un mundo ni el otro, sino una tierra de nadie a la que fuimos arrojados todos los desventurados que no hemos tenido ni la dicha de alcanzar la salvación eterna, ni la postrera liberación de la maldición divina.

-Luego es cierto... -por extrañó que le resultara se encontraba completamente tranquilo y hasta se sentía curioso- Ustedes son los no muertos.

-O los no vivos. -suspiró de nuevo su interlocutor- Somos las almas en pena que vagan por la frontera entre los dos mundos sin que nos esté permitido descansar en paz en ninguno de ellos. Pero esto no hace al caso. -se interrumpió- Así pues, volvamos a nuestro tema; como ya le dije hace un instante deseo encontrar un trabajo como modo de poder vincularme lo más posible al mundo de los vivos.

-¿Qué le hace pensar que yo pueda ayudarle?

-Usted trabaja en una oficina de empleo. ¿Qué mejor lugar para ir a buscar trabajo?

-¿Cómo quiere que se lo diga? -se incomodó al fin- La oficina de empleo tan sólo admite, conforme a la legislación vigente, solicitudes de personas laboralmente activas... No de jubilados ni, por supuesto, de...

-De muertos. -concluyó la frase el fantasma- Por supuesto que lo sé; no soy ningún estúpido. Pero todo se debe, probablemente, a que nunca antes ningún colega mío lo había

solicitado. Tenga en cuenta, por otro lado, que soy alguien perfectamente capaz de trabajar... Durante mucho tiempo además. -rió.

-Sí, de eso último no me cabe la menor duda; -respondió el funcionario con sarcasmo- realmente, con usted habría muy pocos problemas. Por desgracia la ley no contempla casos como el suyo, y lamento decirle que yo no tengo la menor autoridad para plantearlo allá donde sí podría ser abordado; tenga en cuenta que soy un simple empleado. Quizá si hablara con el director...

-Era mi intención llevar este asunto de la manera más discreta posible. -gruñó- Pero si no hay más remedio... Eso sí; ¿me haría usted el favor de presentarme?

-Por supuesto que sí; y ahora, ¿le importaría devolverme a mi oficina? Me están esperando para comer.

* * *

-Prefiero no ocultárselo; su problema tiene una difícil solución.

-¿Por qué? -preguntó el fantasma- ¿Acaso no hay nadie que acepte mi solicitud?

-No, no es eso. -respondió el director- Hemos fracasado con las cadenas de televisión y con las productoras cinematográficas, eso es cierto, pero contamos con la promesa de alguna editorial de temas esotéricos y con el ofrecimiento en firme de un parque de atracciones que pone como única condición que usted no asuste demasiado a los clientes. Esto, claro está, sin salir de nuestro país, ya que pienso que en Hollywood usted podría tener un buen futuro.

-No, gracias. -fue la escueta respuesta- Me encuentro bien aquí. Pero entonces, ¿cuál es, pues, el problema?

-La ley. Usted no existe legalmente, y eso es algo que bloquea absolutamente todas las posibles iniciativas a no ser, claro está, que prefiera trabajar al margen de la misma... En cuyo caso yo, como director de la oficina de empleo, en nada puedo ayudarle.

-¡Pero eso es absurdo! Puedo demostrar fehacientemente que existo, por mucho que haya fallecido.

-No es a mí a quien tiene que convencerme; yo creo evidentemente en su existencia. Pero la burocracia es algo tan difícil de sacar de su inercia que mucho me temo que, por mucho que usted se apareciera delante del propio ministro, nada conseguiría de cara a lograr su objetivo. ¿Sabe usted lo que cuesta reformar una ley? ¿Sería usted capaz de convencer a los sindicatos? Probablemente le resultaría más fácil resucitar que conseguirlo. Con toda sinceridad le recomiendo no ya como funcionario, que no puedo hacerlo, sino

como amigo, que se olvide de legalismos y haga lo que mejor le parezca al margen de los papeles.

-Luego, ¿qué me queda por hacer? -preguntó el fallecido con desaliento.

-¡Un momento! -exclamó el funcionario, que hasta entonces había permanecido en silencio- Si usted apareciera de repente en un programa de televisión de máxima audiencia, quizá...

-Olvídelo. Los espectros, al igual que no nos reflejamos en los espejos, tampoco somos recogidos por las cámaras de televisión.

-No lo sabía; los libros de espiritismo no dicen nada de ello.

-¿Cómo lo van a decir, si todos los serios fueron escritos con anterioridad a que se inventara? Pero por otro lado, tenemos absolutamente prohibido por los de *arriba* dar más publicidad de la estrictamente necesaria a nuestra situación; de hecho, en estos momentos estoy bordeando peligrosamente los límites que tengo impuestos.

-Pues entonces, no sé cual puede ser la solución a su problema. -se rindió el director.

-Escuchen lo que se me acaba de ocurrir. -interrumpió el funcionario, repentinamente imbuido por una nueva idea- ¿Y si...?

* * *

Han pasado ya varios años y nuestro fantasma está plenamente satisfecho por haber visto resuelto su problema. Ahora es Técnico Asesor de Espíritus y Seres Inmateriales del Instituto Nacional de Empleo, siendo su labor la de atender y asesorar a todos aquéllos que se encuentren en situaciones similares a la que fuera la suya, amparado por supuesto en la amplia experiencia que le confiere haber sido el primero.

Por supuesto no se trata de un cargo oficial -legalmente no podía serlo- ni tampoco remunerado, cuestión ésta que realmente no le importa lo más mínimo puesto que, como decía jocosamente, ¿en qué se puede gastar el dinero un fantasma? Lo importante, lo único en realidad importante, es que ha conseguido volver a sentirse útil, al tiempo que su nuevo cargo le ha servido también para establecer unos sólidos lazos de amistad con sus compañeros, rompiendo así la tradicional soledad a la que acostumbran a estar abocadas las almas en pena.

Tan sólo un pequeño detalle impide hasta ahora que su satisfacción sea total; hasta el momento ningún espíritu se ha dirigido todavía a él solicitando su ayuda, por lo que no le ha sido posible aún aplicar en la práctica sus innegables y reconocidas cualidades. No

obstante no desespera; sabe que tarde o temprano esta circunstancia va a tener lugar, por lo que le basta con armarse con un poco de paciencia... Virtud ésta de la que los fantasmas están, por cierto, bastante más que sobrados.

OMEGA

-Lamento contradecirle, pero yo sigo insistiendo en que los conceptos de cielo e infierno son completamente absurdos desde un punto de vista filosófico y sólo tienen sentido como meros instrumentos represivos de la religión.

La conversación, que llevaba ya varias horas, se iba calentando paulatinamente conforme avanzaba. Hasta entonces mi interlocutor había sido para mí un perfecto desconocido, pero la accidental presentación efectuada por un amigo común había resultado fructífera, al menos desde el punto de vista dialéctico... Porque ciertamente no era nada fácil encontrar alguien dispuesto a discutir largo y tendido, al menos de una manera totalmente aséptica y desapasionada, sobre temas tan delicados para la mayor parte de la gente como eran los de índole religiosa.

-Pero si enfocamos el problema desde el punto de vista de la teología comparada... - rebatió mi interlocutor.

-No me sirve. -interrumpí- La teología no es sino la corrupción de la filosofía al servicio de la religión. No es objetiva, no puede serlo, y por lo tanto no nos sirve como ayuda conforme a lo pactado.

Lo pactado era algo tan sencillo como la renuncia mutua y expresa a utilizar argumentos que pudieran ser considerados como subjetivos o simplemente interesados.

-Está bien. -concedió a regañadientes- Renuncio a la teología. Pero si usted se declara ateo estaríamos en las mismas circunstancias sólo que al contrario.

-Yo no soy ateo. -puntalicé molesto- Simplemente no creyente.

-Ya sólo le falta autocalificarse de agnóstico. -se burló.

-Si así lo prefiere... Pero pienso que este adjetivo es tan ambiguo que en realidad dice muy poco.

-Pues dígame entonces cómo podemos salir del brete.

-Es muy sencillo. -repuse- Usted se siente inclinado a creer en la existencia de una vida ultraterrena, mientras yo pienso justo lo contrario. Pero tanto usted como yo tenemos serias dudas lo suficientemente razonables como para desear una reflexión intelectual sobre este tema. ¿Me equivoco?

-No hasta este punto. -concedió- ¿Pero quién le pone el cascabel al gato?

-Precisamente esto es lo más importante; que no utilicemos ni usted ni yo cascabel alguno. Lo importante es que nos desprendamos de cualquier tipo de prejuicio a favor o en contra de cualquiera de las dos posturas.

-Perfecto. Dígame entonces sus razones para rechazar la existencia de cielo e infierno... Aceptando, claro está, que haya vida ultraterrena, ya que de no ser así nos quedaríamos sin el menor argumento en el cual apoyarnos.

-Por supuesto. -sonreí- Siempre que no introduzcamos los conceptos del bien y del mal, porque de hacerlo estaríamos recurriendo a un baremo completamente subjetivo.

-No me dirá que considera que matar sea algo subjetivo...

-Por supuesto que no en condiciones normales, ya que resulta evidente que el asesinato es algo que va en contra de la ley natural; pero hay ocasiones en las que suprimir una vida puede resultar paradójicamente más beneficioso que respetarla. Piense, por ejemplo, en la aplicación de la eutanasia a enfermos terminales; y ya en otro orden de cosas, imagine por un momento que descubre que un terrorista va a cometer un atentado que provocaría numerosas víctimas, y que la única manera de detenerlo es matándolo. ¿Estaría justificado este homicidio?

-Poniendo las cosas así...

-Es que hay que ponerlas así. -recalqué- Lo único que quiero decirle con ello es que los conceptos del bien y del mal nunca podrán ser considerados como algo absoluto e infalible. Y si esto ocurre con las cuestiones que constituyen la raíz misma de la ética, como matar o robar, ¿qué me dice de todas las prohibiciones inventadas por las distintas religiones a lo largo del tiempo? ¿Por qué un católico tiene vedada la utilización de cualquier método anticonceptivo, por qué un musulmán no puede beber alcohol, por qué un judío no puede comer carne de cerdo? ¿Por qué, en definitiva, los conceptos del bien y del mal varían tanto de unas religiones a otras?

-Bueno, hay que tener en cuenta que no todas las prohibiciones tienen la misma importancia... -contemporizó.

-Es igual. Si hay algo irrefutable desde el punto de vista filosófico, es que de existir una vida ultraterrena ésta tendría que ser exactamente la misma para todas las personas sin distinción alguna de credos. Pero vayamos todavía más allá. -continué, sintiéndome cada vez más exaltado- Supongamos que efectivamente existen un cielo y un infierno que, por lo dicho anteriormente, deberían ser únicos y comunes para todos. Pero ocurre que cada religión acostumbra a reservar su paraíso particular de forma exclusiva para los bienaventurados de su grey, rechazando expresamente a los de las demás religiones; yo pienso que si una persona es buena o mala debería ser premiada o castigada

independientemente de cual pudiera ser su creencia, lo que entraría en franca contradicción con lo predicado por todas las religiones.

-Me está conduciendo usted a un sofisma. -rebatí con calor- Según sus argumentos el premio o el castigo deberían ser únicos y, como esto es algo supuestamente negado por las distintas religiones al autoexcluirse mutuamente, usted concluye de una forma un tanto gratuita que como consecuencia ni el cielo ni el infierno pueden existir... Lamento decirle que este razonamiento no resulta ser nada consistente.

-Dígame por qué.

-Porque lo uno no excluye lo otro. -su aplomo estaba comenzando a incomodarme- Que todas las religiones estén equivocadas acerca de sus concepciones del cielo y el infierno no quiere decir que éstos no puedan existir a pesar incluso de todas estas discutibles limitaciones.

-Explíquese mejor. -mi malestar iba en aumento conforme veía cómo se me escapaba de las manos el control de la discusión- Yo no lo veo tan claro.

-Lo haré. Las iglesias cristiana, musulmana o budista podrán decir lo que quieran acerca de los requisitos para salvarse después de la muerte, pero imagínese que existe algo superior a ellas y totalmente independiente de las mismas, algo que es el único responsable de juzgar en igualdad de condiciones a la totalidad de las almas de los fallecidos.

-¿Una especie de hiperreligión? -pregunté con sorna.

-Llámelo como quiera. Pero es lógico pensar que exista una selección natural que separe los buenos de los malos sin tonterías inventadas por ningún iluminado o por sus epígonos.

-Bueno, es una posibilidad... Aunque no me acaba de convencer. Pero vamos a admitirlo como hipótesis de trabajo. -concedí a regañadientes- Tenemos un ente que está por encima de todas las creencias y se encarga de juzgar a las almas independientemente de todo lo que puedan decir las religiones tradicionales. Este ente premia o castiga según criterios rigurosamente objetivos e irrefutables y envía a los juzgados a un cielo o a un infierno que son únicos y comunes para todos. ¿Es esto lo que propone usted?

-Más o menos, sí. -respondió perplejo ante mi aparente rendición- Pero continúe.

-Continuaré. -sonreí torvamente- Tenemos un cielo y un infierno, pero ¿qué me dice del purgatorio?

-Pues... Es una etapa intermedia de preparación antes de entrar en el cielo. -balbuceó, siendo consciente de que acababa de descubrir que el hielo crujía bajo sus pies.

-¡Y un cuerno! -Por supuesto no dije eso sino algo bastante más educado- Puedo admitir que haya un cielo para los *buenos* y un infierno para los *malos*, pero no paso por que pueda existir también un purgatorio para los *regulares*; si aceptamos que la opinión de iglesias como la católica no cuenta en absoluto y que los criterios de selección sean totalmente objetivos, ¿cómo se puede explicar que haya también *menos buenos* que tras un período más o menos largo de penitencia puedan pasar a formar parte del grupo de los elegidos?

-Nadie es perfecto. -se batió en retirada- Y es lógico que necesite purificarse previamente.

-¿Ah, sí? -me burlé- ¿Purificarse de qué? Si alguien ha sido *bueno* o *malo* durante toda su vida, todo lo que tuviera que hacer ya lo tendrá hecho en el momento de rendir cuentas. Si ha tenido toda una vida para demostrar lo que vale y el juicio es totalmente objetivo, ¿qué necesidad hay de un purgatorio? Podríamos aceptar, desde un punto de vista aséptico, la existencia de un cielo y un infierno únicos tal como usted propone, pero lo que resulta evidente es que el purgatorio no es sino una invención teológica tan interesada como absurda.

En realidad tampoco me tragaba lo del cielo y el infierno ya que mis propias ideas no iban precisamente por ese lado, pero eso no me importaba lo más mínimo a raíz del giro que estaba dando la conversación. A esas alturas me limitaba a mantener un pulso dialéctico con mi oponente, y mi única motivación era la de venderlo con mis argumentos por puro placer intelectual. Me hubiera dado exactamente lo mismo que la discusión hubiera versado sobre la posibilidad de que la Tierra fuera plana o acerca de la presunta tomadura de pelo del arte moderno... Aceptando complacido incluso un cambio en nuestros respectivos papeles si ello se hubiera terciado. De igual modo que los deportistas compiten entre sí sin más interés que el de vencer al contrario, yo deseaba derrotar a mi rival con las únicas armas de mi retórica y mi capacidad de persuasión; y me lo estaba pasando bastante bien, lo confieso, a pesar de que mi contrincante estaba resultando ser un hueso muy duro de roer. Sin embargo mi contertulio no debía de pensar así, puesto que parecía tomarse en serio todo lo que decía... Pero ese no era mi problema.

-No estoy de acuerdo con usted. -dijo al fin con una más bien escasa convicción- No es preciso recurrir a interpretaciones extrañas para admitir la existencia de un colchón entre los dos extremos. El hombre necesita de algún tipo de período de prueba, y eso es lo que justifica la existencia del purgatorio.

-Me temo que estamos volviendo a caer de nuevo en las redes de la teología. -objeté, cada vez más seguro de mi triunfo- Es evidente que mientras los conceptos de cielo e infierno podrían ser admitidos filosóficamente, con el purgatorio no ocurre lo mismo al tratarse de un mero invento de los teólogos cristianos. Si un recién nacido falleciera nunca se sabría lo que hubiera podido llegar a ser, y no me venga ahora con el invento del limbo;

pero una persona adulta ha tenido tiempo más que de sobra para desarrollar su *bondad* o su *maldad* sin necesidad alguna de períodos de gracia. Y ya puestos a perfeccionar, le confieso que me parece infinitamente más lógica la teoría de la reencarnación de los hindúes antes que la historia extraña del purgatorio.

-¡Pero todos tenemos derecho a rectificar nuestros errores!

-Entonces sobraría el infierno, mi querido amigo. -repuse con una suavidad fría como un cuchillo.

Mis últimas palabras fueron seguidas por un tenso silencio. Era evidente que mi interlocutor había agotado sus argumentos, lo que nos incomodaba a ambos. Bien, al parecer había ganado... Aunque no podía presumir de que estuviera demasiado orgulloso de ello.

-Ésta es la manera en la que están las cosas. -sonreí al fin conciliadoramente- ¿Acaso le parece demasiado corta una vida como para necesitar un estrambote?

Y eso fue todo; la conversación había terminado definitivamente. Así lo entendimos ambos, por lo que despidiéndonos cortésmente abandonamos la sala a la que nos habíamos retirado huyendo del bullicio de la cercana fiesta. Le perdí de vista poco después sumergido en el marasmo de gente que nos engulló, pero eso ya no me importaba; tan sólo deseaba salir de allí lo antes posible.

La tarde era gris y plomiza y llovía con cierta intensidad, lo cual lejos de disgustarme sirvió para despejarme la mente. Absorto en mis pensamientos atravesé sin mirar una ancha avenida barrida por la pertinaz lluvia; cuando quise reaccionar era ya demasiado tarde.

Ocurrió de repente. Fuese por mi distracción o porque la cortina de lluvia ocultaba todo mi entorno, no vi el coche que con las luces apagadas se abalanzó sobre mí sin darme el menor tiempo para reaccionar.

Era tarde. Se oyeron chirriar las ruedas resbalando sobre la húmeda calzada en un inútil intento por evitar lo inevitable. Se produjo el choque y un cuerpo humano, mi propio cuerpo, salió despedido como un títere yendo a caer a varios metros de distancia sobre el reluciente asfalto; para entonces ya estaba muerto.

Pero no todo había acabado sino que, por el contrario, una nueva existencia se abría ante mí. En el mismo instante en que abandonaba el mundo de los vivos pasando a formar parte de un estado de consciencia superior, todos los secretos del universo me fueron abiertos como un ramillete de sabiduría. Y fue entonces cuando descubrí que había estado completamente equivocado: no sólo existían realmente un cielo y un infierno, sino también ese purgatorio que tan tenazmente hubiera negado; un purgatorio establecido por la

infinita sabiduría de Dios para calibrar a los humanos. Porque el purgatorio no era otro que la propia vida de cada persona desde el mismo instante de su nacimiento hasta el momento postrer de su muerte.

REALIDAD VIRTUAL

*Ya formidable y espantoso suena
Dentro del corazón el postrer día;
Y la última hora, negra y fría,
Se acerca, de temor y sombras llena.*

Francisco de Quevedo

Agonizaba. Postrado en la cama, incapaz de realizar el más mínimo movimiento, sentía cómo los últimos jirones de vida escapaban de su yerto cuerpo a cada estertor. Sentía, más que veía, la presencia de su esposa, asiéndole la mano mientras sollozaba en silencio. Sus hijos, apenas unas borrosas figuras, rodeaban el lecho. Más allá, todo quedaba difuminado tras una espesa cortina de niebla.

Pero su cerebro seguía funcionando con mayor lucidez que nunca, quizá en un postrer gesto de inútil rebeldía ante el inminente final. Y recordó. Recordó la totalidad de sus sesenta años de vida con una nitidez cinematográfica, aflorando a su mente un raudal de añejos recuerdos que creía completamente olvidados. Recordó su infancia feliz, cuando todavía pensaba ingenuamente que la vida era tan sólo un divertido e intrascendente juego. Recordó su adolescencia y la compleja transición a la vida adulta. Los años de universidad, la desagradable etapa del servicio militar, la difícil incorporación al mundo laboral. Los primeros escauceos amorosos, el noviazgo, el matrimonio. La llegada de los hijos y el adiós de los seres queridos. La plácida madurez premiada con la satisfacción de haberle sabido sacar provecho a la vida... Y la enfermedad que vino a golpearle crudamente cuando menos lo esperaba, la cual le llevaba a la tumba arrebatándole la esperanza de disfrutar de la vida durante un buen puñado de años aún.

Cáncer. La terrible plaga le fue diagnosticada casi dos años atrás. Recordaba con nitidez su perplejidad, su rechazo instintivo a que le hubiera tenido que tocar a él. Y comenzó su calvario. A la sorpresa inicial le sucedió una depresión, y a ésta la rabia. Su instinto de supervivencia resultó ser mucho más fuerte de lo que él hubiera pensado, y a él se aferró con todas sus fuerzas. Primero vino la operación, seguida posteriormente de tratamientos radiológico y químico. Los médicos, como cabía esperar, fueron ambiguos: Existían esperanzas de curación, por supuesto, pero no le podían prometer nada... Lo más que pudo arrancarles fue una estimación del orden de un cincuenta por ciento de posibilidades de salvación.

Un cincuenta por ciento era mucho... O muy poco, puesto que implicaba la existencia de otro cincuenta por ciento de probabilidades de perder la partida. Pero mientras había vida había esperanza, así que apostó decididamente por ella... Y por desgracia, perdió. Fue

una derrota larga y dolorosa, marcada por la angustia y jalonada por unos tratamientos médicos que laceraban su debilitado organismo. Más de una vez, desesperado, se sintió tentado de abandonar, entregándose dócilmente en manos del destino; pero siempre seguía adelante, aferrándose a la esperanza, cada vez más débil, de una curación.

Por desgracia la enfermedad fue ganando cada vez más terreno a la ciencia médica. Cuando tuvo la certeza de que la batalla estaba definitivamente perdida, tan sólo le quedó aguardar la llegada inexorable de su hora final, atormentado por unos atroces dolores que ni siquiera los más fuertes calmantes lograban doblegar. Había sido una enfermedad extremadamente cruel, sus padecimientos habían resultado inhumanos y, resignado, tan sólo deseaba ya poder descansar en paz.

Educado en una sociedad tradicional en la que la religión católica era todavía omnipresente, cuando cambiaron los tiempos en España él reaccionó, como tantos otros de su generación, rechazando instintivamente todo aquello que durante muchos años le impusieran privándole de la menor posibilidad de disidencia. Mucho más intelectual y reflexivo que el común de la gente, en su caso este rechazo a la religión impuesta no se había traducido ni en ningún tipo de ateísmo ni, mucho menos, en ese burdo anticlericalismo que es el ateísmo de los cretinos. En realidad, y aunque desdeñara cualquier signo externo de religiosidad y, por supuesto, no fuera en modo alguno practicante, no podía decir ni que creyera, ni que dejara de creer; quizá podría ser definida su postura, mucho más filosófica que religiosa, como una especie de particular agnosticismo... Aunque tampoco se trataba exactamente de eso puesto que, aunque nada le hubiera gustado más que encontrarse con la existencia de algo en el más allá, algo que fuera infinitamente más grandioso que la mediocre y anodina vida terrenal, carecía del menor argumento intelectual que le permitiera albergar esperanzas sobre su posible existencia.

Dicho con otras palabras, su esperanza era tan grande como inexistente resultaba ser su fe.

Y ahora se moría. ¡Qué ironía! -se dijo- Le faltaba muy poco, apenas unos minutos, para poder disipar todas sus dudas... Pero a qué precio. Y en aquel instante supremo temió que, al traspasar el umbral, tan sólo encontrara la espantosa y eterna oscuridad de la nada.

Lanzando un último suspiro, falleció en paz.

* * *

Había vida después de la muerte... O, cuanto menos, existía algo diferente del vacío. Algo extraño e incalificable, imposible de describir con conceptos humanos.

Pero él ya no era humano. Y, poco a poco, comenzó a comprender el significado de todo aquel caleidoscopio sensorial que bombardeaba su recién estrenada capacidad de

percepción. Y comprendió. Supo que no se trataba de una llegada, sino de un retorno. Porque él ya había estado allí. Él era de allí. Y no estaba solo.

-¿Te sientes mejor? -la pregunta resonó directamente en su mente- No te preocupes; es normal que te sientas desorientado. Relájate; todo pasará en unos momentos.

Así ocurrió. Después de un lapso de tiempo indefinido, fue capaz de comprender. Su realidad, su auténtica realidad, era ésa. Su anterior existencia humana había sido tan sólo un espejismo, una experiencia fugaz y artificial producto de una decisión voluntaria de experimentar nuevas sensaciones.

Relajando perezosamente las sutiles configuraciones energéticas que conformaban su cuerpo, su verdadero e inmaterial cuerpo, procedió a saborear las experiencias obtenidas durante su sueño, en el transcurso del cual había creído estar encarnado en un organismo material, tan frágil y efímero como inexistente.

-¿Qué tal? -volvió a preguntar la voz amiga.

-Bien... -respondió a su vez, recobrada ya totalmente la consciencia- La experiencia ha sido... Interesante.

-Cerebro que te haya gustado. No todos opinan lo mismo.

-Por supuesto que no. -terció una nueva voz- Lo que yo no entiendo, es que pueda haber alguien que encuentre placer en semejante majadería. A mí me repugna pensar siquiera en la posibilidad de someterme a uno de estos ridículos simulacros. Vida material... ¡Habrás visto semejante despropósito!

Era Dwinn, su gruñón amigo Dwinn, siempre disconforme con todo aquello que se pudiera desviar, siquiera mínimamente, de la más rígida ortodoxia. Relajó voluptuosamente su *cuerpo* -si como tal podía considerarse a un campo electromagnético que se extendía por un volumen de varios parsecs cúbicos- y, divertido, preguntó:

-¿Qué tiene esto de malo? Ha resultado una experiencia curiosa... Y satisfactoria.

-No digas bobadas. La materia no es sino una degeneración aberrante de la energía, y rebajarte a ella resulta completamente antinatural.

-No veo por qué; se trata tan sólo de un juego, de algo tan trivial como efímero que me ha permitido conocer otras sensaciones, otros modos alternativos de vida.

-¿De vida? ¿Llamas vida a eso? -el tono despectivo era más que patente.

-Vida es, aunque se trate de una mera recreación artificial...

-Y sin la menor posibilidad de tener una existencia real. -le interrumpió su interlocutor- Por lo tanto, se trata de algo falso.

-No del todo; ese universo material existe realmente.

-Pero todo lo demás es inventado, desde ese foco derrochador de energía... ¿cómo lo llamáis, estrella? hasta el escenario donde se ha recreado ese simulacro de vida.

-Para los seres virtuales que lo habitan resulta ser completamente real... E igual de reales resultamos ser nosotros en nuestros avatares materiales. Y te recuerdo que somos muchos los que lo hacemos, te guste o no, y algunos incluso repiten la experiencia en varias ocasiones.

-¿Te parece ético que tú y el resto de los que piensan como tú os dediquéis a jugar en un universo imaginario plagado de fantasmas que carecen de existencia?

-¿Por qué no? ¿Qué mal hacemos con ello? Además, existen unas reglas de obligado cumplimiento: Mientras participamos en el juego, no nos es posible recordar nuestra verdadera naturaleza; creemos realmente en la existencia de nuestro personaje, e interactuamos con los actores virtuales generados por el juego -tus *fantasmas*- confundidos con ellos. Y por supuesto, si alguien repite su participación, cosa que sucede a menudo, no le está permitido recordar sus anteriores intervenciones, para evitar que pudiera jugar con ventaja.

»Lo más fascinante es que este falso universo está sujeto a sus propias leyes naturales, que todos nosotros nos vemos obligados a respetar bajo pena de expulsión automática. Y evoluciona, haciéndonos evolucionar a su vez; nosotros podemos intervenir libremente en su desarrollo, siempre y cuando nos sometamos a las mismas restricciones que cualquier ser virtual, ya que unos y otros resultamos ser indistinguibles en el escenario del juego. Te aseguro que resulta ser realmente enriquecedor.

-Salvo cuando alguno de vosotros se excede en sus atribuciones y organiza una buena catástrofe en vuestro querido mundo artificial...

-¡Bah! Eso solamente ha ocurrido en contadas ocasiones, y siempre han sido aplicadas las medidas disciplinarias pertinentes. Lo que ocurre es que, de forma deliberada, se introduce un factor de incertidumbre en el modelo que lo convierte en moderadamente imperfecto; resulta interesante que ocurra así, porque de esta manera los participantes pueden intervenir de una manera más activa intentando solucionar los problemas que surgen a lo largo del proceso. De no ser así, el juego resultaría mucho más aburrido.

-Puedes decir lo que quieras, pero vuestro comportamiento no me parece, ni ético, ni serio. Sois unos frívolos jugando a crear universos... Aunque sean falsos.

-Es un simple entretenimiento, te aseguro que nadie se lo toma en serio... De todos modos he de confesarte que, por el momento, no tengo intención de repetir la experiencia. No me arrepiento de ello, ni me avergüenzo, pero una sola vez resulta suficiente.

-Ojalá todos los demás pensaran como tú.

-Bueno, dejémoslo ya; no tiene mayor importancia.

Ambos seres dieron por zanjada la conversación, marchándose cada uno de ellos por su lado tras intercambiar un saludo de despedida. Tenían ante ellos un universo infinito, y una eternidad para disfrutarlo. Y lo harían.

EL COLECCIONISTA

Agonizaba. Tendido en la fría cama de un hospital, rodeado de tubos y de sondas, su vida se extinguía por momentos.

Estaba solo. Completamente solo. Su individualismo rabioso y su egoísmo feroz, traducidos en una negativa rotunda a contraer el menor compromiso con su familia, con sus amigos o con sus amantes, habían acabado por pasarle factura. Sus padres, los únicos quizá que habría tenido a su lado en tan difícil trance, hacía mucho que le habían precedido en el trance. Sus antiguos amigos le habían ido abandonando uno a uno, hartos de su mal carácter. Y en cuanto a las mujeres con las que había compartido su vida... todas ellas contaban con suficientes cicatrices como para mirar discretamente hacia otro lado. En realidad no podía decirse que él hubiera sido malo, simplemente se había limitado a interesarse por él mismo sin preocuparle en lo más mínimo los demás; ese egoísmo, combinado con una congénita cobardía, formaban una combinación explosiva por la que ahora se veía obligado a pagar un alto tributo: se moría en una completa y absoluta soledad, justo cuando más habría necesitado un apoyo, sin que nadie le echara de menos, lo cual era como si muriera dos veces.

Y él lo sabía. Lo sabía por más que los médicos y las enfermeras, unos seres amables, pero distantes y fríos, se lo hubieran ocultado tras mentiras piadosas que nunca le hubieran logrado convencer. Le quedaban apenas unos minutos de vida, y su mente extraña y trágicamente lúcida no hacía más que preguntarse, una y otra vez, con qué se encontraría tras el umbral que estaba tan próximo a trasponer... Algo insólito en alguien que siempre se había jactado públicamente de su total indiferencia religiosa. No sentía miedo sino inquietud, mucha inquietud.

Pero lo que no esperaba, lo que nunca habría imaginado, era que de repente resonara una potente voz en el interior de su mortecino cerebro; nada celestial ni demoníaco, nada de bienvenida jubilosa por parte de los deudos fallecidos anteriormente; tan sólo un prosaico, desenfadado y, en tales circunstancias, casi ridículo saludo.

-Hola.

Pese a la postración en que se encontraba sumido, el moribundo se sobresaltó.

-¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? -la conversación no eral oral sino mente a mente, de una forma que identificó instintivamente como telepática.

-Tranquilízate. -respondió la voz- No soy ningún espíritu, ni vengo a arrebatarte el alma; te aseguro que soy tan real como tú; aunque, eso sí, algo distinto. Digamos que

procedo de un plano dimensional diferente del tuyo, un universo paralelo... Lo siento, no sé cómo te lo podría explicar mejor.

-¿Eres un fantasma?

-No, no, no... Ni tampoco un ánima del purgatorio, un ángel, un demonio ni nada que remotamente se lo parezca; soy un ser vivo tan mortal como tú, aunque me resultaría extremadamente difícil hacerte comprender nuestro concepto de la vida y de la muerte. Tampoco mi materialidad coincide con la tuya; como ya te he dicho, provengo de un universo paralelo donde las constantes físicas son muy diferentes de las que rigen en el tuyo. Pero ambos somos seres pensantes, y gracias a ello podemos comunicarnos entre nosotros; la inteligencia es lo único inmutable en todo el metauniverso.

-¿Qué quieres de mí? -preguntó desmayadamente, al límite mismo de sus fuerzas- Yo... yo me estoy muriendo.

-Precisamente por eso he venido, mi querido amigo; deseo compartir tus emociones, experimentar contigo el tránsito de la vida a la muerte.

-¿Por qué? Tú no me conoces.

-No te conocía hasta hace unos momentos, lo confieso; utilicé un rastreador mental que, convenientemente programado, me condujo hasta ti. En realidad lo que buscaba era un agonizante que estuviera a punto de morir en la más completa soledad, y el azar quiso que fueras tú.

-Gra... gracias.

-No me las des, amigo. Tengo motivos personales para obrar así.

-Es... igual. Te... agradezco... tu... apoyo... de ... todos...

-Espera, voy a ayudarte. ¿Mejor así?

-¿Qué me has hecho? -preguntó el moribundo al comprobar, con asombro, que su creciente debilidad había desaparecido de forma súbita.

-Nada importante; -respondió el visitante- tan sólo te he insuflado un poco de... -dudó, eligiendo trabajosamente el término preciso- *hálito mental*. Pero lamento tenerte que pedir que no te hagas ilusiones; este truco tan sólo servirá durante un corto espacio de tiempo. No puedo evitar que mueras. -concluyó con tono contrito, ocultando hipócritamente que no lo hubiera hecho aun cuando pudiera haberlo evitado, pues esto era algo que iba contra sus propios planes- Ahora descansa, y déjame hablar a mí.

-No lo entiendo. -respondió el yacente, haciendo caso omiso de la recomendación- En mi mundo siempre ha habido gente entregada que, de forma desinteresada, ha consagrado su vida al cuidado de los enfermos y los moribundos; pero tú...

-No te quiero engañar; la mentira es algo imposible en mi mundo. Mi motivación no es en modo alguno altruista.

-¿Cuál es, pues? -preguntó inquieto.

-Digamos que... busco un beneficio en ello. Pero te aseguro que esto no te perjudicará lo más mínimo; por el contrario, es muy posible que te ayude a superar el trance.

-Me basta con ello. -suspiró resignado- Poco es lo que puedo ya esperar. Pero dime, ¿tú sabes lo que hay más allá de...

-¿De la muerte? No con exactitud, por supuesto; también para nosotros significa el final de nuestra existencia. Pero sí contamos con una idea mucho más aproximada que la vuestra de lo que ocurre. Ya te he dicho que nuestros conceptos de la vida y de la muerte no son coincidentes...

-Dímelo, pues.

-¿Para qué? -respondió el ente con brutalidad- No vas a tardar mucho en saberlo.

-¡Vete! Sal de mi cabeza, maldito seas.

-Discúlpame, no era mi intención irritarte... -la voz no acababa de sonar sincera- En realidad, no puedo hacerlo.

-¿Por qué? ¿Te lo impide tu moral? -la pregunta del doliente, teñida de ironía, chocó con la cruda sinceridad de su interlocutor.

-No. Nosotros no tenemos moral alguna, ni nos sentimos constreñidos por nada remotamente parecido a vuestros conceptos del bien y del mal. Nuestra libertad es absoluta.

-¿Entonces?

-Preferiría no tener que decírtelo... -titubeó el visitante- Pero, puesto que me has hecho una pregunta directa, no me queda otro recurso que responderte. La razón para negarme no es otra que la de evitar alteraciones significativas en tu estado de ánimo que pudieran hacer peligrar el desarrollo del... ¡hum! contacto.

-Ya veo. -la irritación había dejado paso a la resignación- Estás jugando conmigo, para ti tan sólo soy una miserable rata de laboratorio...

-Estás completamente equivocado, mi querido amigo, y deploro profundamente haber lastimado de forma tan torpe tus sentimientos. Puedes creer que tú eres muy importante para mí.

-¿?

-Entiendo tu perplejidad, pero te aseguro que estoy diciendo la verdad... No podría ser de otra manera, dado que yo no puedo mentir.

-Tanto me da. -gruñó desabrido- Prefiero que me dejes en paz.

-¡Pero puedo hacerte más fáciles tus últimos minutos de vida! ¡Y quiero hacerlo!

-Tú mismo lo acabas de decir; para lo que me queda...

-Está bien, yo no te he negado que quisiera obtener un beneficio de ti. Pero, ¿qué más te da si ello no te perjudica en lo más mínimo?

-Quiero saber el porqué.

-¿Es necesario?

-Sí.

-De acuerdo. -suspiró el visitante- Pero me temo que quizá no te guste demasiado.

-Poco puede haber ya que me disguste. Desembucha.

-Verás. Mi raza posee ciertas facultades que podríamos denominar... telepáticas; en realidad se trata de algo muy diferente al concepto que leo en tu mente, pero me resultaría difícil explicarlo de otra manera distinta. Digamos que... bien, para nosotros la energía mental es como para vosotros la materia; de ella nos alimentamos, gracias a ella vivimos y si nos falta... morimos.

-No sigas; -le interrumpió el moribundo- Eres un vulgar vampiro psíquico. Algo he leído al respecto.

-¡Oh, no! -exclamó horrorizado el alienígena- Eso sería lo mismo que tildaros a vosotros de canibalismo por el hecho de que ingiráis alimentos procedentes de otros seres vivos. Nosotros contamos con el equivalente a vuestros animales y plantas, especímenes de los cuales tomamos el fluido mental que nos sustenta, seres que, por supuesto, son completamente irracionales.

-Si es así, ¿qué pinto yo? ¿Acaso no me ves como si fuera un simple solomillo?

-Por supuesto que no, tú eres para mí un ser racional a todos los efectos, si no fuera así no estaría ahora hablando contigo. Pero déjame que termine de explicarte. Mi raza, al igual que le ocurre a la tuya, es amante de los placeres, y por esta razón buscamos compartir con otros seres sus emociones más íntimas... en especial, si éstas son fuertes y excepcionales. Un parto, un coito, una gran alegría, una gran excitación...

-O una muerte. -concluyó lúgubrementemente su involuntario anfitrión.

-En efecto. Una muerte. Para nosotros resulta algo... excitante -en realidad sonó a *exquisito*- Y como de paso te puedo consolar en tu difícil trance, los dos nos beneficiaremos mutuamente de nuestra simbiosis.

-Con la pequeña diferencia de que yo la diño mientras tú te relames de satisfacción antes de ir a buscar otra... experiencia excitante. ¿Me equivoco?

-No. -respondió el ente con total sinceridad, ajeno al parecer al sarcasmo de la pregunta- Además, tienes que valorar la importancia que tiene el que mueras tras haber tenido conocimiento de algo desconocido para la inmensa mayoría de tus congéneres, la existencia de universos paralelos... Se trata de un gran honor. -concluyó ufano.

-Tienes toda la razón, no había caído en eso; te estoy muy agradecido por recordármelo. -el terrestre ignoraba si su visitante era realmente ingenuo o si, por el contrario, se estaba burlando de él- Te estoy muy agradecido por ello.

-Me satisface que sepas valorarme en mi justa medida, algo que por desgracia no suele ser habitual en la gente como tú; pero detecto cierto tono irónico en tus pensamientos. ¿Acaso no me crees?

-Por supuesto que te creo; tanto es así, que voy a abrirte completamente mis pensamientos. ¿Me equivoco al suponer que, a pesar de ser telépata, no te resulta posible acceder a mi intimidad sin mi consentimiento?

Era un golpe de ciego, pero sorprendentemente funcionó.

-Estás en lo cierto. Soy capaz de comunicarme contigo y de leer todos tus conocimientos, digamos, públicos, pero el interior de tu mente me está vedado. Si tú me ayudarás... Pocos son los humanos que permiten hacerlo.

-Lo haré. ¿Estás listo? Pues ahí va.

Un torrente de pensamientos, de sensaciones, de conocimientos y de instintos fluyó de forma instantánea de la mente humana a la inhumana. Esta última, imprudentemente confiada, gimió espantada cuando descubrió que la información suministrada le hacía daño, provocándole graves desgarros en su delicada estructura interior... Heridas profundas e

imposibles de curar que la trastornaron irreversiblemente convirtiéndola para siempre en un ser demente incapaz de valerse por sí mismo en su inimaginable mundo. La curiosidad había matado al gato.

En cuanto a nuestro protagonista, falleció en paz instantes después, satisfecho por su póstuma venganza consumada frente al más increíble ser jamás imaginado por mente alguna. No le había resultado difícil volverle loco, bastándole con mostrarle los más recónditos y oscuros atavismos de la especie humana, la ominosa herencia animal de la que el *Homo sapiens* no había sabido, ni podido, desprenderse en toda su accidentada historia. Al desprevenido curioso le habían enloquecido Hiroshima, Camboya, las guerras tribales africanas, los campos de concentración nazis, las trincheras de la I Guerra Mundial, las campañas napoleónicas, las cruzadas, las guerras púnicas, las tempranas atrocidades de los asirios... Y tantas y tantas muestras más de la infamia humana, no por cotidianas menos execrables.

EL UMBRAL DEL MÁS ALLÁ

Despertó de súbito, recobrando la consciencia tras un período indefinido de olvido; pero no por ello consiguió recuperar la memoria, para eso aún habría de esperar algún tiempo.

Por el momento tan sólo sentía; aunque no resultaba fácil aplicar este verbo a su desconcertante situación actual, puesto que se veía privado de cualquier tipo de estímulo sensorial. Antes bien habría de decir que *era*, o que *existía*.

Poco a poco el calidoscopio en que se había convertido su mente se fue aclarando a medida que las piezas encajaban trabajosamente una tras otra; la información procedente del exterior, fuera ésta del tipo que fuera, seguía siendo inexistente, pero al menos iban retornando los recuerdos.

Recordó al fin su identidad, aquélla que se había ido forjando con el curso de los años individualizándolo del resto de la humanidad; y recordó también las dramáticas circunstancias que le habían conducido a este estado, reviviendo de nuevo, con una nitidez tan clarividente como dolorosa, el grave accidente de tráfico en el que se había visto involucrado.

Primero pensó que debía de encontrarse yaciendo en la fría cama de un hospital, pero por más que se esforzaba no sentía su cuerpo, ni tan siquiera aquellos órganos que, por su cercanía al cerebro, se habrían visto libres de cualquier tipo de parálisis por grave o traumática que hubiera podido resultar ésta. No veía, no oía, no sentía absolutamente nada; tan sólo pensaba.

“*Estoy muerto*”. Pensó con terror, espantándole la idea de que esa negrura absoluta que le rodeaba pudiera ser la vida -por denominarla de alguna manera- existente después de la muerte... ¿sólo eso y, por si fuera poco, para toda la eternidad? No podía ser, esa crueldad resultaría inhumana.

“*¿No me encontraré en el infierno?*”. Este nuevo pensamiento laceró su mente a modo de relámpago fugaz. ¿Sería éste el infierno? ¿Consistiría el castigo eterno en una negación absoluta, en esa cárcel -sin duda la más atroz que pudiera ser imaginada- en la que muy a su pesar se veía recluido? Si había un Dios, y de haber un infierno tenía forzosamente que existir, no podía imaginarlo tan sañudamente vengativo.

Y si no era el infierno, ¿qué podía ser? No por supuesto el cielo, cualquiera que fuese el tópico considerado; allí no había ángeles ni música celestial; en realidad no había *nadie*, algo difícilmente conciliable con el propio concepto del mismo. ¿El nirvana? Sus conocimientos sobre las religiones orientales eran demasiado limitados como para poder

juzgarlo con una razonable precisión, aunque en principio se le antojaba relativamente plausible. ¿No se encontraría en una pausa a la espera de la próxima reencarnación?

Ante la imposibilidad de descifrar el enigma optó por encogerse mentalmente de hombros, concentrándose en la exploración exhaustiva del entorno que le rodeaba... aunque en realidad poco era lo que había que explorar, tan sólo vacío y negrura.

Ni tan siquiera podía estar seguro de seguir conservando su cuerpo, aunque todo parecía indicar que éste había desaparecido dada la ausencia total de cualquier tipo de estímulo sensorial interno. Al parecer tan sólo le restaba intacta la mente, y ni tan siquiera podía afirmar que ésta siguiera residiendo en su cerebro.

Paradójicamente una vez superado el inicial desconcierto dejó de sentir miedo, sustituido por una febril curiosidad. Ciertamente era que toda la parafernalia que según algunos acompañaba al tránsito de la vida a la muerte -el famoso túnel negro intensamente iluminado en su final, y las almas de los familiares fallecidos confortando a la del difunto- brillaba literalmente por su ausencia, pero la sensación de paz y tranquilidad que le embargaba se podía calificar sin ningún género de dudas como casi embriagadora. Puede que éste no fuera el cielo, se dijo, pero bien pensado tampoco tenía tan mala pinta... aunque hubiera preferido, eso sí, que alguien apareciera por allí para sacarle de su desconcierto.

Lo que también descubrió, aunque esto era algo que no le pilló de sorpresa, fue el en apariencia inexistente paso del tiempo. Esto era lógico, le decía la parte más racional de su mente, dada la ausencia de cualquier tipo de estímulo, fuera éste externo o interno; pero su yo irracional o, por denominarlo con mayor precisión, místico, tendió inevitablemente a considerarlo como una prueba más, circunstancial pero por ello menos tangible, de que se encontraba sumido en ese nebuloso estado que los teólogos denominaban *eternidad*.

Fuera como fuese, la eternidad podía llegar a ser decididamente aburrida, se dijo una vez transcurrido un período indeterminado de tiempo que tanto habría podido ser un nanosegundo como un millón de años, tras el cual las cosas seguían estando exactamente igual que al principio. Agotadas ya todas las posibilidades de exploración tanto de su yo interno -por cierto, con una clarividencia sorprendente-, como del hermético e impenetrable sudario que le rodeaba, poco le quedaba ya por hacer salvo esperar... aunque por desgracia, la paciencia nunca había sido precisamente su fuerte.

Tras reflexionar en profundidad, llegó finalmente a la conclusión de que el lugar en que se encontraba difícilmente podría ser bien el cielo bien, el infierno, asemejándose más a ese nebuloso limbo de la teología cristiana al parecer desestimado ya por los teólogos modernos, pero atractivo a pesar de todo por cuanto sugería implícitamente de provisionalidad. Bien pensado tenía que tratarse de algo temporal y no definitivo, puesto que cualquier tipo imaginable de existencia después de la muerte habría de ser necesariamente más compleja que esa absurda y vacía negrura. Así pues, la idea ya

barajada de un período de espera previo a una próxima, e hipotética, reencarnación comenzó a abrirse paso cada vez con mayor fuerza entre sus pensamientos, por muy heterodoxa que pudiera resultar para la doctrina católica. Y si era así, como anhelaba ansiosamente, esta etapa debería tener por fuerza un final.

Y lo tuvo, aunque no de la manera que hubiera esperado. Llegó de repente, en forma de oleada de una intensa sensación imposible de describir por comparación con nada conocido, pero lo suficientemente intensa como para sumirle en éxtasis.

Y luego...

* * *

El hombre de la bata blanca se derrumbó abatido en una silla dando muestras palpables de desolación.

-Se acabó. -musitó, más para él que para su joven ayudante que, inmóvil en el otro extremo del laboratorio, asistía en silencio a la escena- Se acabó para siempre. Definitivamente.

-¡Pero profesor! -protestó éste al fin- La historia de la ciencia está jalonada con multitud de fracasos parciales que condujeron al triunfo final; hay que tener fe y perseverar.

-No, muchacho, no en esta ocasión. Hemos jugado a aprendices de brujos, a Prometeos, a Ícaros, a Faetones, y es nuestra propia soberbia la que nos ha derrotado. Existen unos límites que la prudencia recomienda no traspasar, y no estoy en modo alguno dispuesto a repetir el intento. Definitivamente, no. -concluyó al tiempo que se cubría el rostro con las manos como queriendo ahuyentar los fantasmas que le perseguían.

-Es una lástima. -porfió su interlocutor con tozudez- Habíamos conseguido lo más difícil, y cuando todo parecía ir bien...

Su mirada se posó entonces en el objeto que ocupaba todo el centro de la estancia. Rodeado por una maraña de tuberías y cables de todo tipo que surgían caóticamente por doquier, se alzaba un tanque cilíndrico de unos quince litros de capacidad. La transparencia de las paredes permitía observar que en su interior, repleto de un líquido de aspecto opalino, flotaba un cerebro humano rodeado por una delicada malla metálica que lo cubría por completo a modo de funda protectora. Una red de finos cables surgían de diferentes puntos de la malla conectando con los más gruesos conductores exteriores, mientras varios tubos con aspecto de arterias artificiales parecían suministrar oxígeno y sustancias vitales al desnudo órgano.

-Hace unos instantes estaba vivo, perfectamente vivo. -se lamentó el joven doctor- Y de repente... ¿quién lo iba a esperar?

-¿Durante cuánto tiempo se mantuvo activo? -su superior había eludido cuidadosamente utilizar el adjetivo *vivo*.

-Exactamente cinco horas y treinta y siete minutos. -respondió el discípulo tras consultar el monitor del sofisticado sistema informático- Pero los sensores no detectaron ningún tipo de alteración metabólica previa al... -dudó sobre el verbo a emplear- fallecimiento. No lo entiendo; todo iba bien, y el paciente había superado satisfactoriamente el trauma post-operatorio. No comprendo por qué razón dejó repentinamente de vivir. No había ninguna razón para ello, esto no ocurrió con los monos.

-Mi querido amigo, es mucha la complejidad del cerebro humano, y muy poco lo que conocemos acerca de él. -suspiró su maestro- Este cerebro separado de su cuerpo era perfectamente funcional, y los registros demuestran que desarrolló una actividad mental aparentemente normal durante esas cinco horas y media... pero, ¿qué ideas pudieron pasar por la mente de este pobre desgraciado, privado como estaba de cualquier tipo de estímulo sensorial, aun de los más primarios? Quizá hasta se volviera loco, y éste es un remordimiento que pesará sobre mí sobre una losa.

-Podíamos haberle conservado los ojos. -apuntó tímidamente su alumno.

-Eso ya lo discutimos en su momento. No olvide que hemos hecho algo técnicamente ilegal, y no podíamos correr el riesgo de entregar a los familiares un cadáver mutilado; esto les habría hecho sospechar, y bastante nos la jugamos robando el cerebro.

-De todos modos -insistió el joven- nuestra técnica funciona, y ha demostrado ser viable. Si perfeccionáramos la interfaz, quizá podríamos llegar a ser capaces de establecer algún tipo de comunicación con el paciente... con algún nuevo paciente. -se corrigió.

-No, ya le he dicho que no. Ciertamente nuestro experimento no puede ser tachado de asesinato, puesto que esta persona presentaba lesiones mortales de necesidad y su cerebro, aunque intacto, habría muerto irremisiblemente en pocos minutos; pero nuestra crueldad fue espantosa.

-¿Por qué dice usted eso? -se sobresaltó el muchacho al tiempo que miraba de soslayo al inerte despojo, como si temiera que éste pudiera haberle escuchado.

-Imagínese que, en lugar de unas pocas horas, hubiera sobrevivido durante años; ¿qué infierno habría vivido este cerebro, completamente aislado y sin la menor capacidad de discernir su verdadero estado? Yo creo que, de estar en su lugar, me habría vuelto irremisiblemente loco. Casi tendríamos que dar gracias porque las cosas hayan ocurrido así, al menos este pobre hombre podrá descansar en paz.

-Lo que me desazona, profesor, es no poder saber con exactitud qué fue lo que le mató.

-¿Qué más da eso? Quizá fuera la locura, quizá simplemente se suicidó incapaz de soportar esa situación durante más tiempo; nunca lo sabremos. Pero ahora tenemos que desmontar esto lo antes posible, no me gustaría que nadie lo descubriera y acabara atando cabos. Oficialmente tan sólo trabajamos con monos, y así ha de seguir siendo... entre otras razones, porque no pienso volver a intentarlo. Hágame el favor de encargarse de ello; extraiga el cerebro muerto, retírele la malla colectora y vuelva a colocar en su lugar la que utilizamos para monitorizar los cerebros de los monos.

-¿Qué hago con ellos?

-Incinerare el cerebro, es mejor no dejar huellas. En cuanto a la malla... destrúyala también, quiero evitar la tentación de volver a probar el fruto del árbol prohibido. Y ahora, si me lo permite, desearía retirarme a mi domicilio. Necesito meditar sobre la atrocidad que hemos cometido.

LA RESPUESTA FINAL

Durante toda su vida, a Ángel P. no le había preocupado en absoluto lo que pudiera ocurrirle después de la muerte. Tal como cabe suponer él no era nada ni remotamente parecido a un creyente, pero tampoco podría ser tildado de ateo ni, tan siquiera, de agnóstico; en realidad, tan sólo le cabía el calificativo de indiferente o, recurriendo al lenguaje coloquial, el de *pasota*. En la práctica, su filosofía vital se había reducido a la práctica diaria del conocido aforismo de “*a vivir que son dos días*”, sin importarle lo más mínimo cualquier cosa que pudiera ocurrirle *después...* o no ocurrirle, que para el caso venía a ser lo mismo.

Por esta razón, asumió sin sobresaltos su tránsito a la otra vida, -a decir verdad el infarto fulminante que le arrebató de ésta no le dejó demasiado tiempo para pensarlo- y tampoco le abrumó demasiado -y esto sí tenía su mérito- descubrir que, efectivamente, existía un *Más Allá* al que debía enfrentarse en su nueva y recién estrenada existencia.

Bien pensado, fue una verdadera lástima que Ángel P. mostrara tan olímpico desprecio por las cuestiones de ultratumba puesto que, de haber sentido una mínima curiosidad por ellas, sin duda le habría sorprendido comprobar que todas las presuntas descripciones del tránsito post-mortem, populares gracias a los activos grupos de aficionados a las *ciencias ocultas*, habían resultado ser esencialmente ciertas, incluyendo el famoso túnel negro, la luz misteriosa que brillaba en su fondo y la bondadosa voz que acogía al alma del finado. Así pues, todo ello resultó ser para él una novedad absoluta que afrontó impertérrito con la flema que había sido habitual en él a lo largo de toda su vida, enfrentándose a su misterioso interlocutor tratándolo de tú a tú sin ningún tipo de complejo.

-Bienvenido, hijo mío. -fue la convencional frase con la que fue recibido.

A la cual contestó con todo desparpajo:

-Seas quien seas, te agradecería que me dijeras en qué puñetero lugar me encuentro. Mira que si a pesar de todo resulta que hay cielo... o infierno. -se corrigió, consciente del más que probable balance negativo de su poco edificante vida.

El ente tardó algún tiempo en responder, si es que tal magnitud física tenía algún sentido allí, lo que hubiera podido tomarse por un muestra de su perplejidad ante una respuesta no prevista... salvo que él no era humano y, por lo tanto, carecía de cualquier tipo de concomitancias con la idiosincrasia humana. Al cabo, respondió:

-Éste es el lugar que tú desees que sea, en el cual vas a tener la suerte de residir por toda la eternidad.

-¡Vaya, si encima va a resultar un cielo a la carta! -se burló irreverente- Pues no sé qué quieres que te diga; el cielo clásico no me acaba de convencer, ya que se me antoja muy aburrido; pero el infierno tiene tan mala fama...

-Olvídate de todas esas elucubraciones infantiles. -la Voz estaba encauzando la conversación hacia el terreno que le interesaba- Esto no tiene nada que ver con ello, y por supuesto te resultará infinitamente más gratificante. Y te aseguro -remachó con solemnidad- que has alcanzado un privilegio que a la mayoría de tus congéneres les está vedado.

-Luego esto es el cielo... -insistió tozudo.

-Si prefieres llamarlo así... Aunque insisto en que no tiene nada que ver con lo imaginado por ninguna de las religiones de tu planeta. De hecho, ni tan siquiera existe nada que pueda considerarse Dios.

-Es un alivio. -respondió con sorna- Y dime, ¿en qué consiste este chiringuito? ¿Quién eres tú?

-No soy; somos. Todos en uno, y uno en todos.

-Pues qué quieres que te diga, la verdad es que eso me suena a la Santísima Trinidad...

-Sería muy complicado explicártelo ahora. -de no ser por lo improbable de la hipótesis diríase que, por su tono, la Voz mostraba cierto fastidio- Y por supuesto, lamentaría infinito que tu comprensión resultara intoxicada por erróneos conceptos teológicos de cualquier tipo. Olvídate de ellos. Ni somos dioses, ni somos tres, sino tan sólo unos seres que en lo único que nos diferenciamos de vosotros es en nuestro diferente grado de evolución.

Por fortuna para él, Ángel P. había sido, en su vida mortal, un empedernido lector de relatos de ciencia ficción, lo que sin duda le ayudó bastante a comprender cuando recordó el familiar tópico de los Grandes Galácticos, tan frecuente en la literatura de este género.

-¿Sois mentes... puras? -preguntó, por vez primera impresionado.

-En efecto, eso somos. -respondió satisfecho su interlocutor- Y me alegra que seas capaz de entenderlo, ya que esto nos evita explicaciones complicadas.

-¿Y yo soy ahora como vosotros?

-Sí y no. Desde luego, te has liberado del lastre de tu cuerpo; discúlpame si no utilizo el término *alma* para definir tu actual estado, por las razones que te acabo de comentar. Pero no, no eres uno de nosotros, no podrías serlo aunque quisiéramos; aunque compartamos la carencia de soporte material y estemos constituidos únicamente por energía pura, nuestros grados de evolución son muy distintos, ya que tú procedes de un

espécimen material -aquí le pareció captar a Ángel P. un leve deje de desagrado por parte del ente- mientras nosotros ya surgimos a la existencia en nuestro actual estado. De hecho, nuestra raza es mucho más antigua que la vuestra -explicó a modo de disculpa- y jamás se vio sometida a la servidumbre de la materia, por lo que se podría considerar que os llevamos adelante.

-Ya. -Ángel P. recobró su habitual dosis de cinismo mientras pensaba que era una elegante manera de considerarle una mierda- Comprendo. Vosotros sois los investigadores, y yo el ratón de laboratorio... ¿Cuándo empezamos con los experimentos?

-¡Oh, no! -la Voz sonaba contrita- Nada de eso. Al contrario, lo que te ofrecemos es formar parte de nuestra comunidad, sin más limitaciones que las inherentes a tu propio -a Ángel el adjetivo le sonó más bien a *primitivo*- grado de evolución.

-Bueno, mejor ser monosabio que rata... -masculló, fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

-Lamentaría que te lo tomaras así, -porfió su interlocutor- y preferiría que te consideraras un ayudante nuestro.

-Asunto zanjado, pues. -el reciente difunto comenzaba a sentir impaciencia- Eso sí, para poder ser ayudante vuestro, supongo que habrá algo en lo que os sea precisa mi ayuda. ¿Serías, pues, tan amable de comunicarme, a ser posible sin rodeos, para qué demonios me necesitáis? -concluyó, al tiempo que exhibía -es un decir- la más beatífica de sus *sonrisas*.

-Te necesitamos... -la Voz pareció titubear- como intermediario entre nosotros y tus congéneres.

-Te refieres a los muertos, supongo...

-Claro está. -la respuesta fue cortante- Nosotros no tenemos ningún tipo de trato -y aquí su repugnancia era más que evidente- con nada que sea material.

-Bien, dejémoslo entonces en capataz de ánimas... -Ángel P. intentó mostrarse jovial- ¿con cuáles voy a tener que tratar, con las buenas o con las malas? No es que personalmente me importe demasiado acabar de auxiliar de diablo, pero comprende que la reputación es la reputación...

-¿Por qué te sigues empeñando en razonar en términos religiosos? -el feroz parpadeo de la Luz era clara muestra del reproche- Ya te he dicho que aquí no hay ni cielo ni infierno, no hay almas buenas y almas malas, ni existe nada parecido a un sistema de premios y castigos. Todos los entes -evitó repetir la palabra *alma*- que llegáis a este lugar sois tratados exactamente de la misma manera con independencia de cual pudiera haber sido vuestro comportamiento anterior, durante la etapa larvaria, conforme a vuestros

particulares conceptos morales... algo que, por cierto, nos es completamente ajeno. Tan sólo hacemos una excepción con los individuos que decidimos seleccionar para auxiliares nuestros, tal como es tu caso.

-Está bien, sé entender una indirecta. Eso quiere decir, supongo, que gozaré de privilegios vedados al común de los mortales; perdón, de los muertos. -rió su propio chiste y, tomando por asentimiento tácito el silencio del Ser, continuó- Eso sí, tendréis que decirme lo que tengo que hacer, y no os preocupéis por mí; estoy convencido de que sabré cumplir con mis responsabilidades.

-Eso esperamos, porque si no... -era evidente que los *Grandes Galácticos*, o quienes quisiera que fuesen, no se andaban con rodeos- bueno, serías despojado de tu condición de ayudante y te reunirías con el resto de tus congéneres.

-Confío en no defraudaros. -pese a carecer de él, Ángel P. sintió cómo un escalofrío le recorría su inexistente *cuero*- Y por supuesto, me esforzaré cuanto pueda en satisfaceros.

-Será mejor así... -sonaba a velada amenaza- por el bien de todos.

Tras un incómodo silencio, y viendo que su interlocutor continuaba sumido en el mutismo, Ángel P. se atrevió a preguntar de nuevo:

-Bien, yo estoy dispuesto a empezar a trabajar ahora mismo; ¿qué es lo que tengo que hacer?

-Ya te lo dije, deseamos que actúes como intermediario entre los espíritus de tus congéneres y nosotros; su número es demasiado elevado para que podamos atenderlos personalmente tal como yo estoy haciendo contigo; además, tenemos otros menesteres a los que dedicarnos. Tu misión será recibirlos a su llegada y enviarlos a los lugares que les hayan sido asignados; eso es todo, ya que una vez allí serán otros los que se encarguen de ellos.

-Pero yo necesito saber...

-No te preocupes, te será implementado un módulo de memoria de forma que puedas tener acceso a toda la información necesaria para el desempeño de tu trabajo. Será mucho más rápido y sencillo que si te lo explicara yo, y a mí me libraré de esta engorrosa tarea. Adiós.

Y desapareció, dejándole a solas con la oscuridad absoluta que le rodeaba. Pero inmediatamente después sintió como una nueva presencia se fusionaba con él. No era una inteligencia sino simples conocimientos, aunque extremadamente complejos; sin duda, se trataba de la información prometida. Y entonces lo supo todo.

Su misión, más que de intermediario, podría calificársela de *pastor*... en la acepción literal de guardián del ganado, no en la simbólica de ministro religioso. Porque eso eran las almas de los muertos para los *Grandes Galácticos*: simple ganado que utilizaban como *alimento* o, por decirlo con mayor propiedad, el equivalente a las *delicatessen* de los sibaritas humanos.

Como seres inmateriales que eran los *Grandes Galácticos* se alimentaban exclusivamente de diversos tipos de energía, de los cuales disponían en abundancia; pero al igual que ocurría con cualquier *gourmet*, les encantaban los *sabores* sofisticados y exóticos y, a ser posible, al alcance tan sólo de unos pocos privilegiados... porque incluso entre ellos existía el equivalente a las diferencias sociales, aunque la naturaleza de éstas resultara incomprendible para los humanos.

Por tal motivo, hacía ya mucho tiempo -miles de millones de años según la insignificante escala humana- habían decidido crear *granjas* que les pudieran suministrar sus alimentos preferidos, para lo cual alentaron la aparición de la vida en numerosos sistemas estelares a lo largo y ancho de sus vastos dominios galácticos... una vida material y en un principio privada de componente espiritual alguno -los vegetales y los animales, al menos los inferiores, carecían evidentemente de alma-, pero que serviría de fértil abono del que acabarían brotando los frutos deseados. La espera hubo de ser necesariamente larga, pero eso no les importó demasiado; muy al contrario, revalorizaba todavía más su delicada *cosecha*. Del estiércol surgió el grano, y la maduración de éste dio paso a los preciados manjares. Y así, cuando el primer homínido -o su equivalente en algún remoto planeta- fue consciente por vez primera de su existencia alzando sus ojos al rutilante cielo estrellado, los *Grandes Galácticos* supieron que la hora de la recolección había llegado.

¡Quién les iba a decir a todos los fundadores de las grandes creencias religiosas, así como a los millones de fervientes seguidores suyos, que los seres a los que ellos consideraban divinos tan sólo pretendían devorarlos por simple placer! De haberlo sabido, todas las religiones se habrían venido abajo; esto no preocupaba a sus creadores dado que el *sabor* de los *alimentos* procedentes de un planeta era el mismo tanto si se trataba de Hitler como de un santo varón, aunque ciertamente la aparición espontánea de las religiones les había beneficiado al facilitarles la recogida de la *cosecha*.

La brutal sinceridad de sus anfitriones -o, por hablar con mayor propiedad, de sus amos-, que no habían mostrado el menor empacho en ocultarle la realidad por dura que ésta resultase, dejó anonadado a Ángel P. ya que, por mucho que pudiera ser su desinterés por los temas escatológicos, poco podía agradecerle descubrir de repente que la única razón de su vida había sido la de convertirse en un succulento bocado *post-mortem*.

Pero Ángel P. era alguien esencialmente pragmático, razón por la que no titubeó un solo instante a la hora de tomar una decisión, aquélla que le garantizaba sus intereses: entre ser devorado o ayudar a que lo fueran otros, no le cupo la menor duda. Desde entonces, y

mientras sus amos no dispongan lo contrario, cumple su labor con toda diligencia, encaminando hacia el matadero a las cándidas almas recién llegadas que creen ingenuamente que allí les aguarda el Paraíso...

No por ello ha sentido en ningún momento el menor remordimiento de conciencia; no cuando nunca los tuvo en su vida terrenal, y menos todavía cuando está en juego nada menos que su propia existencia. Además, ¿qué le puede importar a él lo que les ocurra a los demás? Aunque en realidad, en el fondo no deja de tener miedo. Mucho miedo.

AMOR ETERNO

He perdido a María, la mujer de mi vida, mi esposa ante Dios y ante los hombres.

Ocurrió hace cinco días. Ella estaba sentada en el sillón, leyendo apaciblemente un libro, cuando un infarto la fulminó de forma repentina. Yo estaba allí, a su lado, como siempre desde que nos casamos hace ya tantos años, y fui testigo impotente de cómo la vida pugnaba por escaparse de su cuerpo. A ella, pobrecita mía, no le dio tiempo ni a exhalar un suspiro, ni tan siquiera pudo dedicarme sus últimos pensamientos tal como estoy seguro de que hubiera deseado hacer antes de sumirse en la negra bruma de la inconsciencia.

Los servicios de asistencia sanitaria llegaron a casa apenas unos minutos después, y con una eficiencia digna del mejor encomio la atendieron en la UVI móvil intentando que su yerto corazón pudiera latir de nuevo. Eran unos excelentes profesionales e hicieron todo lo que pudieron, por lo que no les puedo guardar el menor rencor... aunque me la quitaron, me dejaron sin mi María.

Hoy mi esposa se recupera satisfactoriamente en la cama de un hospital, y los médicos dicen que pronto le podrán dar el alta; en esta ocasión la Parca tuvo a bien concederle una prórroga a su vida. Yo tuve peor suerte, un ataque similar me mató hace diez años, y desde entonces soy lo que habitualmente se conoce como un fantasma o, si se prefiere, un alma en pena que vaga desolada por un mundo que ya no me pertenece pero que sigue reteniendo aquello que yo más amo... bueno, en realidad no vago, sino que me mantengo siempre fiel al lado de María aunque ella no pueda ni verme ni sentirme.

Desde entonces, y puedo asegurar que este tiempo se me ya hecho eterno por más que mi espíritu, paradójicamente, sea ya inmortal, me he resistido a obedecer a mi destino marchándome allá donde me corresponde estar ahora, puesto que no quiero hacerlo sin mi María, una María a la que no he abandonado ni un solo minuto en mi nueva ¿vida?

Por ello aguardo impaciente a que ella experimente también el tránsito para que, una vez reunidos y en esta ocasión ya para siempre, podamos viajar gozosos a nuestro nuevo destino, más allá del espacio, más allá del tiempo, más allá de la materia pero no más allá del amor. Esperaba gozoso que ocurriera cuando le dio el infarto, pero tuvieron que quitármela de forma cruel. Ahora tendré que seguir esperando, quien sabe durante cuanto tiempo, prolongando de esta manera mi agonía.

Ella no sabe que la espero, no tiene forma de saberlo ni yo la tengo de decírselo, pero lo haré durante todo el tiempo que pueda; desgraciadamente me reclaman, tiran de mí, quieren arrancarme de un lugar que ya no me corresponde y en el que yo no debería estar.

Sí, lo comprendo, no me niego a obedecer... pero no quiero ir sin mi María.

EL DÍA DEL FIN DEL MUNDO

El día del Fin del Mundo, tal como había sido profetizado varios miles de años atrás, los ángeles descendieron sobre la faz de la Tierra.

Cuando uno de ellos surgió ante mí dispuesto a realizar la labor que Dios le había encomendado, mi sorpresa no tuvo límites al contemplar el aspecto de este ser celestial. Lejos de ajustarse al patrón establecido por la iconografía cristiana, sus alas eran membranosas al estilo de las de los murciélagos, su cuerpo desnudo estaba recubierto de escamas de profundo color negro, su cabeza recordaba a las de los mitológicos dragones y su boca, erizada de colmillos y provista de una larga lengua bífida, exhalaba un penetrante olor a azufre.

Al ver que su aparición me había dejado paralizado, frunció la espantosa boca en una mueca que pretendía ser el remedo de una torva sonrisa y, con voz gutural, graznó a modo de explicación:

-Todo era puro *markéting*...

Y sin tiempo para recuperarme, me aferró con sus afiladas garras clavándomelas en la carne a modo de mortales dagas.

SORPRESA

Y abrí los ojos y era de día...

Lo cual me sorprendió sobremanera, pues me encontraba en el interior de un ataúd.

ESPERANZA EN EL MÁS ALLÁ

-Oye, ¿tú crees en el Más Allá?

El interpelado dejó de comer y, apartando la vista de su comida, volvió la cabeza hacia su compañero preguntando a su vez:

-¿Qué si yo creo en el qué...?

-En el Más Allá... en la otra vida después de la muerte -explicó el primero entre incómodo y confuso.

-¡Ah, ya! -y siguió comiendo.

-¿He de entender que tu respuesta es negativa? -ante la indiferencia de su interlocutor la incomodidad comenzó a ceder paso a la irritación.

-Bueno, no exactamente... -contemporizó éste una vez hubo vaciado la boca- en realidad, ni siquiera me lo he preguntado nunca. Prefiero disfrutar primero de esta vida todo lo que pueda, y después ya veremos...

-¿Pero nunca te has llegado a plantear la necesidad de que sí la hubiera? ¿De que no todo termine de forma definitiva con la muerte?

-¿Y por qué habría de hacerlo? -su estolidez resultaba a prueba de bomba-. Es más fácil pensar que cuando llegue el momento todo habrá acabado y ya está.

-Eres un cretino materialista -le espetó furioso-. Ni tan siquiera eso -se corrigió-, sino tan sólo un simple pasota al que le da igual todo lo que no sea la mera satisfacción material e inmediata.

-Si tú lo dices... -porfió cachazudo el interpelado.

-¿Ni siquiera eres consciente de que nuestra existencia no tendría el menor sentido si se limitara a esta vida que llevamos, si no existiera un Más Allá en el que pudiéramos ser premiados o castigados conforme a nuestros méritos o a nuestros fracasos? ¿Es que la muerte nos tiene que igualar a todos con independencia de que hayamos sido mejores o peores? Eso sería una suprema injusticia, y una vida sin justicia carece por completo de sentido.

-¡Uf! Eso es demasiado profundo para mí. Yo prefiero cosas más inmediatas: comer bien, dormir mejor...

-No sigas -le conminó sin dejarle terminar la frase-. No es necesario. Ya veo que eres un caso perdido.

-¿Y tú no? -se burló el materialista.

-Yo no -respondió el otro con solemnidad-. Yo estoy preparándome para que tras el tránsito pueda ser seleccionado entre los mejores, y premiado por ello. A mí sí me importa el futuro, y mucho.

-Pues que te aproveche. Yo prefiero no dejar que esto se me quede frío.

Y siguió comiendo, indiferente por completo a las especulaciones teológicas de su compañero.

* * *

El capataz del matadero inspeccionaba minuciosamente una larga fila de canales de cerdo colgadas de ganchos. Al llegar frente a una de ellas, especialmente lustrosa, ordenó a su ayudante:

-Ésta la separáis y la mandáis a la sala de despiece C.

-Desde luego es un animal magnífico -exclamó éste al tiempo que anotaba el código identificativo en un cuaderno.

-Sí, hacía tiempo que no veía un cerdo así -convino su superior-. Así que hemos de aprovecharlo, dará mucho juego en la línea de embutidos y jamones selectos. Hubiera sido una lástima desperdiciarlo mezclando su carne con la de los otros. ¿Pero de qué te ríes?

-De nada, jefe, tan sólo me he acordado de lo que predicán todas las religiones acerca de que hay que prepararse para el Más Allá, y de pronto me he imaginado a este cerdo esforzándose en la granja para ser seleccionado entre los mejores después de haber pasado por las manos del matarife... una tontería, claro.

-Y de las gordas -sentenció el capataz- ¿cómo iba a pensar eso un cerdo?

Y fulminando con la mirada a su ayudante, siguió inspeccionando las canales.

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

Eran lo que comúnmente se entiende por una pareja bien avenida, pero en realidad su compenetración iba mucho más allá, y su afinidad era tal que solían bromear especulando con la posibilidad de que entre ellos pudiera haber algún tipo de conexión telepática.

En cualquier caso eran uña y carne, y no concebían la vida el uno sin el otro pese a que en ocasiones se veían obligados a separarse, al tenerse él que desplazar fuera de la ciudad, por motivos de trabajo, sin poder ser acompañado por ella. Pero solían ser viajes cortos en los que la incomodidad de la distancia se veía amortiguada por el teléfono y el correo electrónico, sin el menor menoscabo para su relación personal. Y seguían siendo felices.

Una única sombra planeaba sobre estas separaciones. Los viajes solían ser por avión, un medio de transporte que a ella le horrorizaba al padecer ese pánico atávico a volar frecuente en muchas personas pese a no estar en modo alguno justificado. Él, que no compartía ese temor, intentaba convencerla, sin resultado alguno, de lo ilógico de sus aprensiones, argumentando que había más probabilidades de ser atropellado por un autobús al cruzar el semáforo de la esquina, o desnucándose al resbalar en la bañera, que de ser víctima de un accidente aéreo.

Por esta razón, siempre que él tenía que volar ella permanecía con el alma en vilo hasta que una llamada de teléfono, o un mensaje, la tranquilizaba al saber que el vuelo se había realizado sin novedad. Y a su vuelta, siguiendo uno de sus muchos rituales privados, él acostumbraba a burlarse cariñosamente de ella demostrándole que seguía vivo.

Pero esa vez no volvió. El avión se estrelló al aterrizar sin que hubiera supervivientes, y ella sintió cómo el mundo se le derrumbaba. Sobrevivió, no le quedaba otro remedio, pero ya nada volvería a ser igual.

Refugiada en sus recuerdos, se aferraba a todo aquello que le recordara a él, incluso los detalles más nimios, conservando con especial fervor el último mensaje que le remitiera al móvil durante aquel fatídico viaje que acabó con su vida. El escueto texto rezaba: “*Cariño, te quiero más que nunca, y te querré por toda la eternidad*”, y acostumbraba a mostrárselo a todos aquellos que, apesadumbrados por su desgracia, acudieron a intentar consolarla.

Lo que jamás dijo a nadie, fue que la fecha del mensaje era varias horas posterior a la del accidente mortal.

LOS HOMBRES DE BLANCO

Juan E. era escritor... todo lo escritor que se podía ser en España sin un golpe de suerte sabiendo escribir, o sin tener un nombre previamente famoso, no siendo imprescindible en este caso la premisa anterior. Escritor aficionado, se entiende, lo que significaba no sólo no poder vivir de la pluma -o del teclado del ordenador-, sino también no ganar un solo céntimo con sus obras... y gracias a que de vez en cuando conseguía satisfacer su vanidad de autor publicando algún relato, por amor al arte evidentemente, en modestas páginas de internet. También lo hacía en su propia página personal, por supuesto, pero eso no contaba demasiado puesto que las visitas y descargas que tenía eran mínimas.

Pero ésta era su afición, la que le permitía evadirse del monótono ambiente de su trabajo y del no menos monótono entorno social que le envolvía, y con ello le bastaba por más que todavía le quedara el prurito, muy amortiguado ya por el implacable paso de los años, de no haberse podido convertir siquiera en un autor conocido, ya que no famoso.

Por si fuera poco los géneros que abordaba, principalmente ciencia ficción y determinadas variantes de la fantasía ajenas todas ellas a las tendencias mayoritarias en boga, tampoco se podía decir que ayudaran demasiado a proporcionarle lectores, algo que a esas alturas tampoco le preocupaba demasiado.

Por esa razón, le sorprendió sobremanera recibir una visita relacionada con su actividad literaria... en su propio domicilio, algo todavía más insólito teniendo en cuenta su anonimato y su extremo cuidado en evitar dar en la red más información sobre su persona que la estrictamente imprescindible.

Los visitantes eran dos, y ambos podrían haber pasado perfectamente por hermanos gemelos. Corpulentos pero esbeltos, de aspecto hierático y estafalariamente vestidos de blanco: traje blanco, con chaleco incluido del mismo color; camisa blanca, camisa blanca, sombrero blanco y hasta zapatos y calcetines blancos. Parecía además como si sus propios cuerpos se hubieran contagiado de la tonalidad alba de su indumentaria, con la tez y las manos de aspecto níveo y los cuidadosamente peinados cabellos de un impoluto color marfil. Tan sólo los ojos, gris acerado, desentonaban vivamente de la nívea paleta cromática.

Muy educadamente preguntaron por él y, una vez se hubo identificado, le solicitaron permiso para entregarle un mensaje de interés, mostrando patentes deseos de entrar en su casa. Perplejo accedió a regañadientes a su insólita petición, conduciéndoles al salón de su pequeño y desordenado piso de soltero.

Una vez estuvieron los tres acomodados en torno a la mesita, él en su sillón y los visitantes estirados como palos en sendas sillas, les invitó a comunicarle el mensaje.

-Señor E., conocemos su actividad literaria, y hemos venido a hablarle de ella -explicó uno de ellos.

Juan E. sintió que el corazón le daba un salto en el pecho. ¿Sería posible que finalmente se produjera el milagro? Pero por otro lado, no ignoraba que los métodos utilizados por las editoriales para captar autores noveles distaban mucho del de la extraña pareja.

-Yo... -balbuceó confuso, presa de sentimientos antagónicos de euforia y temor-. Yo sólo soy un modesto escritor aficionado...

-Lo sabemos -respondió su interlocutor-. Pero hemos estudiado su página con interés. Con bastante interés -precisó.

-Pues ustedes dirán... estoy a su disposición.

-En realidad nuestro interés se centra en una parte muy concreta de su producción literaria -puntualizó el segundo visitante-. En concreto, la que usted denomina *Crónicas celestiales*.

-¡Ah, esa! -sonrió Juan E. al tiempo que se relajaba interiormente-. Precisamente es una de mis favoritas. Se trata de una sección humorística bastante...

-Nosotros no le encontramos el humor por ningún lado -le interrumpió con brutalidad el que había hablado el primero.

-¿Perdón? -tras el inesperado jarro de agua fría, Juan E. sintió cómo una irritación sorda comenzaba a invadirle.

-El motivo de esta visita es manifestarle nuestro profundo malestar por la forma tan irreverente con la que trata usted a algo tan sagrado como son Dios y los santos -terció el otro.

-Perdónenme -repitió el ya francamente molesto anfitrión-. Pero sigo sin entenderles. Admito que mis cuentos no les puedan gustar, al fin y al cabo esto es algo del todo normal; pero era de todo punto innecesario que vinieran hasta mi casa para decírmelo. A mí tampoco me gustan muchas cosas, y me aguanto.

-No hemos venido a reprocharle nada, hemos venido a pedirle que retire sus cuentos de internet -fue la desconcertante respuesta de uno de ellos-. Y cuanto antes, mejor. Aunque es cierto que tienen muy pocas visitas, más vale asegurarse cuanto antes, ya que con las cosas de la red nunca se sabe.

-¿Quééééé? ¿Qué quieren que quite mis cuentos? ¿Pero quienes se han creído que son ustedes? ¿La Inquisición?

-Evidentemente no somos la Inquisición, ya que como es sabido esta institución quedó extinguida hace ya mucho tiempo -a esas alturas a Juan E. le resultaba difícil distinguir entre uno y otro de los dos visitantes-. Pero, por decirlo de algún modo, velamos por evitar cualquier tipo de blasfemia o de irreverencia hacia las cosas santas.

-Óiganme ustedes -los ojos del escritor echaban chispas-. Ni sé quienes son, ni me importa lo más mínimo. Lo que sí sé es que han venido a mi casa intentando coaccionarme, algo que no estoy en modo alguno dispuesto a tolerar. Que yo sepa los cristianos, a diferencia de otras religiones, somos libres de opinar según nos parezca sobre temas relativos a nuestras creencias, sin que corramos el riesgo de que nos pongan una bomba o nos corten la cabeza... y estamos en el siglo XXI, no en la Edad Media.

-Precisamente por eso es por lo que hemos venido a pedirselo... por las buenas -pese al monumental enfado de Juan E. los visitantes no habían perdido ni un ápice de su flema.

-¿Y si yo me niego? -respondió mordaz- ¿Me van a excomulgar? ¿O a amenazar con los fuegos del infierno? Sepan, señores, que yo no soy creyente ni por asomo, así que difícilmente me van a asustar con esos cuentos de viejas. Además -remachó-, me trae al fresco su opinión.

-Hace usted mal persistiendo en su incredulidad -porfió uno de ellos-. El Cielo existe, y Dios nuestro Señor, también.

-¿Cómo, me van a venir a sermonear en mi propia casa? Señores, esto no se lo pienso consentir. Por cierto, ¿a qué secta pertenecen?

-A ninguna. Venimos de...

-No me digan más -le interrumpió-; ustedes son dos ángeles que han bajado directamente del cielo para advertirme que no sea malo; por cierto, ¿dónde han dejado las alas? Aunque, la verdad, no acabo de entender que un escritor aficionado tan insignificante como yo haya merecido el importante honor de llamarles la atención con mis modestos relatos.

-Insiste usted en seguir burlándose de las cosas celestiales... sin saber que está jugando con fuego.

-Sí, el infernal. Por cierto, ¿qué tal le van las cosas a Pedro Botero?

-Está visto que es usted incorregible, y mucho nos tememos que también irrecuperable. Está bien, ya ha sido advertido. Si sigue empeñado en persistir en su error, usted será el

único responsable de las consecuencias que su obstinación le pueda acarrear. Todavía está a tiempo de rectificar si no de corregirse, pero tenga en cuenta que éste será el último aviso que reciba.

-Señores, ya está bien de bromas. Hace muchos años que dejé de ir a misa, y les aseguro que no tengo la menor intención de cambiar de hábitos. Así pues, les ruego que se vayan con sus monsergas y me dejen en paz -exclamó Juan E. poniéndose en pie y mostrando inequívocamente su deseo de echarlos.

Y se fueron... pero no por la puerta. Simplemente se desvanecieron, quedando como único rastro de su presencia una tenue e intensa fragancia.

Apenas se hubo recuperado de la sorpresa, Juan E. se apresuró a borrar de su página personal los polémicos cuentos. Ciertamente seguía siendo igual de escéptico en todo lo relacionado a los temas religiosos, y tendía a pensar que todo lo ocurrido no había sido sino una broma pesada; pero... por si acaso.

BIENVENIDA

Llegó al fin el día en el que él, un escéptico recalcitrante, conoció al fin la respuesta a la última pregunta. Y para su sorpresa, ésta fue positiva: había vida después de la muerte, había un Más Allá.

Su alma, o su equivalente agnóstico, se encontraba ahora, libre ya de ataduras corporales, en el seno de un ámbito que sería imposible definir con palabras, pero que sin duda alguna resultaba relajante y cálidamente acogedor. Y además estaba Él, en forma de radiante luminosidad, dándole la bienvenida.

-¿Eres Dios? -preguntó al hospitalario ente luminoso.

-Puedo serlo si así lo deseas -respondió éste con benevolencia-; de hecho, este avatar con el que me ves en estos momentos viene a coincidir de una manera bastante aproximada con la concepción que de mí tienen muchas de las religiones del mundo que acabas de dejar atrás. Pero en realidad soy inefable, y mi verdadera naturaleza no puede ser constreñida por los limitados conceptos humanos... humanos mortales, se entiende. Tú ya has trascendido, pero es normal que te encuentres confuso al no haberte acostumbrado todavía a la nueva situación. Pero esto es algo completamente normal, tu actual desorientación pasará con rapidez.

-Yo... -en realidad lo que estaba era sorprendido- ¿He resucitado?

-Podríamos llamarlo así, hijo mío; aunque en realidad no se trata de una vuelta a la vida, sino de la trascendencia a un plano existencial superior. Si me permites el símil, y para que me entiendas mejor recurriré a unos sencillos términos humanos, ha tenido lugar la metamorfosis que te ha transformado de torpe y repulsiva larva a grácil y bella mariposa.

-Luego... ahora soy inmortal...

-Yo no he dicho eso, hijo mío.

-¿Cómo que no? Los curas siempre...

-Los sacerdotes son simples mortales, y como mortales, aun ejerciendo con su mejor voluntad, se equivocan.

-Entonces... -insistió confuso el neófito.

-Hijo mío, si recurrí al símil de las mariposas no fue por casualidad. Sus larvas, las feas y repelentes orugas, disfrutaban de una existencia mecánica y gris, apenas son poco más que unas máquinas de comer y engordar sin la menor consciencia de su entorno... pero su vida,

aunque vulgar, es relativamente larga para los parámetros de los insectos. Las mariposas, por el contrario, son una explosión efímera de belleza, una apoteosis triunfal con la que culmina brillantemente su misión de perpetuar la especie.

-No querrás decir que... -en la mente del recién transcendido comenzaba a anidar una terrible sospecha.

-Si te refieres a la inmortalidad he de desilusionarte, ya que no existe como tal y se trata tan sólo un invento de las diferentes religiones para autojustificarse -fue el mazazo-. De hecho, quienes llegáis hasta aquí tan sólo sois una pequeña fracción de los humanos que fallecen, el resto simplemente desaparecen a la par que sus cuerpos. Vosotros, los elegidos, lo sois en cuanto que os hemos considerado aprovechables e idóneos para la gloriosa tarea de engendrar nuevos embriones de almas.

-Se trata, pues, de una reencarnación... -aventuró el recién llegado, relativamente más confiado.

-No, nada de eso -le refutó de nuevo Él-. Quienes habéis llegado hasta aquí ya estáis lo suficientemente evolucionados, por lo que sería un despilfarro inútil obligaros a empezar de nuevo desde cero. Lo que se produce en vosotros es una eclosión mediante la cual vuestras almas maduras se fragmentan en miríadas de embriones de nuevas almas, todas las cuales se encarnarán en cuerpos humanos recién nacidos que, sin ellas, no habrían pasado de ser meros animales; y aun con ello, muchas de ellas se malogran antes de llegar a madurar. De esta manera el ciclo se repite una vez más, y así hasta la eternidad; pero no con un alma inmutable e inmortal, sino como una sucesión ininterrumpida de nuevas generaciones de almas vírgenes herederas directas de sus ancestros, pero diferentes por completo de éstos.

-¿Quieres decir con eso que...? -preguntó aterrado.

-Que tú ya estás maduro para ser cosechado y dar paso a una nueva generación, a tus propios hijos... tienes motivos para estar orgulloso por haber llegado tan lejos, de todos los nacidos de vientre de mujer tan sólo muy pocos llegan a conseguirlo.

-Yo hubiera preferido... -era patente que el neófito no encontraba demasiado satisfactoria tan inesperada alternativa.

-No hay elección, hijo mío, la rueda de la vida eterna tiene que seguir adelante. Al igual que la mariposa aletea brevemente para solaz de tus ojos, pone sus huevos y muere satisfecha de haber logrado cumplir sus objetivos, tú sacrificarás tu existencia en aras de una nueva generación.

-¡No quiero...! -comenzó a protestar.

Pero ya era tarde, puesto que había dejado de existir. En su lugar, emanado de su esencia y ocupando por completo aquel recinto que no era recinto y alborotando con unos ruidos que no eran ruidos, se encontraba ahora un enjambre de pequeños y bulliciosos embriones de almas poseídos por el ímpetu de su recién surgida existencia.

-¡Abimelec! ¡Otoniel! -ordenó el ente luminoso, ya si un ápice de la anterior benevolencia en su ahora áspera voz que no era voz-. Llevad esta patulea a los corrales, y que los siembren cuanto antes... no soporto este alboroto.

Y ya para sí mismo, mientras los subalternos obedecían sus órdenes, añadió:

-Ni tampoco este trabajo de portero, siempre repitiendo las mismas tonterías para tranquilizar a quienes están a punto de eclosionar... ¿cuándo diantre me relevarán de forma que pueda dedicarme tranquilamente a la meditación, que es lo que realmente me gusta? Pero claro, con la disparatada explosión demográfica que hay allí abajo, no damos abasto a satisfacer las necesidades de nuevas almas para todos los recién nacidos. Y total, ¿para qué, si la mayoría no servirá para nada?

Rezongando, se preparó para recibir a la siguiente alma presuntamente bendita.

BIENVENIDO A LA ETERNIDAD

Agonizaba. Su larga vida de casi 92 años llegaba a su fin, esta vez de forma definitiva después de haber burlado dos veces a la muerte, la primera cuando un accidente de tráfico estuvo a punto de matarlo y la segunda cuando le fue diagnosticado un cáncer presuntamente terminal. Y aunque a los médicos no les gustara usar esa palabra, era probable que más de uno hubiera pensado que se había tratado de un milagro, algo que él, agnóstico convencido, no identificó en ningún momento con una hipotética intervención sobrenatural.

En cualquier caso, pronto saldría de dudas. Su cuerpo se extinguía de puro agotamiento, por lo que si de algo estaba seguro, era que no habría un tercer milagro... o lo que quisiera que fuese.

No lo hubo. Su corazón dejó de latir y su espíritu se internó en la desconocida dimensión del sueño eterno.

* * *

Despertó. O al menos lo hizo su mente, puesto que su cuerpo había quedado definitivamente atrás. Se encontraba en un recinto -no le resultaba posible definirlo de otra manera- inmaculadamente blanco y luminoso, que le envolvía con calidez proporcionándole una indecible sensación de bienestar.

-Vaya -se dijo-, si al final va a resultar que sí había algo después de la muerte...

En ese instante apareció el ser. Luz sobre luz, algo parecido a un rostro pero que no era un rostro, un esbozo de cuerpo que no era un cuerpo. Pero existía. Y le habló, con palabras que no eran palabras.

-Bienvenido, te estábamos esperando.

-¿Eres Dios? -le preguntó al ente luminoso. Y sintiendo una emoción que interpretó como una jovial carcajada, se corrigió-. ¿Eres un ángel?

-Bueno, podría considerármeme como tal... -respondió éste-. Aunque, lamento desilusionarte, no tengo ni alas ni plumas.

-Pero eres un ser celestial...

-De una u otra manera aquí todos lo somos... incluso tú a partir de ahora. Pero no divaguemos, por mucho que se hable allá abajo de la eternidad, lo cierto es que aquí

también nos falta tiempo. Así que vayamos al grano, por usar una expresión que te resulte familiar, ya que no puedo entretenerme demasiado.

-Tú dirás... -respondió el recién llegado, sorprendido por lo inusitado de la bienvenida.

-En resumen, mi misión es la de liquidar cuentas contigo -le espetó el *ángel* sin más preámbulos-. O mejor dicho -continuó-, la de informarte de la deuda que tienes contraída con nosotros.

-¿Qué? -la sorpresa del difunto era mayúscula. Ciertamente no se había esperado una recepción al modo en el que la describían los textos religiosos, pero aquello...

-Disculpa, a veces olvido que cuando llegáis aquí soléis estar imbuidos por toda una serie de ideas extrañas acerca de como pueden ser las cosas aquí... incluso los ateos. Mira que hemos insistido veces en que sería necesario proporcionaros unas instrucciones básicas cuanto todavía sois mortales; pero no hay manera, los de arriba se niegan en redondo a introducir el menor cambio, alegando que para eso ya están las doctrinas religiosas... ¡como si tuvieran algo que ver!

Y constatando la perplejidad de su interlocutor, explicó:

-Discúlpame de nuevo, pero es que ya estoy harto de tener que explicar tantas veces las mismas cosas. En resumen, la cosa es sencilla: si fuisteis creados a imagen y semejanza del Jefe, lo lógico será que las cosas funcionen aquí de una manera parecida a como lo hacen allá abajo, ¿no crees?

Él no lo creía así, pero guardó un prudente silencio que el *ángel* interpretó como una respuesta afirmativa, aprovechando para continuar con su verborrea... o su equivalente inmaterial.

-Te lo explicaré de una manera sencilla. Cada vez que nace un humano, se le abre automáticamente una... llamémosle cuenta bancaria, en la que se le ingresan un número determinado de créditos vitales que deberán durarle durante toda su vida. Aunque la cantidad está calculada para que resulte suficiente, en la práctica no todos consumen sus créditos al mismo ritmo ni de una manera racional, de modo que a la hora de la verdad a algunos no les ha dado tiempo a gastarlos -en especial a aquellos víctimas de una muerte prematura-, mientras que a otros, por el contrario, les faltan por no haberlos sabido ahorrar de una manera racional.

-¿Créditos? ¿De qué me estás hablando? -logró articular al fin-. No entiendo absolutamente nada...

-*Lo dicho* -bufó mentalmente el *ángel*-. *Me tienen harto. ¿Cuándo dem...?* -se interrumpió a tiempo, justo antes de pronunciar el nombre del denostado rival- *¿Cuándo*

nos mandarán de una dichosa vez los psicólogos especializados en postmortem? A mí no me pagan por esto, ni tampoco tengo la formación académica apropiada.

Consciente de que el pobre difunto estaba cada vez más desorientado, le aclaró:

-Discúlpame una vez más. Los créditos vitales son... ¿has oído hablar del Ángel de la Guarda?

-Sí, pero...

-Bien, esa es otra de las muchas trolas que os cuentan allá abajo. No existen tales ángeles; ¿cómo iban a existir? No habría suficiente personal en toda la plantilla para asignaros un guardaespaldas a cada uno de vosotros. Así pues, se arbitró el sistema de los créditos, que viene a ser una especie de custodia a distancia... o automática, como prefieras, pero que en la práctica funciona bastante bien.

Hizo una pausa y continuó:

-Los créditos sirven, en esencia, para lo mismo, pero sin necesidad de tener ocupado al personal. Cuando alguien, por ejemplo, ha estado a punto de sufrir un accidente, o ha conseguido superar una intervención quirúrgica crítica, consume varios de esos créditos conforme a unos baremos establecidos. Obviamente éstos están calculados para una vida normal, es evidente que si tú te dedicas a practicar deportes de riesgo, fumas como un carretero o te bebes hasta los frascos de colonia, corres el peligro de gastarlos demasiado deprisa...

-Y entonces te mueres... -aventuró el neófito.

-No necesariamente; por ley todos estamos sujetos al libre albedrío, lo que en la práctica se traduce en la existencia de un factor de azar. No, no te mueres, simplemente te quedas sin cobertura de cara a futuros riesgos. Hay quien, pese a ello, tiene mucha suerte, la *baraka* de los musulmanes, y hay por el contrario quien se pega el tortazo a la primera... incluso, en ocasiones, disponiendo de saldo positivo. Para que lo entiendas, en la práctica, su funcionamiento no es demasiado diferente al de los seguros.

-¿Y yo?

-Tú consumiste con creces el saldo. Eso no fue lo malo; como te acabo de explicar tuviste *baraka*, algo que sin ser frecuente no es en modo alguno inusual. El problema fue que en dos ocasiones, durante el accidente de tráfico y durante el cáncer, tomaste a crédito una cantidad considerable, de la que ahora eres deudor... y que yo te vengo a reclamar.

-¿Cómo dices? -se escandalizó-. Yo jamás pedí nada; ¿por qué no me dejasteis morir entonces? Siguiendo con tu símil, nadie me puede exigir la devolución de un préstamo que yo no solicité y del que ni tan siquiera tenía conocimiento...

-Conforme a tus criterios, no te falta razón -concedió el ente-; el problema es que todavía desconoces como funcionan las cosas aquí. Aunque el depósito original que se os asigna al nacer es una cantidad determinada, en la normativa vigente está contemplada la posibilidad de recibir... em... préstamos en determinadas circunstancias, los cuales evidentemente es preciso devolver junto con sus correspondientes intereses. Para ello no es necesario que lo solicite el interesado, puede hacerlo cualquier otra persona, normalmente algún familiar cercano, la pareja...

-Vaya. ¿Me estás diciendo que, cuando estuve a las puertas de la muerte, bastó con que mi mujer, mi madre o vete a saber quien, rezara pidiendo que me pusiera bueno, para que se me concediera ese supuesto préstamo? Lo encuentro ridículo.

-Ridículo para un agnóstico, pero no para un creyente.

-¡Pues entonces cobrádselo a ellos, no a mí! Yo no pedí ninguna ayuda, ni la esperaba.

-Pero te beneficiaste de ella, así que es justo que asumas tu responsabilidad.

-No sé como podría hacerlo -rebatí, cada vez más irritado-; ni tan siquiera sé si esto no es sino un delirio fruto de los estertores de la muerte.

-Es real. Acabas de ingresar en la eternidad, pero ello no te exime de la obligación de saldar tu deuda.

-Pues... me temo que estoy con lo puesto. No me he traído la tarjeta de crédito.

-Tus burlas están de más -le recriminó el *ángel*-. Evidentemente no te estamos reclamando dinero, eso sería absurdo, sino el equivalente a la ayuda que recibiste.

-¿Y cómo? En la otra vida, y hasta que me jubilé, yo era abogado. ¿Hay un turno de oficio aquí?

-Te sigues burlando. No, simplemente tendrás que trabajar para nosotros hasta que la deuda quede saldada. Aquí lo tienes todo detallado -algo luminoso apareció a su lado-, junto con el listado de las tareas que tendrás que realizar; hemos calculado que en unos cinco mil años terrestres, si cumples este programa, podrás quedar liberado.

-¡Cinco mil años! -exclamó horrorizado-. ¿Tú sabes lo que dices?

-No es demasiado cuando tienes por delante toda una eternidad. Además, permíteme recordarte que a los intereses devengados se les ha aplicado el mínimo legal, con un tipo mucho más ventajoso que los de la competencia; en Celesbank nos gusta tratar lo mejor posible a los clientes.

-Y si rehúso, ¿qué me vais a hacer? ¿Mandarme al infierno? Por lo poco que llevo visto, quizá fuera ésta una opción interesante.

-El infierno no existe, al menos como tú lo imaginas. Sí, es cierto que el Innombrable posee su propio banco, pero tú no pertenecías a su jurisdicción. No es cuestión de ser bueno o malo, sino de haber sido nombrado cliente de uno u otro dependiendo del reparto de las cuotas. En cualquier caso, te aseguro que las condiciones aplicadas en Finanzas Infernales son mucho más onerosas que las nuestras. Puedes cambiar de entidad, por supuesto, pero la subrogación no está permitida hasta que no se haya cancelado al menos un treinta por ciento del crédito vivo.

-O sea, que me tenéis bien pillado.

-Tómalo por el lado bueno: viviste una vida larga y satisfactoria, eludiste por dos veces a la muerte, tu salud fue siempre buena, tuviste una vejez digna... todo ello gracias a nosotros. Es justo que ahora correspondas.

-¿Y qué me pasará después de que haya liquidado la deuda?

-¡Oh, existen muchas posibilidades! Pero no tienes que preocuparte por ello. De momento, eso sí, tendrás que buscar alojamiento, esto es un centro de acogida para los recién llegados, pero no admiten huéspedes fijos. Por esta razón, con tu permiso, te voy a informar de la magnífica hipoteca a cien mil años que pone Celesbank a disposición de sus clientes preferentes, con cómodos plazos de amortización y las mejores condiciones del mercado...

-Está bien -se resignó-. ¿Dónde tengo que firmar con mi sangre?

UN AMOR PARA ¿SIEMPRE?

La anciana agonizaba en la aséptica habitación de un hospital. Ella lo sabía, pero lo aceptaba con alegría. Firme creyente en la existencia de vida ultraterrena, anhelaba la llegada del tránsito al Más Allá para poderse reunir de nuevo con Ramón, con quien formó una bien avenida pareja hasta que la muerte prematura de éste, hacía ya treinta años, se lo arrebatara dejándola desconsolada. Nunca desde entonces había vuelto ya a ser la misma, aguardando en su viudez el momento en el que volvería a encontrarse con Ramón allá donde la tiránica parca no contaba con el menor poder, allá donde podrían volver a ser felices esta vez para siempre.

Finalmente el momento llegó y todo fue oscuridad, antes de abrirse ante a ella un túnel luminoso por el que su alma se deslizó gozosa hasta un lugar en el que todo era paz y sosiego.

Ni siquiera le dio tiempo a preguntarse si estaba en el Cielo, puesto que inmediatamente sintió la presencia en torno suyo de personas queridas que le habían precedido en el postrer viaje: sus padres, sus abuelos, su hermano fallecido años atrás, parientes y amigos... todos ellos dándole cordialmente la bienvenida no con palabras, puesto que al igual que ella carecían de envoltura carnal, sino con el propio pensamiento, prometiéndole que allí gozaría de felicidad eterna.

Ella se sintió relajada y contenta; aunque el entorno en el que se encontraba era muy diferente de la idea tradicional que ella siempre había tenido del Cielo, sabía que era allí donde se encontraba; no podía ser de otra manera.

De repente una punzada de temor sacudió hasta lo más profundo de su incorpóreo ser. Allí estaban todos aquéllos que una vez la quisieron en vida... excepto Ramón. ¿Acaso...? El temor a que su querido esposo no pudiera gozar de la salvación eterna la atenazó con la frialdad heladora de un sepulcro. Pero no, no podía ser... su Ramón siempre había sido bueno, era una de las mejores personas que conoció en su vida, razón por la que resultaba de todo punto imposible que éste pudiera estar castigado allá donde se expían los pecados sin posibilidad alguna de redención. Quizá se encontrara en el purgatorio... -se consoló, lamentándose de no haber rezado lo suficiente por su alma cuando tuvo ocasión de hacerlo.

-Tranquilízate, querida, Ramón está bien y se encuentra también aquí, donde nosotros -percibió la respuesta a su muda interrogante, sin saber quien o quienes la había proferido.

A la cual siguió un embarazoso silencio, o su equivalente mental, cuando ella esperaba la necesaria continuación de la explicación: ¿por qué, entonces, no había ido a darle la bienvenida?

Finalmente una voz -seguía sin saber de quien- se atrevió a dar el paso y, tras el equivalente telepático a un carraspeo, añadió en tono quedo:

-Ramón me encargó que te dijera que se alegraba mucho de que estuvieras aquí, y me pidió que te presentara sus disculpas por no poder recibirte.

-No lo entiendo... ¿por qué no ha podido venir? -balbuceó mentalmente la recién llegada, presa de estupor-. Durante treinta años he estado esperando este momento, y pensaba que a él le ocurriría lo mismo...

-¡Oh! -dijo la voz, o quizá fuera otra-. Así fue en un principio. Ramón estaba inconsolable, y sólo esperaba que tú te pudieras reunir con él lo antes posible. Pero...

Tras un nuevo silencio, alguien añadió:

-Fue hará cosa de unos diez años, aunque en realidad aquí el cómputo del tiempo no tiene mucho sentido -hizo una dolorosa pausa y continuó-. Ramón te esperó, hasta que conoció a... a otra persona. Una mujer que llevaba aquí más de doscientos años, con la que hizo amistad primero y luego... él dice que es feliz y que jamás te haría el menor daño, y por esa razón es por lo que prefiere que... que no os veáis. Te desea lo mejor y espera que tú también puedas encontrar la felicidad aquí tal como la ha encontrado él.

Ya estaba dicho. Sus deudos respetaron su silencio mientras ella sentía que el mundo, el ultramundo al que acababa de llegar, se le caía encima. Pero ella era fuerte, y no iba a dejar que le invadiera la desesperación... lo que no evitaba que la decepción sufrida fuera notoria.

-¡Hombres! -exclamó al fin con despecho-. En el fondo todos son iguales... ¿acaso no me pudo esperar durante treinta años teniendo por delante, como tenía, toda la eternidad?

Y haciendo de tripas corazón, o su equivalente incorpóreo, rogó a sus deudos:

-Bien, no hay mal que cien años dure, y menos todavía aquí... os agradezco a todos vuestro cariño, y si os parece bien, podríais explicarme un poco como son las cosas por aquí, ya que para mí todo esto es nuevo... estoy segura de que lo vamos a pasar bien.

LA HORMA DE SU ZAPATO

José D. era un donjuán, un conquistador, un golfo o un crápula, según opiniones. Y aunque no consta en los anales de su vida que llegara a seducir a ninguna novicia en ciernes de profesar -entre otras razones porque no abundaban- ni a ninguna novia en vísperas de su boda, sí contaba con un amplio y contrastado historial amatorio en el que el la edad, la belleza, el estado civil o el estatus económico y social de sus conquistas no pasaban de ser simples detalles secundarios. Dicho con otras palabras, era un ligón de amplio espectro y escrúpulos más que relajados. Por supuesto, se mantenía soltero contra viento y marea.

Como cabe suponer, su indiferencia moral era absoluta. Y no sólo frente a los mandamientos sexto y noveno, sino ante la religión en general. En realidad no era ateo, ni tan siquiera agnóstico, sino tan sólo un pasota. Es decir, le traía completamente sin cuidado todo cuanto pudiera tener que ver con el Más Allá o la posible vida después de la muerte, con su correspondiente equilibrio de premios y castigos.

“Si me muero y resulta que, pese a toda lógica, existen el cielo y el infierno - comentaba burlón-, estoy convencido de que acabaré de cabeza en este último, algo que no sólo no me preocupa lo más mínimo sino que agradeceré infinito, ya que no me imagino nada más aburrido y tedioso que vegetar el cielo tal como nos lo pintan. Prefiero mil veces el infierno, donde sin duda podría conocer a toda la gente divertida y juerguista que ha existido desde que el mundo es mundo”.

Pasaron los años y a José D. le llegó finalmente su hora, en un momento y en unas circunstancias que resultan del todo irrelevantes para este relato. Y resultó que, pese a lo que él creyera, sí resultaron existir el cielo y el infierno, no sorprendiéndole lo más mínimo que, tal como él mismo predijera, fuera sentenciado al castigo eterno.

Una vez llegado al infierno, descubrió con sorpresa que los castigos estaban personalizados en función de los pecados cometidos por cada uno de los condenados; y en su caso, dado que la mayoría de ellos habían tenido que ver con la concupiscencia y las tentaciones de la carne, la sentencia fue tajante: el castigo otorgado a José D. fue el de seguir manteniendo durante toda la eternidad la misma relación con el sexo opuesto que había marcado su vida mortal.

A punto estuvo el reo de soltar una exclamación de extrema alegría, viendo que también se cumplía la segunda parte de su desenfadado pronóstico, cuando el severo juez infernal añadió:

“Pero con todas ellas de manera simultánea, y sin interrupciones de ningún tipo”.

RESURRECCIÓN FALLIDA

Siendo fieles a la verdad, es forzoso convenir que a Auspicio Fuentelhaba no le había sonreído la vida. Para empezar estaba su pintoresco nombre, del que era único responsable su padre; del apellido por su herencia, y del nombre por su empeño en bautizarle con el nombre del santo del día de su nacimiento. Y si bien no era el homónimo obispo de Tréveris el único santo que la Iglesia veneraba el 8 de julio, dadas las otras posibles alternativas de Abdas, Abundio, Agresto, Alicia, Ampelio, Apolonio, Aquila o Colomano - su padre desdeñaba los nombres *vulgares* como Adrián o Alberto-, casi podía darse por contento por la elección paterna.

Pero no era éste el mayor de sus problemas. Auspicio era... digámoslo con delicadeza, poco agraciado. O, con mayor sinceridad, rematadamente feo. Tanto, que en lugar de tener que ir describiendo uno por uno sus atributos físicos, bastará con decir que encajaba a la perfección con el Quasimodo descrito por Víctor Hugo en su celeberrima novela *Nuestra Señora de París*, y aun sería probable que venciera en fealdad al desdichado campanero.

Y como tampoco era rico, sino más bien lo contrario, ni siquiera le quedaba el consuelo de intentar compensar con dinero lo que la naturaleza y su padre le habían negado.

Esto no quiere decir que no intentara sacarle cuanto provecho pudo a la vida, lo cual, en sus circunstancias, no dejaba de ser un loable mérito. Para su suerte -o su desgracia- su inteligencia era aguda, lo que le permitió buscarse un hueco en la sociedad, si no cómodo, cuanto menos aceptable.

Asimismo era un ferviente creyente, lo cual resultaba una innegable ayuda dado que la fe en la vida futura le permitía esperar que ésta fuera, en compensación, más satisfactoria que la terrena; al fin y al cabo eran las propias Escrituras las que consideraban bienaventurados a los que lloraban, porque ellos recibirían consuelo.

Así pues, suspiró mansamente en este valle de lágrimas hasta que llegó su hora, en circunstancias que no es necesario reflejar aquí. Lo que sí resulta importante es resaltar que exhaló su último suspiro convencido de encontrarse en el Más Allá con esas oportunidades de las que no había podido disfrutar en el más acá.

Y despertó, sintiéndose mejor que se hubiera sentido nunca... cosa que era de esperar puesto que, según había leído, la resurrección de los muertos abarcaría no sólo a las almas sino también a los cuerpos, idénticos en todo a sus desaparecidas envolturas carnales aunque modelados en un material incorruptible destinado a perdurar por toda la eternidad.

Mirando curioso a su alrededor, pudo comprobar que se encontraba en un lugar indefinible, aunque plácido y luminoso, y que se encontraba solo. Se incorporó sin esfuerzo y sin acordarse del contumaz reuma que tanto le agobiara en sus últimos años... y de repente tuvo la sensación de que algo andaba mal.

Sí, ciertamente habían desaparecido por completo todos aquellos achaques con los que se había acostumbrado mal que bien a convivir, y se sentía mejor que nunca... pero para su sorpresa, estas innegables mejoras no se habían extendido a su aspecto físico. Porque, aunque ni allí había un espejo ni nada que pudiera servir como tal, le bastó con echar una mirada a su tronchado cuerpo y a palparse allá donde la vista no alcanzaba, para descubrir que seguía estando tan deforme como antes. De hecho ni siquiera habían tenido el detalle de reponerle los dientes que le faltaban, por no hablar ya de la joroba ni de las piernas torcidas.

Sintiendo en su interior una mezcla indefinible de sorpresa e indignación, miró hacia un lado y otro en busca de alguien en quien verter su ira... descubriendo la figura de un ángel que, juraría, un instante antes no estaba allí. Bien, supuso que sería un ángel, ya que aunque éste carecía de alas, de túnica blanca y de cabellera dorada, era sin lugar a dudas un ser de naturaleza sobrenatural cuyos extraños, pero tranquilizadores rasgos, aparecían envueltos en un aura de triunfante luminosidad.

-¿Eres un arcángel? -le espetó a modo de saludo.

-¡Oh, no! -respondió el interpelado con un melodioso tono de voz-. Tal sólo soy un ángel de tercera clase; pero bueno, soy joven y tengo toda una carrera por delante. Me llamo Chapardiel, mi número de licencia es $17.405 \times 10^{47} e^{42}$, y estoy aquí para darte la bienvenida al Paraíso e informarte sobre los principales detalles de tu nueva residencia. Si me lo permites...

Y empezó a recitar en tono monótono una serie de datos, en su mayor parte completamente incomprensibles, que recordaban al ritual de las azafatas en el interior de los aviones antes de que éstos despeguen.

Pero Auspicio le interrumpió con un gesto de impaciencia que provocó a su vez un nada angelical fruncimiento de ceño en el rubicundo rostro de su interlocutor.

-¡Escucha! -gimió-. Estoy muy contento de estar aquí, te lo aseguro; pero...

-¿Pero qué? -fue la adusta respuesta del etéreo visitante; la amabilidad del serafín, o querubín, el bueno de Auspicio no estaba demasiado ducho en estos detalles, había desaparecido como por ensalmo.

-Yo... os agradezco mucho, por supuesto, que además de resucitarme me hayáis proporcionado un nuevo cuerpo libre de todos los achaques y enfermedades que el viejo

tenía; pero ya puestos, no os hubiera costado demasiado esfuerzo haber seguido un poquito más lejos... -concluyó con un hilo de voz.

-¿A qué te refieres? -preguntó de nuevo Chardiel, en tono un tanto suspicaz-. ¿Qué tiene de malo éste? Están elaborados con materiales de la mejor calidad, y antes de entregarlos se comprueba que no tengan ningún defecto.

-No, si de eso no tengo la menor queja, pero... -al resurrecto le estaba costando un ímprobo esfuerzo encontrar las palabras más adecuadas-. Ya que me arreglabais el reuma, el enfisema, la próstata y ese dolorcillo del costado que no se me quitaba nunca, quizá también podríais haber aprovechado para mejorar un poquito mi aspecto físico, cuanto menos la joroba...

-¡Ah, es eso! -exclamó despreocupadamente el ángel mirándole de arriba a abajo-. Sí, supongo que se te aplicaría el protocolo 37.4-55A, que es el que se suele usar por defecto... déjame un momento que lo mire.

Ante el rostro de Chardiel surgió de la nada una intrincada filigrana luminosa, evidentemente algún tipo de registro de inextricable significado. Tras unos segundos de atenta lectura, el ángel hizo un leve gesto con la mano y el ideograma, o lo que fuese, desapareció de forma tan súbita como había aparecido.

-En efecto -le explicó-. Se te ha aplicado el protocolo 37.4-55A, que no contempla modificaciones estéticas, en lugar del 37.4-55B como hubiera sido más adecuado en tu caso... como la mayor parte de la gente suele preferir mantener el aspecto que tuvo en vida, salvo un discreto rejuvenecimiento, solemos aplicar el otro sólo en los casos en los que una mejora externa está justificada.

Y contemplándole con esa candorosa mirada que sólo son capaces de exhibir los seres angelicales, añadió:

-Es evidente que se ha tratado de un error, por el cual te ruego que aceptes mis disculpas; pero con todo este follón de la Parusía estamos completamente desbordados de trabajo, y entre tantos miles de millones de resurrectos que nos vemos obligados a atender resulta inevitable que hasta a nosotros se nos acabe colando algún que otro fallo.

-Está bien, lo comprendo -respondió Auspicio en tono conciliador-; esto es algo que le puede pasar a cualquiera. Pero supongo que habrá alguna manera de arreglarlo, pienso que no debería ser demasiado complicado...

-En condiciones normales no, por supuesto -suspiró, o su equivalente angélico, el ser sobrenatural-. Bastaría con ir al Servicio de Atención a las Almas, rellenar un impreso y esperar a ser llamado para reemplazar el cuerpo equivocado por el correcto... no hubiera

llevado más de unas cuantas décadas, apenas nada teniendo en cuenta que tienes por delante toda una eternidad.

-Pero eso podré hacerlo también ahora... -insinuó Auspicio con la mosca detrás de la oreja.

-Como te he dicho estamos en plena Parusía, lo que supone una sobrecarga brutal de trabajo incluso para unos seres tan versátiles como nosotros; de hecho, además de a ti ahora mismo estoy atendiendo a otros trescientos cuarenta y dos mil ochocientos diecisiete nuevos resurrectos. Y no será porque los sindicatos no se hayan desgañitado pidiendo un aumento de plantilla; pero chico, ni por esas. Créeme que, por mucho que nos esforcemos, no podemos hacer más.

-Supongo que ese servicio de atención seguirá estando abierto.

-Estar, lo que se dice estar, sí que sigue estando abierto... pero como hemos tenido que recurrir a todos los funcionarios de ésta y de otras secciones con competencias menos prioritarias para que nos echen una mano, tan sólo ha quedado a su cargo un subángel conserje encargado de recoger las instancias; pero hasta que no se normalice todo, no podrá empezarse a tramitarlas. Lo siento, pero me temo que tendrás que armarte de paciencia.

-En fin, qué se le va a hacer... -se resignó el bueno de Fuentelhaba-. Llevo tanto tiempo con estos *adornos* -señaló a su chepa-, que no creo que me vaya a resultar demasiado insoportable.

-Me alegra que lo veas así -sonrió el ángel-. Además no creo que se tarde mucho en solucionar el atasco, apenas uno o dos eones, y estoy seguro de que se atenderá tu solicitud ya que si una cosa gusta aquí, es la belleza. Y ahora -añadió sin dejar hablar-, te pido que me disculpes, pero mientras he estado hablando contigo el número de almas en espera de ser atendidas se ha incrementado en treinta y cinco mil setecientas cuarenta y siete, y como se entere el supervisor me va a caer una buena bronca. Amor y paz, querido Auspicio.

Y desapareció, dejándole con la boca abierta.

-¡Será ca...! -exclamó, interrumpiendo el exabrupto en consideración al lugar en el que se hallaba-. ¡Si se ha ido el muy... sin llegar a decirme qué demonios tengo que hacer ahora!

Y tras mirar en todas direcciones sin encontrar nada que le pudiera servir de referencia, se respondió a sí mismo encogiéndose de hombros:

-Bueno, será cuestión de empezar a andar; tarde o temprano encontraré a alguien a quien poder preguntar. Total, si algo me sobra es tiempo.

ADELANTOS TÉCNICOS

Doña Virtudes era una respetable viuda que todos los días, salvo por causa de fuerza mayor, acostumbraba a visitar la capilla de san Lupericio, del que era ferviente y casi única devota. Una vez en ella depositaba su ofrenda en el lampadario y, dirigiendo su mirada a la hierática efigie del santo, le ofrecía sus oraciones y sus peticiones en el convencimiento de que el egregio mártir sería su valedor ante las altas instancias del ámbito celestial.

Anclada en su rutina, doña Virtudes se quedó bloqueada el día en el que se encontró con que el lampadario había sido sustituido por un extraño artilugio que recordaba a un cajero automático salvo en el detalle de que, en el lugar donde debería haber estado la ranura para introducir la tarjeta, estaba colocado el cepillo de las limosnas, único elemento que le resultaba familiar de todo el tinglado.

Desconcertada y sin saber qué hacer, tras mirar de un lado a otro en busca infructuosamente de ayuda -a tan temprana hora la iglesia se encontraba vacía y, como era de suponer, la talla de san Lupericio se negó a colaborar-, pensó dirigirse a la sacristía en busca del párroco o de alguno de los coadjutores, suponiendo que cualquiera de ellos podría explicarle las razones de tan insólito cambio.

Sin embargo no tuvo necesidad alguna de hacerlo ya que el artilugio, provisto de algún tipo de sensor de movimiento, detectó su presencia y de forma automática conectó la pantalla de la que estaba provisto.

Doña Virtudes no estaba familiarizada con este tipo de aparatos, de hecho se negaba a usar los cajeros automáticos e incluso seguía aferrada a un vetusto teléfono móvil de teclado, pero tenía cierta idea intuitiva de como funcionaban. Así pues, dirigió la vista hacia la pantalla y leyó el mensaje que afortunadamente -había dejado las gafas de leer en casa- estaba escrito en letras suficientemente grandes que podían ser leídas sin dificultad:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
POR FAVOR, DEPOSITE SU OFRENDA EN EL CEPILLO
(SISTEMA EN PRUEBAS. DISCULPEN LAS MOLESTIAS)**

Tras dudar unos instantes, la anciana abrió el monedero e introdujo su donativo en el cepillo; al menos, esto no había cambiado. Las monedas hicieron el ruido habitual al caer por la ranura y, automáticamente, la pantalla cambió el rótulo por una imagen en color que reproducía una batería de velas, varias de las cuales se encendieron.

Murmurando algo -no demasiado, pues le hubiera tocado volver a confesarse- acerca de la manía de complicar siempre las cosas, doña Virtudes procedió a abordar la siguiente fase de su ritual cotidiano, consistente en arrodillarse en uno de los reclinatorios para rezar unas oraciones a san Lupericio antes de hacerle las peticiones correspondientes. Pero le interrumpió un parpadeo de la pantalla al tiempo que comenzaba a sonar una suave música y un tenue aroma a incienso se expandía por el interior de la capilla.

Cada vez más perpleja, volvió a centrar su atención en ésta comprobando que la imagen había cambiado de nuevo. Ahora aparecía en ella un rostro sonriente que se le antojó angelical.

Y eso no fue todo ya que, sonriendo, éste le saludó con afabilidad.

-Bienvenida, hermana Virtudes, me alegra verte aquí.

-¡Quién es usted? -le preguntó la interpelada con alarma-. ¿Dónde está el señor cura?

-Soy el agente celestial Chafardael -respondió éste con melodiosa voz-, tu asistente personal en todo lo relacionado con plegarias, rogativas y peticiones.

-Yo... yo no entiendo nada -exclamó la perpleja viuda-. Siempre había usado el lampadario sin problemas, pero esto...

-Lo comprendo, hermana, y para eso estoy yo aquí, para ayudarte a aprender a manejar el oraciómetro, el prototipo de un nuevo servicio que ha sido instalado en esta capilla a modo de prueba, aunque andando el tiempo se extenderá su implantación a la totalidad de nuestros centros de oración.

-Pero si el lampadario antiguo funcionaba bien...

-Sí, pero los tiempos adelantan que es una barbaridad, y la necesidad de usar las nuevas tecnologías resultaba cada vez más acuciante. Comprendo que el nuevo sistema pueda resultarte a priori sorprendente e incluso dificultoso de utilizar, pero has de tener en cuenta que, tras dos mil años de existencia, el sistema tradicional no daba ya más de sí, y por más que se incrementaba el número de operadores el servicio de atención a los fieles estaba cada vez más desbordado. Era esta opción o la de desatender cada vez más peticiones por falta de capacidad material para hacerlo.

-Lo entiendo -musitó doña Virtudes aunque la realidad era la contraria-, pero mucho me temo que esto me ha llegado demasiado tarde; ni siquiera uso los cajeros automáticos, y este aparato se parece bastante a ellos.

-Eso es cierto -reconoció el angélico ser-, si se eligió este diseño fue por su similitud de uso con los cajeros, dado que la mayor parte de los usuarios potenciales están

acostumbrados a utilizarlos. Pero, claro está, también queda gente como tú, a la que no podemos dejar de lado sobre todo teniendo en cuenta que soléis ser nuestros fieles más constantes.

-¿Y no se podría haber buscado una fórmula más sencilla para nosotros? -preguntó la viuda.

Bien -reconoció Chafardael-, de hecho se barajó la posibilidad de recurrir a hologramas interactivos que incluso pudieran sustituir a las imágenes de los santos invocados; además, así entre nosotros, san Lupercio podrá ser muy venerable, pero su talla es espantosa. Sin embargo, se acabó desestimando esta posibilidad ante el temor de que algunos creyentes excesivamente ingenuos pudieran llegar a confundir los hologramas con apariciones de los verdaderos santos, incurriendo así en un indeseado error. Pero no te preocupes -le tranquilizó-, yo voy a enseñarte a manejar el oraciómetro, verás que en el fondo es muy sencillo.

-Eso espero... -concedió la pobre mujer sin demasiado convencimiento.

-Verás -explicó Chafardael ignorando su tono dubitativo-. En primer lugar, tras depositar tu óbolo en el cepillo, por cierto está previsto incluir más adelante una ranura para poder hacerlo con la tarjeta de crédito, aparecerá en pantalla este menú.

La efigie del ángel, o lo que fuera, desapareció, siendo sustituida por el siguiente texto:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
POR FAVOR, PULSE SOBRE LA OPCIÓN DESEADA**

- 1. ORACIONES Y PLEGARIAS**
- 2. ROGATIVAS**
- 3. PETICIONES**
- 4. OTRAS OPCIONES**
- 5. SALIR**

Aunque no su voz, que siguió dándole explicaciones:

-Como ves, no puede ser más sencillo. Elige una cualquiera de las opciones.

Reluctante, doña Virtudes acercó el índice a la pantalla y, no sin un difuso temor, rozó con la yema del dedo la primera opción, abriéndose un nuevo menú:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED HA PULSADO LA OPCIÓN ORACIONES Y PLEGARIAS
¿ES CORRECTO?**

SÍ / NO

Ya más animada, y sin necesidad de que el agente celestial interviniera de nuevo, pulsó SÍ. Y, como esperaba, se encontró frente a otro mensaje:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED SE ENCUENTRA EN LA OPCIÓN ORACIONES Y PLEGARIAS**

**POR FAVOR, ESCRIBA EL NOMBRE DEL SANTO/A
A QUIEN DESEA INVOCAR O REZAR**

Bajo el cual aparecía una caja de texto, en ese momento vacía, acompañada por un teclado digital.

Doña Virtudes titubeó ante la inesperada dificultad, ante lo cual el ahora invisible Chafardael intervino de nuevo.

-Venga Virtudes, que lo estás haciendo muy bien. Escribe, letra a letra y sin equivocarte (si lo haces puedes borrarlo con la tecla que tiene una flecha a la izquierda con un aspa dentro), el nombre de san Lupericio, o el de cualquier otro bienaventurado que prefieras.

Temblorosa, escribió el nombre del mártir leonés de forma correcta, aunque olvidándose de la mayúscula inicial. No obstante, el sistema lo entendió reproduciendo en la pantalla una imagen del santo similar en sus atributos a la del vecino retablo. Junto a ella, aparecieron las pertinentes instrucciones:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED SE ENCUENTRA EN LA OPCIÓN ORACIONES Y PLEGARIAS
HA SELECCIONADO A SAN LUPERICIO MÁRTIR
¿ES CORRECTO?**

SÍ / NO

No sin sentir cierta sensación pecaminosa aunque, se dijo, nada podía haber de malo en algo promovido por los propios ángeles, doña Virtudes pulsó con decisión, con la aprobación implícita de su ahora silencioso interlocutor, la opción SÍ, enfrentándose al consabido nuevo mensaje:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED SE ENCUENTRA EN LA OPCIÓN ORACIONES Y PLEGARIAS
A SAN LUPERCIO MÁRTIR
POR FAVOR, PROCEDA A REALIZAR SUS ORACIONES
UNA VEZ HAYA TERMINADO, PULSE**

RETROCEDER

-Adelante, Virtudes, reza como siempre lo has hecho -le animó su mentor-. Puedes hacerlo frente a la imagen del retablo o frente al oraciómetro, como desees, ambas alternativas son igual de válidas.

La anciana optó por la primera de ellas por resultarle más familiar, y tras rezar su letanía habitual se quedó parada durante unos segundos antes de recordar que tenía que pulsar en RETROCEDER, lo cual hizo sin necesidad alguna de que se lo recordara Chafardael.

-¡Perfecto! -le felicitó éste-. ¿Ves cómo no es difícil? Sigue ahora las instrucciones.

La pantalla había vuelto al menú inicial, lo que le hizo dudar.

-Elige ahora alguna otra opción, la que prefieras -le sugirió el ángel.

Ella pulsó entonces la correspondiente a las peticiones y, tras confirmar que era la opción correcta y que éstas irían dirigidas también a san Lupericio, se encontró frente a un menú similar al anterior y, por lo tanto, fácil de entender:

**BIENVENIDO/A AL SISTEMA AUTOMÁTICO CELESTEL
USTED SE ENCUENTRA EN LA OPCIÓN PETICIONES
A SAN LUPERCIO MÁRTIR
POR FAVOR, PROCEDA AHORA A REALIZAR SUS PETICIONES
UNA VEZ HAYA TERMINADO, PULSE**

RETROCEDER

-Hazlas -sugirió Chafardael-. Puesto que yo estoy sujeto al secreto profesional puedes decirlas en voz alta, pero si lo prefieres basta con que las musites o incluso sólo las pienses.

-Da igual -respondió ella-. No es ningún secreto. En primer lugar, quería pedirle al santo que me aliviara el reuma, ya que de un tiempo a esta parte lo estoy pasando fatal con las rodillas. Ah, se me olvidaba, también quisiera que intercediera para que mi nieto mayor consiga aprobar el curso, porque lo lleva bastante mal y corre el riesgo de repetir, y su padre le ha advertido que como suspenda le saca del colegio y le pone a trabajar de albañil. Es un poco bruto, ¿sabes?

-Bien, pues ya están hechas -replicó el agente sin preguntarle si el calificativo se refería al padre o al hijo-. ¿Ves que sencillo? ¿Quieres hacer otra?

-Ya puestos... -se animó-. A ver si pudiera hacer que mi sobrino encontrara trabajo, que buena falta le hace al pobre.

-Estupendo. El sistema ha tomado nota y remitirá tanto tus oraciones como tus peticiones a su destinatario. ¿Nada más? -y ante su mudo asentimiento añadió-. Pues entonces, pulsa RETROCEDER y luego SALIR. A partir de ahora serás capaz de usar el sistema sin ayuda, pero si te surgiera alguna dificultad bastará con que pulses, en el menú general, OTRAS OPCIONES y a continuación DESEO HABLAR CON UN OPERADOR. Y con esto hemos terminado.

Aliviada, doña Virtudes pronunció una convencional frase de despedida intentando escabullirse de allí lo antes posible, pero el ángel reclamó su atención con una fanfarria perteneciente a *El Mesías* de Haendel.

-Espera un momento, Virtudes; disculpa la molestia, pero antes de que te vayas te agradecería que respondieras a una pequeña encuesta para evaluar el grado de satisfacción con el servicio de atención a los fieles; apenas te llevará un minuto. Son tan sólo unas pocas preguntas que deberás puntuar de cero a diez, correspondiendo el diez a la máxima satisfacción y el cero a la mínima. ¿Te importaría acercarte de nuevo a la pantalla del oraciómetro?